



# AMOR APASIONADO

BLUE RANCH III

Lisa Aidan

# **Saga Blue Ranch III**

Amor Apasionado

Lisa Aidan

Saga: Blue Ranch  
Título: Amor Refrenado

Primera edición: Noviembre 2018

© Lisa Aidan  
© Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diseño de portada y contraportada: HarDWork  
Imágenes: Fotolia  
Edición y maquetación: HarDWork

# Citas

Si la pasión, si la locura no pasaran  
alguna vez por las almas...  
¿Qué valdría la vida?  
**Jacinto Benavente**

# Agradecimientos

Me siento tan afortunada de tener que agradecer a tantas personas que llegar a esta página es siempre un placer.

Esta tercera entrega de la Saga Blue Ranch no podría haber visto la luz sin la comprensión, el apoyo y la ayuda de mis tres hijos que cada vez que me siento al ordenador ya me preguntan: ¿Pero estás terminando una o comenzando otra? Gracias por ser como sois, por aportar ese punto de locura que me vuelve cuerda, por interesaros en lo que hago y animarme a continuar explicando historias para que podáis leer en unos años.

Tampoco sería posible haber llegado hasta aquí sin mi compañero, sin esa persona con la que formamos un todo, un tándem indivisible. Él me animó a que terminara mi primera novela y he aquí la tercera entrega de aquella. Gracias por ayudarme a mantener mi mente en lo que de verdad importa así haya momentos bajos o altos. Mis pies siguen en la tierra y mi mente en las nubes y todo gira y funciona porque tú estás ahí.

Después de ellos hay unas personas que son también muy importantes para mí, para mi vida diaria, personal y profesional. Junto a ellas, la locura cobra vida, se potencia, se transmite y estalla rociando a cada una de nosotras con esas risas y carcajadas que uno nunca puede dejar en el tintero porque son tan necesarias como el aire que respiramos. Por mantenerme cuerda con vuestras locuras, por enloquecer todas a una de repente, por llorar y reír, por reír llorando y por llorar riendo todas esas veces, porque os quiero y no puede pasar un día sin que hablemos. Gracias.

Todos vosotros sois para mí ese oasis en mitad de la arena, esos eslabones que conforman mi cadena.

Es inevitable que me acuerde de tantos lectores que me habéis pedido desde el principio que continuara escribiendo esta saga. Por vuestro apoyo, por vuestro aliento: Gracias.

A todos esos nuevos lectores, también gracias.

Sin todos y cada uno de vosotros, este ejemplar hoy no sería posible.

# Capítulo 1

El día iba a resultar uno de los más largos de todos los que habían tenido por allí últimamente. Hoy debían echar abajo los barracones y levantar los nuevos en su lugar. Desde la tarde anterior todo lo que iba a ser necesario para ese trabajo estaba listo, así que aquella mañana empezarían la jornada antes del alba para que los chicos pudieran tener un techo sobre sus cabezas y una cama en la que descansar cuando cayera la noche.

Regresaba con paso enérgico de vuelta de comprobar que los muebles que debían reutilizarse estuvieran correctamente apilados a un lado de los establos donde no molestaran. Había echado una ojeada a los animales; estaban inquietos, nerviosos, los caballos eran criaturas muy sensibles y era normal que se vieran afectados por la actividad y las emociones que les rodeaban.

Como capataz solía ser el primero en estar en pie y era el último en acostarse. Dirigía el Blue Ranch junto al dueño y mejor amigo, Derek Cavanaugh, desde que su padre se lo traspasó de forma oficial antes de casarse con Lilly, la mujer que ante la ley era la madre de Tamy. De hecho, llevaban juntos el negocio desde mucho tiempo atrás. Ambos amaban esas tierras. Jake se había criado allí hasta que su abuelo no pudo continuar con sus tareas. Aprendió todo lo que tenía que ver con la tierra, el cargo y cómo debía llevarse un rancho de las características y envergadura del Blue Ranch.

Su padre murió antes de que él naciera, en un rodeo. El toro corcoveó poco antes de que se abriera la puerta de la jaula, la mano le resbaló y en cuanto la puerta de hierro se abrió el animal salió disparado con tan mala suerte que la cabeza del hombre golpeó contra el metal. Murió en cuestión de segundos. Su madre, incapaz de soportar la pérdida y de criar a un hijo por su cuenta, lo llevó con su abuelo que en aquel entonces trabajaba para el padre de Derek.

Años más tarde les llegó la noticia de que su madre había fallecido a causa de una mezcla de alcohol y pastillas para dormir. Jamás superó el haber perdido al amor de su vida. En aquel momento Jake ya tenía diez años, habían pasado veintidós desde entonces. Recordaba a su amigo, un joven Cavanaugh, de pie a su lado en el funeral; aquel niño dos años menor que él le ofreció el apoyo que ningún adulto supo darle. Se entendieron desde el primer momento y a día de hoy estaba orgulloso de decir que era su mejor amigo.

Criarse con el viejo no había estado tan mal. Aprendió a tratar con animales y con la tierra; sus necesidades, sus tiempos, todo. Cuando su abuelo murió el padre de su amigo le ofreció su puesto, llevaba prácticamente toda la vida como un peón del Blue Ranch, sabía todo lo que hacía falta saber; convertirse en el nuevo capataz parecía el paso correcto. Aceptó. Fue consciente de que ya no le quedaba nada; solo aquella casa donde creció con su abuelo y la tierra que pisaba. Y

ninguna de las dos eran, en realidad, suyas. Derek y él se convirtieron en inseparables ya desde niños; al crecer eso no cambió. Ese hombre le había dado algo que le era indispensable. Le dio una familia, un lugar al que pertenecer.

Desde que el padre de su amigo se retiró para ir a ver mundo con su nueva esposa dejando atrás a la hija de ella el Blue Ranch resurgió a la vida y la llegada de una pequeña de doce años tenía mucho que ver en ello. Con el paso del tiempo, pensó en eso alguna que otra vez, aquel lugar parecía haberse convertido en un hogar para quienes no tenían otro sitio en el mundo al que ir. De una forma u otra todos habían ido a parar allí, Derek, Matt, Tamy y él, cada uno con una historia distinta a sus espaldas, pero con un camino en común.

Matt llegó a ellos siendo el hijo adolescente y rebelde de un vaquero itinerante, por aquel entonces su rostro, más propio de modelos de revistas de moda o de la imagen que por allí se tenía de los surfistas, ya le creó algunas enemistades debido al efecto que causaba en las chicas de los alrededores. Por cercanía de edad quedó a su cuidado y en su mano, y en la del joven Cavanaugh, quedó enseñarle lo que tenía que hacer por allí para ganarse la comida y el alojamiento. Un grupo de chavales enfadados rodearon al chico cerca del Two Steps una tarde, alguien vio lo que estaba ocurriendo y se lo dijo a Derek que en aquel momento se encontraba con él en los escalones de la entrada del local tomando un refresco.

Ni lo pensaron. Fueron en su busca y lo que encontraron fue un considerable grupo de chicos, la mayor parte de ellos mayores en edad, tamaño, peso y altura que el rubio, dispuestos a hacerle una cara nueva. Intervinieron antes de que la situación pasara a mayores y juntos pudieron hacer frente a todos aquellos tipos y otros como ellos enviando un mensaje al terminar: Matt era del Blue Ranch como ellos y nadie se metía con algún miembro del rancho si no querían afrontar las consecuencias. Su padre lo dejó allí cuando terminó la temporada; llegó a un acuerdo con el padre de Derek. Así eran ellos, todos conocían la pérdida y el abandono, ninguno estaba a salvo de eso; sin embargo, encontraron lo que necesitaban para continuar adelante.

En el momento presente sus dos mejores amigos eran más felices de lo que alguna vez los vio mientras crecían. El actual dueño del rancho cayó fulminado cuando conoció a la pequeña Tamy. El vaquero trató de ocultarlo, de ignorarlo durante años hasta que, en algún momento, le resultó imposible seguir haciéndolo y, a pesar de que la joven también realizó su mejor esfuerzo; aunque, tal vez por las circunstancias o porque nadie podía esconder demasiado tiempo la realidad de sus sentimientos, empezaron a salir conmocionando a medio Big Hollow End, el pueblo en el que vivían.

El siguiente fue Matt. Sus coqueteos con cuanta mujer se cruzara en su camino eran ampliamente conocidos; no obstante, pocos sabían que, en realidad, casi todas sus relaciones quedaban solo en eso, en coqueteos. Por supuesto que había tenido escauceos, pero nada semejante a la reputación que le precedía debido a su apariencia en su mayor parte.

La chica por la que cayó fue una que, viendo el habitual tipo que solía acompañarle, no tenía nada que ver. Nicole Helmet era todo lo contrario a él, inocente, ingenua, morena y una compañera

de la escuela de Tamy que llegó a convertirse en una de las mejores amigas de la joven, junto a otras dos muchachas del pueblo: Rebecca y Tricia. La una rubia y la otra pelirroja.

Ah... ¡y qué pelirroja! Esa mujer tenía unas curvas casi tan llamativas como anunciaba el color de su cabello. Las cuatro asistieron juntas al instituto; aunque no fue hasta el regreso de Tamy al rancho, tras el incidente en la galería, que su amistad se afianzó convirtiéndose en algo más profundo. Sonrió al acordarse de Tricia, esa mujer tenía la lengua afilada, desde luego, y sabía cómo mantener a un tipo a distancia.

Sí, estaba interesado en ella.

Le gustaba esa forma de revolotear alrededor de su jefa cuando esta lo necesitó, su preocupación genuina por ella y esas elocuentes miradas que le había pillado en más de una ocasión. Ella también se sentía atraída, no le cabía duda al respecto, sin embargo, no hacía ni un solo movimiento para acercarse. Y tampoco le daba pie a que lo hiciera él. El juego de miradas durante los últimos casi dos años le tenía bastante contrariado. Como alguien que siempre iba a por lo que quería o deseaba y lograba obtenerlo, no comprendía cómo, viendo el deseo en la mirada de la joven en alguna ocasión, la muchacha no había realizado ni un solo acercamiento.

Entró en el bullicioso comedor. A pesar de lo temprano de la hora el lugar ya rebosaba actividad. El nerviosismo propio de un día como aquel se respiraba en el ambiente. Los trabajadores habían vaciado ya los barracones y dispuesto sus pertenencias en mochilas que habían colocado en orden a un lado del gran comedor para que no estorbaran.

La mesa estaba surtida con enormes cantidades de comida; todos ellos debían coger fuerzas para afrontar como era preciso la actividad que los aguardaba. Tamy, Nicole, Matt y Derek ya se encontraban sentados, charlando con unos y otros mientras el pequeño Sam dormía en el carricoche que sus padres tenían detrás, ajeno al ruido del ruido y la conversación general y el ir y venir de unos y otros. Con un escueto saludo ocupó su asiento en frente del dueño del lugar y comenzó a llenar su plato con hambrienta diligencia.

—Hoy va a ser un gran día ¿eh? —Matt le propinó un codazo ligero en el costado.

El hombre tenía un brillo especial en la mirada desde que solucionó las cosas con su mujer y ambos se comprometieron. A decir verdad, poseía el mismo brillo en la mirada que el que tenía su otro amigo, Derek. Siendo el mayor de los tres, tanto en edad como en tamaño con su metro noventa y siete, siempre se había sentido responsable de ellos en gran medida, aunque a la postre habían sido ellos los primeros en encarrilar sus vidas y en afrontar un nuevo futuro.

Los dos vaqueros estaban dando los primeros pasos de lo que auguraba y esperaba que fuera una larga vida de plenitud y felicidad. No podía decir de lo mismo de sí. Jake había tenido parejas, por supuesto, pero habían sido más bien compañeras de sexo. Y aunque Matt era el que ostentaba la fama de ligón oficial en Big Hollow, él era quién se había acostado con más mujeres entre los dos durante aquellos años.

No era que llevara la cuenta, solo era un hecho que conocía bien porque compartía casa con el agraciado rubio. Como solía decirse, unos llevaban la fama y otros cardaban la lana. No



obstante, la cifra de mujeres que habían pasado por su cama, o sus brazos, no era tan elevada como uno podría llegar a pensar. Había que tener en cuenta que a Matt se le achacaba una conquista con solo verle hablar con una persona del sexo contrario.

Y sus conquistas reales no llegaban ni a la mitad de lo que la gente suponía de él, la cantidad era bastante inferior, quizás más; tal vez sumando el número de conquistas de ambos pudieran aproximarse, aunque estaba convencido de que no llegarían a ella.

—Uno largo, desde luego —respondió echando una ojeada a su amigo y aceptando la bandeja del pan que le acercaba.

—Jake, cuando termines de desayunar, tenemos que revisar los planos de nuevo —comentó Derek.

—Claro.

Todo estaba ya calculado y mirado; sin embargo, comprendía la necesidad de su jefe de cerciorarse de que todo estuviera bajo control para que no hubiera sorpresas de última hora. Los días anteriores habían sido un ir y venir de consultas y de dudas que, hasta donde sabía, habían sido esclarecidas. Según sus planes y conociendo a sus chicos aquella noche el grueso del trabajo estaría hecho.

—Estoy deseando que nos pongamos en marcha. —El entusiasmo con que Tamy declaró aquello hizo que levantara la vista de su plato en dirección a su amigo sentado en frente de él.

Derek jamás había negado nada a la joven y en realidad ella era diestra en las tareas del rancho así como en la construcción, pero había dado a luz hacía relativamente poco tiempo y ninguno de los presentes deseaba que se hiciera daño por realizar tareas pesadas demasiado pronto.

—Sé lo que estáis pensando —continuó ella mirando de su marido a Matt y por último a él —, ¿creíais que me quedaría al margen? Estoy bien. Ya he vuelto a trabajar en la compañía.

—Nadie ha dicho algo como eso —intervino su marido en un tono que pretendía ser conciliador—. Tú solo... No te fuerces. No queremos que te hagas daño.

Por muy preocupado o inquieto que lo hiciera sentir, él jamás impediría que su mujer hiciera lo que quisiera. Conocía a su amigo, haría todo cuanto estuviera en su mano para ayudarla en cada tarea que emprendiera.

—Yo me haré cargo de Sam —intervino Nicole—. Así podréis estar tranquilos.

—Gracias, Nicole —repuso Tamy con una sonrisa dirigida a su amiga.

La novia, perdón, prometida de Matt no iría a trabajar ese día para quedarse a echar una mano por allí. Eso le hizo recordar que hacía algunos días que no veía a la pelirroja. Lo que pensó la primera vez que la vio bailando junto a Tamy en el Two Steps, la noche que él y Derek llegaron más tarde que el resto por el parto de Lazy hacía unos dos años, regresaba a su cabeza cada vez que la recordaba o se encontraban. Su cabello y los movimientos de su cuerpo eran como el fuego, ¿tendría también la personalidad?

Al contrario que sus amigos él sí iba a por lo que quería tomar y esa mujer era una de ellas.

Pocas eran las personas que despertaban su interés, al margen de un acuerdo temporal de satisfacción mutua sin ataduras. Con sus respuestas y expresivas miradas había pretendido mantenerlo a raya y él lo había consentido por la situación que los rodeaba; el trabajo en el rancho, sus amigos saliendo juntos... Pero era precisamente por ese motivo por el que cada vez se veían más a menudo y la expectativa de verla hacía tiempo que alegraba su día, eso era algo de lo que hacía mucho que se había dado cuenta.

Así que eso de mantener las manos lejos del tarro de las galletas se acabó.

—Jake, ¿los preparativos...? —Derek se volvió hacia él de pronto, como si pretendiera cambiar de tema.

—Pasé por allí de camino, los chicos estaban sacando los colchones y todo lo que hablamos para comenzar la demolición a la hora prevista.

—¿Y cómo lo haréis? —Preguntó Nicole—. ¿Pasaréis un tractor por encima?

La idea de ver uno de aquellos pasar por encima del lugar, podía resultar algo épico; sin embargo, la joven lo preguntaba en serio y no merecía una mofa en respuesta.

—No, cielo, verás... —Matt trataba de no carcajearse ante la imagen mental que, estaba seguro, él también había tenido.

—Por aquí hacemos las cosas a la vieja usanza —respondió Tamy adelantándose.

—Cierto —confirmó Jake.

—Entonces, ¿cómo...? —preguntó de nuevo la mujer.

—Nos liamos a golpes con las paredes hasta que todo cae —replicó él.

—Eso no es nada eficiente —repuso la novia de su amigo—. Y se tarda más.

—Oh, pero sienta de maravilla —intervino Matt con una de aquellas sonrisas que hacía que las mujeres se derritiesen.

—Eso es verdad —aseguró Derek—. Un martillo, la pared y tú.

—¿Sabéis que estamos en el siglo veintiuno, no? —recordó la joven.

—Nic, hay cosas que simplemente no se pueden explicar. —Su jefa dio por finalizado el tema.

—¡Hey! Derek, Jake. —Robert los llamó desde la entrada del comedor sosteniendo una de las puertas abiertas y señalando con su pulgar hacia fuera—. Creo que tendríais que salir un momento a echar un vistazo.

—¿Qué ocurre?

Su jefe se levantó, él hizo lo mismo y Tamy no se quedó atrás.

—Tienes que verlo por ti mismo... —respondió el otro hombre con un gesto de incredulidad en la cara y en la mirada.

Cruzó las puertas del comedor sin saber muy bien qué esperar. Fuera se encontró con una hilera de vehículos que aparcaban uno detrás del otro por el camino que llevaba hasta la casa principal y de ellos descendían amigos, conocidos y vecinos de la zona.

—¿Pero qué...? —murmuró sorprendido.

Podía ver la estupefacción de su amigo y de su mujer. Phil el viejo se acercaba junto a Randy Pelham, ambos con cinturones de herramientas en las manos que se colocaban mientras caminaban hacia donde se encontraban.

—¿Ocurre algo, Randy? —interpeló Derek a su vecino cuyas tierras colindaban con las suyas por uno de los laterales del rancho.

—Dímelo tú —contestó el hombre con una sonrisa tranquila—. Phil nos dijo que pensabais echar abajo los barracones y levantar unos nuevos. En el mismo día.

El Phil al que se refería era el dueño del almacén de Big Hollow End donde conseguían y encargaban los suministros todos los lugareños.

—Así es —repuso su jefe confirmando el dato.

—Pues aquí estamos —anunció el también vaquero—. Venimos a echar una mano en lo que sea posible.

Tamy se adelantó a todos; bajó los escalones del porche del comedor y alargó la mano para estrecharla con ellos aceptando el ofrecimiento.

—Es muy amable por vuestra parte —dijo—. Por supuesto, toda ayuda es poca. Gracias.

Derek y él se acercaron detrás de ella y repitieron su gesto.

—Eso es —apoyó Derek—. Pasad al comedor a tomar algo caliente primero. Jake, di a Mariah que llame a Jason. Vamos a necesitar más comida —vaticinó.

—Mucha, si hay que alimentar a toda esta gente —observó contando las cabezas que descendían desde los vehículos y avanzaban hacia ellos.

Hizo un movimiento con la cabeza a Matt, que los había seguido poco después, para que entrara a transmitir el mensaje a la mujer que se encargaba de mantener el orden y los estómagos satisfechos allí en el rancho. La mayoría de las veces podían comprenderse unos a otros sin necesidad de usar demasiadas palabras; era el precio, suponía, de pasar tanto tiempo con alguien, trabajando codo con codo.

Los tres, los dos dueños y él, permanecieron ahí de pie agradeciendo la ayuda que llegaba como caída del cielo sin que ninguno la hubiera solicitado. Pero así era la gente de por allí, ellos se ayudaban unos a otros.

—Con tanta mano de obra, calculo que terminaremos antes de lo previsto, incluso con más avances de los que creíamos en un principio —reflexionó Derek.

—Eso parece. Habrá que meterlos en grupos de trabajo, mezclarlos con nuestros chicos que ya saben lo que tienen que hacer cada uno —pensó él en voz alta.

—Sí. Daremos una explicación general y los asignaremos a alguien como sugieres —apoyó su amigo—. Espero que no se nos vaya de las manos.

—Todo irá bien —pronunció con más confianza de la que había tenido esa mañana al levantarse.

—Eso espero. Si surgen demasiados contratiempos habrá que buscar un sitio a los chicos para que duerman esta noche —dijo Tamy a modo de recordatorio.

—Eso no va a pasar —aseguró Jake.

—De acuerdo. —Derek dio una palmada en cuanto terminaron de dar la bienvenida a todos los que se habían acercado a echar una mano con la nueva construcción—, pues será mejor que nos aseguremos de que todos hayan tomado algo y que les expliquemos nuestros planes o empezaremos con retraso —afirmó.

—Robert. —Se giró en busca del hombre que les había ido a avisar de la llegada de toda aquella gente dispuesta a ofrecer su tiempo—. Ve a ver cómo están los barracones y si realmente está todo listo para comenzar a derruir. Asegúrate de que no queda nada dentro que no deba estar allí. Siempre es mejor echar un último vistazo de comprobación —murmuró.

—Sí —repuso el hombre alejándose a paso rápido en dirección a los dormitorios de los trabajadores.

## Capítulo 2

Había escuchado por boca de varias de sus clientas que Big Hollow estaría hoy casi al completo en el rancho de su amiga. Y es que no podía ser de otro modo siendo sus propietarios tan respetados y valorados por la comunidad. Cuando tenían que hacer frente a tareas como la que se habían planteado, aunque no hubieran pedido ayuda a nadie en ningún momento, los vecinos se volcaban. Y todos procurarían arrimar el hombro del modo que pudieran, no le cabía ninguna duda al respecto. Conociendo este dato de antemano, la noche anterior ya colocó el cartel en la puerta de que al día siguiente no abriría. De hecho, aquello era algo bastante habitual por allí, así que esa mañana llamó a Lina, la ayudante a la que había contratado meses atrás, para informarle de que tendría el día libre.

Encontró un montón de vehículos aparcados en línea recta a un lado y otro del camino de entrada al Blue Ranch. Tricia continuó avanzando; aparcaría delante de la casa del capataz donde Nicole y Matt convivían con aquel enorme vaquero de culo prieto. El capataz y Matt siempre habían compartido esa casa, o eso fue lo que le explicó Nicole al menos; luego ella se trasladó allí junto a su novio y, ahora, futuro marido. No podía creer que otra de sus amigas fuera a casarse. Ella era la mayor del grupo. Sí, de acuerdo, solo por un año, pero la mayor al fin y al cabo. Aunque hiciera mucho de eso, repitió un curso en el instituto; lo que la llevó directamente a conocer a las chicas que se convertirían en sus mejores amigas: Nicole y Rebecca. Por aquel entonces conocieron también a Tamy, pero ella parecía lejana a todo y a todos; algo normal dados los rumores que se propagaban continuamente acerca de ella.

Aunque fuera por un trágico suceso que dejó secuelas en el cuerpo y en la mente de la joven, se alegraba de que hubiera regresado al pueblo; de ese modo habían podido recuperar esos momentos de charla e intimidades del pasado y comprobar que Tamy se tornó mucho más cercana. Ellas la admiraban, la respetaban y de algún modo, la muchacha también les guardaba cariño por haber sido compañeras de clase con las que había compartido algunos momentos agradables. A día de hoy, era una más del grupo; de hecho, fue la que las bautizó como «Los Ángeles de Charlie».

Aparcó y se dirigió al comedor donde pretendía ir a ayudar a Mariah como buenamente pudiera; si ella y su marido debían encargarse de alimentar a toda aquella tropa, necesitarían algunas manos extras también allí y no solo en el lugar de la construcción. Mientras caminaba escuchaba el sonido de las voces y el golpeteo de los martillos, el trabajo había dado comienzo.

Cruzó la puerta y se encontró con la larga mesa ocupada a lado y lado por hombres tomando un descanso mientras comían y bebían algo.

—¿Tricia? —Nicole la sorprendió desde un lado de la estancia donde había permanecido

sentada con Sam el bebé de Tamy y Derek entre sus brazos.

El pequeño trataba de estirar las piernas y los brazos abriendo y cerrando los dedos mientras miraba a todas partes, techo incluido. Se lo veía inquieto.

—Nic... —Saludó acercándose a ella.

Se agachó y jugó con Sam, le puso el dedo para que lo cogiera y le puso caras divertidas para que riera; el niño emitió un pequeño grito de jolgorio mientras la baba caía por su barbilla. Fue divertido hasta que intentó llevarse su dedo a la boca. Como no pudo porque lo apartó, se metió su propio puño.

—¿Qué haces aquí? —interrogó la morena de cabello ligeramente ondulado.

Si solo le permitiera marcar más esas ondas...

—He venido a echar una mano —contestó—. Pensé que Mariah y Darryl estarían desbordados —añadió compartiendo su razonamiento.

—Y lo están —aseguró su amiga con una mueca torcida en los labios que pretendía ser una sonrisa—. Yo me encargo de Sam hoy —articuló señalando con la barbilla al pequeño—. Rebecca ha llegado antes —anunció—, está ayudando también. Hace un momento andaba por allí. —Señaló con la barbilla el extremo más alejado de la mesa.

—¿Rebecca también? —se interesó.

—Sí. ¿No es genial?

Realmente lo era. Cada vez que cualquiera de ellas necesitaba ayuda, aunque no lo dijera en voz alta, allí estaban las demás. Eso era lo que hacían las amigas de verdad. Había perdido la cuenta de las veces que Tamy las había ayudado con algo a cada una de ellas. En el pasado, al verla, siempre despertó esa parte de ella que quería proteger a la chica a toda costa; después de conocer mejor su entorno, supuso que ella era de ese tipo de personas que despertaban en los demás sentimientos de protección y ternura a pesar de que fueran capaces de valerse por sí mismas en cualquier situación y circunstancia. O tal vez fuera por ese mismo motivo.

Tamy había demostrado una y otra vez que no necesitaba a nadie a su lado; aun así no rechazaba a los demás ni su ayuda, al contrario, trabajaba duro para adaptarse a su entorno y para no resultar una carga para nadie.

—Sí —respondió con aplomo incorporándose y quitándose la chaqueta—. Voy a ver qué necesitan. No me acerco más a Sam, el pobre ya parece algo alterado, no quiero ponerlo más nervioso.

En ese momento el niño intentaba comerse su propio pie mientras probaba su voz ofreciendo gritos en diferentes tonos a cada cual más agudo.

—Es por todo el trajín de hoy —explicó su amiga—, dicen que los bebés lo notan.

—Desde luego, este parece que lo hace —estuvo de acuerdo.

Al volverse encontró a Rebecca de cara a ella. Tras dejar un plato enfrente de uno de los trabajadores del rancho se acercó a paso rápido y se abrazó a su cuello.

—¡Trix!

Chasqueó la lengua. Desde que Tamy la llamó así una vez, ahora a Rebecca y a Nicole se les escapaba también de vez en cuando. No le desagradaba; le gustaba bastante, pero eso ellas no tenían por qué saberlo.

—Hey... —Devolvió el abrazo y besó la mejilla de la otra mujer que se apartó al momento.

—¿Vienes a ayudar? —consultó esperanzada su amiga rubia.

—A eso mismo —confirmó—. Pensé que harían falta manos también por aquí.

—Sí, estamos a tope. —La rubia sopló un mechón de cabello que se le escapaba y le cubría la frente—. De hecho Jason tiene que estar a punto de llegar también —añadió.

—¿Jason?

—Sí. La cocina no da abasto y esta mañana llamaron por refuerzos. —La camarera sonrió mientras se frotaba un brazo con la mano contraria.

—Vaya. Sí que ha venido gente entonces —comentó.

—Mucha —afirmó—. ¿No es una pasada? Tamy y Derek se lo merecen —añadió con vehemencia.

—Parece que aquí lo tienes todo bastante controlado, entonces llevaré algo de café a los de fuera —ofreció señalando con el pulgar en dirección a la puerta.

—Es una idea genial —felicitó Rebecca—. Ven, digamos eso a Darryl. —Entraron en la cocina al grito de su amiga—. ¡Mirad quién ha venido a echar una mano también!

Después de los saludos, Rebecca expuso la idea que había tenido y no pudieron recibirla de mejor modo. De un momento para otro tenía un enorme termo preparado con café y otro con limonada que cargaría el diligente marido de Mariah. Al llegar a la zona donde se levantarían los dos nuevos edificios, uno junto al otro, se encontró con que alguien ya había colocado una mesa de picnic a un lado. Allí fue donde dejaron los termos y vasos desechables que cargaban.

—Cuando se terminen solo manda a alguien con el termo vacío para que lo rellenemos —dijo el hombre antes de secar el sudor de su frente con el pañuelo que llevaba atado a su muñeca.

—Eso haré —prometió.

Se dio a la tarea de rellenar algunos de los vasos con los dos tipos de bebidas y a colocarlos a uno u otro lado de la mesa según su contenido; al momento Darryl llegaba con una bandeja en la que llevaba azúcar y cucharillas de plástico para remover de forma que cada cual pudiera poner tanto la limonada como el café a su gusto.

Sin necesidad de que dijera nada o anunciara su llegada, algunos de los que ese día se convirtieron en constructores se acercaron por su cuenta a tomar un poco de alguno de aquellos dos brebajes. Al responder distraída el halago de uno de ellos por su detalle de ofrecer esas bebidas con una sonrisa, como acostumbraba a hacer cada vez que recibía la atención de algún vaquero apuesto, levantó la cabeza y encontró ante ella una imagen que hizo que su garganta se secara como si llevara una semana chupando sal.

El gran capataz del rancho, ese hombre enorme, moreno, con facciones marcadas como sus oscuras cejas, paseaba a pecho descubierto a unos metros de ella. En realidad pasear no era la

palabra correcta; lo observó cargar una de las largas piezas de madera como si no llevara algo verdaderamente pesado al hombro. Su torso mostraba el vello oscuro, del mismo color que el cabello de su cabeza, parecía hacer círculos en sus pectorales, alrededor de los pezones masculinos, atrayendo la vista hacia el lugar; incitando a descender con la yema de los dedos por el centro mismo hasta encontrar la línea definida de su abdomen.

Aquel hombre tenía un cuerpo hecho para disfrutarlo. Sus piernas eran anchas y fuertes en los muslos y hacia abajo; no había nada que las desmereciera, aunque para ancho y fuerte, su espalda, que se ensanchaba desde la cintura hasta sus hombros y en la que se podía ver cada músculo definido. Él era el vaquero más alto de cuantos había visto o tratado; que cualquier hombre que conocía, en realidad.

Jake Stevenson destacaba en cualquier parte.

No obstante, no podía dejarse llevar por esa necesidad primaria que la atraía hacia aquel hombre. Él era una persona muy cercana a Tamy, también resultaba ser el capataz del Blue Ranch y amigo del marido de una de sus mejores amigas y del prometido de otra de ellas. No, aquello sencillamente no ocurriría.

En primer lugar, porque ya había tenido bastante de vaqueros, en especial de aquellos que se tenían en alta estima; en segundo lugar, porque no podía dejarse llevar por la revolución hormonal de su interior. Tricia ni siquiera pensaba tener una relación en esos momentos; mucho menos podía llegar a pensar en las complicaciones que derivarían de forma inevitable si se atrevía siquiera a acercarse a ese fruto prohibido. Sacudió la cabeza para expulsar de ella las distintas imágenes que la visión del torso desnudo de aquel grandullón le producía. Imágenes como verse a sí misma pasar una uña de color borgoña por entre los pliegues de cada grupo de músculos que allí se encontraban.

—Terreno vedado. —Se recordó en un susurro pronunciado para sí misma.

—Qué bien que un ángel ha venido para que no nos deshidratemos. —Escuchó una voz femenina.

Giró la cabeza para encontrarse de frente con Tamy, vestida con ropa de trabajo o, lo que era lo mismo, como cualquiera de los hombres que había por allí. Su amiga sonreía y guardaba el martillo que portaba entre sus manos enguantadas en una de las ranuras de su propio cinturón de herramientas colocado alrededor de la cadera.

—¿Ya es bueno para ti que estés trabajando en esto? —preguntó al tiempo que envolvía a la joven en un abrazo afectuoso.

—Claro. No es como si me pusiera a cargar peso —replicó la reciente madre—. De momento —añadió con toda la intención volviéndose hacia el hombre a su espalda, Matt.

—¿Dónde está tu marido?

—Allí atrás, subido a alguna viga. Se está escondiendo después de que me ha encasquetado a Matt para que me haga de niñera —chasqueó la lengua—. Es su forma de asegurarse de que no cargue ningún peso innecesario.



—¿Por qué no se ha quedado él contigo? —preguntó confusa y al mismo tiempo sorprendida.

—Porque es listo —intervino el vaquero aludido después de que se saludaran con un pequeño abrazo—. Y sabe que si lo hubiera hecho él, a estas horas quedaría muy poquito de su masculinidad que pudiera resultar funcional en un futuro.

—Listo —murmuró su amiga—. Ya veremos lo bien que le ha salido la jugada cuando venga a casa esta noche —amenazó con una sonrisa que prometía venganza.

—¿Ves lo que digo? —manifestó el rubio vaquero señalando el rostro de su amiga, de pie a su lado.

—Me hago una idea —comentó mientras los dos se preparaban al gusto un café para sí mismos—. He visto a Nicole con Sam cuando he llegado —dijo a su amiga que le prestó atención al instante—. Ese niño es tan bonito... Eso sí, me ha intentado comer el dedo cuando estaba jugando con él.

—Sí —suspiró Tamy—, al pobre le están comenzando a molestar las encías y no hay nada que lo calme. Cuando le pongo una cremita que hay para eso, tengo que tener cuidado para que no me muerda, porque hace como los cocodrilos, en cuanto nota algo en su boca, cierra la mandíbula y ya te puedes despedir, no te suelta.

El rostro de la mujer mientras hablaba de su hijo era suave como no había visto hasta entonces, podía percibirse el amor en cada línea, en cada nota de su voz y en su mirada.

—Es una pequeña fierecilla —comentó Matt.

—Sí —confirmó la madre con una sonrisa ladeada—. Bueno, Trix, me encanta que hayas venido; ahora debería volver al trabajo.

—Sí, claro. Nos vemos luego.

—Hasta luego.

Su amiga se alejó caminando junto a Matt; a pesar de que decía estar molesta por tener al vaquero pegado a sus talones no parecía para nada que fuera así en realidad.

—¿No tendrías que estar trabajando en los rizos de alguna clienta?

La voz masculina con un ligero deje burlón hizo que dejara de ver a Tamy y Matt regresar al trabajo para encontrarse de frente con la ceja alzada del capataz.

—¿Cómo dices?

—¿No tienes un negocio que llevar? ¿Qué estás haciendo aquí?

—A mi negocio no le va a pasar nada porque un día ayude a una amiga. Aunque solo pueda hacerlo sirviendo limonada y café a vaqueros maleducados demasiado pagados de sí mismos.

—¿Maleducados?

—Eso he dicho. Y pagados de sí mismos—repitió.

—Sí, bueno, eso es cierto, pero lo de maleducado no.

—Ah, ¿no?

—No. ¿Cuándo he sido maleducado? —preguntó Jake.

—Cuando tu saludo ha sido una pregunta tan mal formulada como impertinente, por ejemplo.

—Entonces permite que me disculpe...  
—Disculpas aceptadas —respondió de prisa antes de que él terminara de hablar.  
—Llevándote a tomar algo más tarde —acabó el capataz.  
—¿Qué? No.  
—¿No? Pero si acabas decir que aceptas mis disculpas.  
—Sí, pero lo otro no.  
—¿Por qué? Si forma parte de mis disculpas...  
—Porque no tengo ningún interés en salir contigo —repuso con cierta dosis de altivez.  
—Oh, creo que no me has entendido. No es una cita. Es invitarte a algo para disculparme. Eso sí puedes hacerlo cuando dices que aceptas mi disculpa; de lo contrario me estarás ofendiendo y entraremos en un círculo vicioso de...  
—Está bien, está bien. De acuerdo. No pasará nada por diez minutos.

\*\*\*\*\*

La idea que había tenido de invitar a Tricia a tomar algo con aquella burda excusa le había explotado en la cara en el momento en el que la pelirroja había salido de casa junto a Nicole y Tamy seguidas por sus parejas. Mariah los despidió con el pequeño Sam en brazos desde la puerta.

—¿Vas a pasar el resto de la noche con esa cara de palo? —inquirió Matt sentado a su lado en una de las mesas del Two Steps que solían ocupar.

Allí se habían encontrado con Rebecca y también con su hermano, Samuel, que dirigía otro de los ranchos de la zona, el Red Rain. Los habían estado esperando; por lo visto, la explosiva mujer que aceptó acompañarlo había extendido a todos su invitación. Lista. Muy lista.

Gruñó una respuesta ininteligible al vaquero y continuó observando a Tricia al otro lado de la mesa manteniendo una conversación de lo más animada con sus amigas y con Samuel. Ella pensaba que se había salido con la suya, pero eso era porque la señorita Whelan no conocía bien a Jake Stevenson. Todavía. Él tenía toda la intención de conocer en la más amplia y bíblica definición de la palabra a esa pelirroja que se le había ido metiendo en la cabeza hasta que ya no le era posible pensar en otra cosa.

—Creo que Jake no esperaba que tantos de nosotros estuviéramos también aquí —comentó Derek.

Él no respondió. Era inútil negar la verdad. Los dos hombres se encontraban a su derecha, Derek junto a él y Matt a su lado. Entre él y la pelirroja que suscitaba su interés, por su lado izquierdo, se encontraban sentados Samuel, Rebecca, Tamy, ella y Nicole, en ese orden; como la

mesa era redonda, la peluquera quedaba enfrente, en el lado opuesto. La muchacha era escurridiza, debía concederle eso.

—¿Eh? ¿En serio? —interrogó el rubio, perplejo—. ¿Entonces...? —Matt se inclinó para estudiar su rostro sin la cara de su jefe y amigo de por medio—. Oh... Entiendo —repuso.

—¿Qué entiendes? —replicó mordaz el capataz sin poder contenerse.

—Nicole me dijo que saliéramos con los demás, no sabía que tenías otros planes que incluían a una sola persona —contestó su amigo.

El hombre podía parecer un surfista, pero cuando no se trataba de sí mismo era bastante suspicaz y avisado. En lo que concernía a Derek y a él, por lo menos.

—Solo dije que la invitaría a tomar algo porque se ofendió por una tontería que dije, no tiene más importancia —explicó.

—¿De verdad? —Derek arqueó una ceja en su dirección mientras daba un sorbo a la cerveza que había pedido—. ¿Y qué dijiste?

—No lo sé —contestó—. Según ella fui impertinente.

Una sonrisa felina sobrevoló sus labios, desde esa distancia observaba el movimiento de su cabello al reír y hablar o cuando lo acomodaba detrás de la oreja. Sabía que estaba esforzándose por ignorarlo, percibía ese nerviosismo en ella y eso no hacía más que despertar su libido.

—Ya —intervino Matt—. Y la invitaste a un trago por algo que no sabes que hiciste. Sí, claro, muy normal. Para nada interesado o sospechoso.

Por la periferia de su mirada pudo ver a Mark entrar al local, su uniforme era como una llama en mitad de la noche, se distinguía en cualquier parte. Lo seguía de cerca uno de sus ayudantes, Jamie. Y Charlie también, se fijó.

Qué extraño, pensó. Los tres policías se detuvieron a un paso de la puerta y escrutaron la multitud. La actitud de Mark era como siempre moderada, templada, pero su mirada tenía ese filo. Algo no iba bien. ¿Estarían buscando a alguien? El sheriff posó los ojos en ellos, el resto del grupo todavía no lo habían visto, y se encaminó hacia allí tras hacer una señal a sus chicos.

El hombre se detuvo delante de la mesa que ocupaban.

—Mark —saludó Derek con calma a pesar de que podía ver su mandíbula en tensión.

Él también había percibido en la postura del policía que algo estaba ocurriendo. Tamy se envaró al instante, aunque ella lo saludó con naturalidad del mismo modo que ellos.

—Hola Derek —respondió el otro—. Chicos, siento interrumpir vuestra noche, pero necesito que la señorita Whelan me acompañe.

—¿Yo? —musitó la pelirroja con un hilo de voz.

—¿Por qué?

Jake y ella hablaron al mismo tiempo de forma que sus voces se superpusieron. El sheriff le dedicó una mirada profunda, capaz de hacer que cualquier otro se amilanara, pero eso no funcionaba con ninguno de ellos. Sabía lo que estaba pasando por la cabeza del policía, se preguntaba el motivo por el que él se interesaba al punto de intervenir cuando vino buscando a la

peluquera.

—Los demás podéis quedaros aquí, pero Tricia tiene que venir con nosotros —retomó la palabra el sheriff.

—¿Qué ocurre Mark? ¿Qué ha pasado? —preguntaba la mujer al tiempo que se levantaba y recogía su bolso.

Su amigas también se alinearon junto a ella, creando una barrera detrás de la mujer o, siendo más preciso, una red capaz de sostenerla. Mark las observó una a una y luego centró su atención en la pelirroja.

—Sígueme —ordenó.

Se dirigió a la puerta sin perder tiempo; Jamie y Charlie esperaron a que Tricia y las demás lo siguieran y las escoltaron. Samuel los miraba con cara de no entender nada, se encogió de hombros y también se levantó de la mesa. Derek intercambió una mirada con Jason quién afirmó con la cabeza y sin entretenerse los siguieron con el hermano de la rubia a la zaga.

—¿Qué creéis que puede haber pasado? —preguntó el vaquero a su espalda.

—Sea lo que sea, dudo que tardemos mucho en enterarnos —contestó Derek a su lado.

En el otro flanco de su amigo se encontraba Matt en absoluto silencio. Todos seguían al grupo encabezado por el sheriff a la espera de conocer el motivo por el que los llevaba a dar un paseo nocturno por Big Hollow.

## Capítulo 3

—Mi negocio...

Tricia estaba de pie en mitad de su salón de peluquería, sobre un montón de cristales rotos. Alguien había entrado a la fuerza y se dedicó a romper cada espejo y pieza de cristal que tenía dispuestos en las estanterías, incluyendo el mostrador. La caja registradora estaba detrás del atril de madera junto al mostrador de vidrio reforzado, estaba golpeado, pero no habían podido romperlo; sin embargo, por dentro... El estante estaba hecho añicos.

Peines y secadores estaban esparcidos por todas partes, igual que el resto de los materiales con los que trabajaban allí. En las pilas de lavar cabezas habían vaciado botes de productos que tenía guardados en la trastienda donde preparaban las mezclas de tinte creando una mezcla de vapores tóxica. El cuarto de descanso tampoco se había librado del destrozo. Cada centímetro de su negocio se veía como si una manada de animales rabiosos se hubiera dedicado a romperlo todo sin ton ni son.

—Dios mío...

—Trix...

—¿Qué ha pasado aquí...?

Escuchaba a sus amigas, sabía que estaban junto a ella en medio del caos, pero desde que vio el agujero en uno de los cristales que componían el escaparate y uno de sus sillones tirado en la calle de cualquier manera, se sentía como si hubiera caído en un pozo sin fondo; oscuro, frío y solitario.

—Necesitamos que nos digas si falta algo. —Los pasos de Mark machacaron los trozos de cristal sobre los que caminaba y cada vez que escuchaba ese sonido, podía sentir cómo algo se le rasgaba en su interior; cómo le dolía físicamente en el estómago la pérdida de tantas horas de ilusión, trabajo y dinero invertidos entre esas paredes que, por suerte, aun se tenían en pie.

—No parece que se hayan llevado nada —contestó Tamy en su lugar—. Más bien parece que se han dedicado a romper todo y a esparcirlo.

Su amiga caminó hasta la caja registradora; estaba volcada en suelo, con el cajón al lado y todos los papeles que tenía debajo, revueltos y diseminados. Afortunadamente tenía la costumbre de no dejar nada de dinero allí. Además, muchas de sus clientas pagaban con tarjeta de crédito, sobre todo las jóvenes.

—Nunca dejo dinero en la registradora —habló haciendo de tripas corazón, sobreponiéndose al nudo que tenía en la garganta y que le estrangulaba la voz—. Así que no han podido robar nada

allí. Si se han llevado algo o no, podré decírtelo cuando esto esté limpio y organizado. Tendré que inventariar primero.

—Entiendo —respondió el sheriff con severidad.

Tamy levantó la caja y la colocó sobre el atril de nuevo, luego recogió el cajón y lo puso en su lugar. Rebecca se acercó a ella y con cuidado comenzó a recoger los papeles esparcidos. Era incapaz de moverse y aun así al ver a sus amigas tratando de devolver cierto orden al que era el eje de su vida provocó que se le anegaran los ojos.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó una voz de mujer mayor detrás de ellos.

Se giró para encontrarse con la sexagenaria señora Tesky en camión, bata de felpa y un delantal encima; la mujer portaba una escoba de cerdas duras, la misma que usaba para barrer las hojas y limpiar la calle en frente de su negocio, la cafetería donde Rebecca trabajaba.

—Señora Tesky... —consiguió articular.

—No te preocupes, mi niña —dijo con una mirada de comprensión que le llegó muy dentro—. Te ayudaremos a poner todo esto en orden —aseguró determinada la mujer.

—¡Ahg! —Lina, su ayudante, ahogó un grito al entrar detrás de la otra mujer—. Está todo destrozado... ¡Cabrones!

—Lina, ¿qué haces aquí? —pronunció superando su estupefacción inicial al ver a las dos mujeres allí.

—Hemos hecho algunas llamadas —respondió Derek en su lugar pisando con cuidado al entrar, seguido por Jake y Matt—. No pensarías que te dejaríamos sola para poner devolver el orden a esto...

—Pero hay que... —empezó a decir.

—Limpiaremos todo y te ayudaremos con el inventario —intervino Nicole interrumpiéndola.

—Claro, niña —habló de nuevo la señora Tesky—. Tú ve con la policía a hacer lo que tengas que hacer. Nosotros nos encargamos.

—Y no estaremos solos, Jefa. —Lina señaló con la barbilla hacia la calle con orgullo.

Vecinos, conocidos y amigos comenzaban a llegar con bolsas de basura y escobas; se organizaron para limpiar el destrozo de la acera. Conmovida, se llevó una mano a la boca para ahogar un sollozo; no obstante, no pudo refrenar las lágrimas. Mark, apostado a su lado, carraspeó para aclararse la garganta.

—Será mejor que me acompañes a comisaría para empezar a tramitar la denuncia correspondiente.

La actuación de sus amigos, de su pueblo, tocó su fibra sensible y en ese momento no podría dejar de llorar ni aunque quisiera. Sintió unas grandes manos en los hombros.

—Yo la acompañaré —declaró Jake acariciando con el pulgar la parte de atrás de su cuello; su contacto sirvió de consuelo para ella—. Vamos.

—Id, tranquilos —manifestó Derek—. Lo tenemos todo controlado.

Ante la inundación lacrimosa que estaba sufriendo no pudo más que cubrir su rostro; el

hombre tras ella le pasó un brazo por los hombros en cuanto estuvieron en la calle y caminaron, junto al sheriff, en silencio hacia la comisaría. Mark los invitó a entrar y les pidió que lo siguieran hasta la sala de descanso, allí se dirigieron al sofá de polipiel.

—¿Qué queréis tomar? —dijo sacando tres tazas con el logotipo de la policía de la pequeña cocina office que tenían allí—. ¿Café, té, una tila, manzanilla...?

—Café para mí está bien, gracias —contestó Jake por encima de su cabeza.

El calor que le transmitía su cuerpo lidiaba una batalla dentro de ella con el frío glacial que la había asolado al ver su negocio, su fuente de ingresos, en semejante estado.

—Yo no le haría ascos a esa tila ahora mismo —respondió ella con la voz todavía algo temblorosa.

El policía llenó una de las tazas con agua y lo metió al microondas mientras sacaba un sobre de una caja pequeña de la alacena para reservarlo sobre un platillo de postre junto con una cuchara. Acto seguido relleno las otras dos con el oscuro líquido de una cafetera de filtros y las llevó junto con el azúcar a la mesa cuadrada que había junto al sofá.

—¿Azúcar? —preguntó.

—Solo —respondió Jake negando con la cabeza.

Tras encoger sus hombros, el policía dio una taza al vaquero mientras él se ponía una cucharada y media de azúcar.

—¡Buaj! —El capataz escupió el contenido al vaso después del primer sorbo—. ¿Qué es esto?

A su pesar rió a causa de la reacción del grandullón y también lo hizo el sheriff encaminándose al microondas que ya había sonado indicando que había terminado de calentar su contenido.

—El veneno que nos mantiene alerta.

—Desde luego sabe a matarratas. A ver ese azúcar.

—Shawn consiguió no sé qué tipo de mezcla especial; más cafeína en una sola taza. Por lo visto Tracy estaba preocupada por la cantidad de tazas al día que tomaba y por algún motivo eso nos incluía a todos en el departamento. Así que, este es el café que tenemos ahora. La verdad es que consiguió su objetivo, nadie querría dos tazas en un mismo día —explicó llevándole su taza de agua humeante.

Ella alzó las manos para tomarla y en lugar de dejarla en la mesa como había sido su intención, se la dio. Estaba caliente al tacto y la abrazó con las manos para intentar retener esa temperatura para sí.

—Eso es muy tierno —dijo Tricia después de escuchar la historia.

—¿El qué? —interrogó el capataz poniéndose azúcar en su taza.

—Que siendo el sheriff haya permitido este cambio para que la mujer de uno de sus agentes esté más tranquila —expuso ella.

—No es nada —repuso Mark acercando una silla y sentándose delante de Tricia—. Ahora

tengo que hacerte algunas preguntas —articuló manteniendo su mirada de forma elocuente sobre el vaquero sentado a su lado.

La actitud del hombre había cambiado; fue algo sutil, pero ahí estaba. Era como si hubiera puesto algo de distancia; debía de tratarse de un defecto profesional, imaginó.

—Oh, no pasa nada —contestó—, no tengo nada que esconder. Puedes preguntar.

—De acuerdo. —El policía tomó aire antes de comenzar—. ¿Tienes idea de quién podría haber hecho esto a tu establecimiento?

—No.

—¿Has recibido amenazas de algún tipo?

—No.

—¿Tienes deudas o te has discutido con alguien últimamente que pudiera ser potencialmente peligroso? ¿Un ex?

—No, no. A ver tengo cosas que pagar, por supuesto, pero estoy al día con mis cuentas. Tampoco he tenido ningún problema con clientes ni proveedores. Y mi ex se fue a vivir su sueño de surfear por el mundo, él no ha podido tener nada que ver con todo esto.

—Ya veo.

Escucharon la puerta de entrada cerrarse y los tres dirigieron sus miradas hacia el marco de la habitación en la que estaban.

—¡Tricia!

—¡Tricia! ¿Dónde está mi hija?

—Son mis padres —musitó.

El sheriff se levantó para dirigirse fuera y tras unos murmullos que no pudo comprender, escuchó pasos cada vez más cerca.

—¿Pero ella está bien? —preguntó su padre.

—Perfectamente —respondió el sheriff en actitud profesional.

Lo vio aparecer bajo el umbral y señalar hacia el interior haciéndose a un lado. Entonces el rostro desencajado de su madre se abrió paso. La mujer, algo despeinada, con la ropa descompuesta como si se la hubiera puesto a toda prisa, la estudió de pies a cabeza, como si quisiera cerciorarse con sus propios ojos de la afirmación hecha por el policía.

—¡Hija, mía!

Jake se levantó en cuanto sus padres cruzaron la puerta, su madre corrió hasta el sofá y se aferró a su cuello en un estrecho abrazo mientras se sentaba junto a ella.

—Mamá...

Al momento, su padre estaba en el otro lado, el que quedaba libre, y las abarcaba a ambas con sus robustos brazos.

—Hemos venido en cuanto nos han avisado —informó su padre depositándole un beso en el pelo, pocos centímetros por detrás de la sien derecha.

—Fuimos a la peluquería —explicó la atribulada mujer—, había mucha gente recogiendo y



limpiando; nos dijeron que estabas aquí. Ay, hija, vimos lo que le han hecho a tu salón —sollozó.

Ellos conocían de primera mano cuánta ilusión, esfuerzo y trabajo invirtió para poder tener su propio negocio.

—Estoy bien —dijo para intentar tranquilizar a sus progenitores.

Dos tazas aparecieron frente a sus progenitores, ellos las aceptaron de buena gana. Y allí, entre lamentos y exclamaciones continuó respondiendo a las preguntas del sheriff. También sus padres.

\*\*\*\*\*

Tricia había contestado cada pregunta que Mark le lanzó. Lejos de irse cuando llegaron Penny y River Whelan, sus padres, Jake permaneció de pie junto al marco de la puerta abierta, apoyado contra la pared.

Dio algún sorbo al contenido de su taza, pero cada vez que lo hacía se arrepentía de haber olvidado el sabor de eso a lo que en la comisaría de su amigo llamaban café. Había visto el derrumbe de esa mujer minutos antes, de pie en mitad del local de su propiedad, sobre los restos de lo que había sido su negocio.

Samuel, Matt, Derek y él permanecieron fuera con Jamie y Charlie, los ayudantes del sheriff, mientras ella, sus amigos y Mark entraban a examinar lo sucedido. Incapaces de quedarse de brazos cruzados ante el sufrimiento de la pelirroja, decidieron ayudar en lo que pudieran en ese mismo instante. Y haciendo uso de sus teléfonos, comenzaron a avisar de lo sucedido a uno de los negocios del pueblo esa misma noche a cuantos amigos y vecinos pudieron.

No tardaron en recibir respuesta. Como no podía ser de otra manera, Big Hollow End se volcó con uno de los suyos. Aquellos conocidos y amigos que vivían cerca del lugar fueron los primeros en llegar, muchos de ellos en pijama y bata, dispuestos a echar una mano para poner en orden el interior y el exterior del salón de peluquería para que Tricia pudiera recuperar la normalidad cuanto antes.

Penny secaba la humedad del rostro de su conmocionada hija, era una mujer en los cincuenta y pocos, rubia gracias a las habilidosas manos de Tricia, probablemente. Se notaba que se cuidaba pues se conservaba muy bien para la edad que le presumía; su figura y rostro eran una versión mayor que los de su hija, aunque con unas pocas arrugas de expresión. Su parecido era indiscutible salvo por la forma de los hombros, en los que Tricia se parecía más a River, su padre, y en los pómulos; altos y marcados en lugar de redondeados como los de la madre. Y en la forma de las cejas.

En el momento en que el sheriff terminó de interrogar a la peluquera y a sus padres, Tricia

dejó la taza vacía que todavía sostenía entre sus manos como si se tratara de un salvavidas al que aferrarse sobre el platillo que había en la mesa al lado del sofá. Su madre lo recogió y lo llevó al fregadero de la pequeña cocina. El padre la siguió y él hizo lo mismo, tirando por el fregadero el resto del contenido de su propia taza antes de enjuagarlo.

—Tú eres del Blue Ranch —dijo River lanzándole una mirada interrogativa.

Estaba seguro de que el hombre se preguntaba qué hacía acompañando a su hija.

—Eso es correcto —confirmó.

—Estaba tomando algo con unos amigos cuando el sheriff vino a avisarme de lo que había pasado en el salón —explicó Tricia.

—Y este ha decidido acompañarte —repuso el hombre dándole la espalda para mirar a su hija, señalando con el pulgar hacia él.

—Papá... —advirtió la joven.

—Solo digo que podrían haberte acompañado tus amigas. —River Whelan se encogió de hombros.

—Sus amigas se han quedado en el local para ayudar a su hija a limpiar y a recoger todo como ella misma lo haría —comentó molesto por la censura hacia él en las palabras del padre de la joven.

—Déjalo, River —intervino Penny—, nuestra hija es mayor para saber lo que hace con su vida. Cariño, no hagas caso a tu padre —habló la mujer acariciando el brazo de su hija mientras salían de la sala y se encaminaban hacia la calle—, ya sabes cómo es. No se lo tengas en cuenta.

Siguió al grupo de vuelta a la peluquería en silencio, Mark caminaba a su lado con ese andar despreocupado que tenía. Cuando estaban llegando divisó varias bolsas de basura llenas de escombros colocadas en fila contra la pared, Rebecca vaciaba una pala de cristales rotos en la más cercana a la puerta; la rubia alzó la vista y sonrió al verlos acercarse. Siguió la mirada de la mujer que se desvió de su amiga al sheriff y se sorprendió al ver que las facciones de su amigo se relajaron un tanto.

¿Había algo entre esos dos que los demás no sabían? No, estaría confundido, debía haber algún otro motivo solo que él estaba demasiado susceptible. Seguro que era eso. Derek se dirigió hacia ellos en cuanto los vio, dejó una pila de maderas astilladas junto al resto de desechos en el proceso. Tricia volvió a entrar en el local seguida de cerca por sus padres.

Phil y su esposa estaban sellando con ayuda de Jason el agujero del escaparate con cartón y plástico para que, al menos de forma temporal, hasta que pudiera ser repuesto, quedara cerrado.

—Hacemos lo que podemos, pero alguien se ha ensañado ahí dentro —comentó Derek plantando los pies delante de Mark y él.

—Por el momento, necesitamos la declaración de todos los vecinos. A ver si alguien más ha visto u oído algo.

—¿Alguien más? —preguntó Jake, suspicaz.

—Sí, una vecina dio el aviso de fuertes ruidos, pero cuando Charlie llegó a ver qué ocurría,

no encontró a nadie y el lugar estaba como habéis visto antes.

—No es posible que una sola persona haya hecho todo eso en apenas unos minutos —observó Derek.

—No —corroboró Mark—. Y eso solo nos deja más interrogantes.

—Tienes que encontrar a los desgraciados que han hecho esto —pronunció con determinación el capataz.

Tenía ganas de moler a alguien a golpes desde que había visto el miedo, la preocupación y la tristeza en el rostro de Tricia.

—Lo haremos —aseguró el sheriff.

Vio a la pelirroja despedir a sus padres y a estos alejarse no sin echar antes una mirada hacia donde él, Mark y su amigo estaban hablando. Al momento se unieron al resto en el interior del local. Tricia estaba dando las gracias a todos los que ayudaron a limpiar el local y los invitaba a que regresaran a sus casas a descansar.

Al entrar vio el cambio que todas aquellas manos trabajando juntas, habían logrado. El establecimiento estaba libre de cristales rotos y las pocas cosas que se habían salvado se encontraban apiladas a un lado. Era como verlo en los días previos a la apertura. Sin embargo, la imagen era desoladora por lo que suponía.

—Tú también deberías ir a casa y tratar de descansar un poco. —Tamy sostenía los brazos de su amiga.

—Es verdad —apoyó Nicole—. Mañana vendré a primera hora y ayudaré a Lina con el inventario, tú no te preocupes y quédate descansando.

—Sí, esto ha sido un golpe bastante duro. Deja que te ayudemos —intervino Rebecca.

—Gracias chicas. No sé qué decir.

Sin más comentarios las mujeres se abrazaron creando un círculo mientras Samuel, Matt, Derek, Mark y él las observaban con distintos grados de incomodidad y aprecio. Alguien se aclaró la garganta.

—Lina me ha dejado su copia de las llaves, nosotras nos quedaremos un momento para terminar de repasar que todo esté en orden para mañana poder empezar el inventario sin demoras —aclaró Tamy tomando el control—. Ahora ve a casa y descansa. Jake —lo llamó—, ¿puedes, por favor, acompañarla y asegurarte de que coma algo antes de acostarse?

—Claro.

—Muy bien, queda a tu cargo —dijo Nicole con una sonrisa que le pareció algo sospechosa.

—Matt y Nicole volverán con nosotros, llévate la pick up —comentó Derek sin darle mayor importancia, sumándose a los demás.

—Está bien —repuso él—. Entonces nos vamos. ¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó a Tricia.

La mujer afirmó con la cabeza y fue la primera en ponerse en marcha, la siguió.

## Capítulo 4

En esta ocasión Jake no se atrevió a tocarla; a pesar de lo mucho que quería atraer a la joven pasando un brazo por sus hombros como había hecho antes al dirigirse hacia la comisaría. Pero ahora había algo que le impedía actuar del mismo modo.

Subieron al coche en silencio.

—¿Estás bien? —dijo en cuanto detuvo el motor delante de casa de Tricia.

La chica vivía en una vivienda estrecha que en otro tiempo fue un almacén, luego se habitó y se hicieron varias viviendas; la suya tenía una diminuta entrada empedrada con una valla de forja negra y una puerta de tipo industrial de hierro y acero que recordaba el pasado del lugar.

—Sí —contestó ella—. Todo lo que se puede estar en estos momentos.

—Ya... —No supo qué más decir o añadir.

Quería reconfortarla, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, no tenía la elocuencia de Derek ni la labia de Matt, él solo hacía las cosas que necesitaban hacerse; no conocía otro modo de actuar.

—Oye, grandullón, no es necesario que me acompañes. Bastante habéis tenido ya con lo vuestro hoy como...

—Me han pedido que me asegure de que comes algo y descansas —interrumpió—, y eso es lo que voy a hacer.

Bajaron del vehículo y caminaron hasta la entrada con Tricia precediendo la marcha, se aseguró de cerrar la puerta de la valla a su espalda y la siguió al interior. El lugar había sido aprovechado como un loft. Era un gran espacio diáfano con una entrada cuadrada en la que había una pared blanca que impedía la vista hacia el interior desde la calle detrás de la que comprobó al momento se encontraba la cocina; completa, con una enorme nevera de dos puertas, un amplio horno, seis fuegos y un fregadero doble.

En ella había muebles arriba y abajo aprovechando el espacio destinado de forma eficiente e inteligente; una gran isla rectangular sobre la que colgaban cuatro lámparas de pantalla negra, debajo de las cuales se encontraban tres taburetes altos. Todo lo demás era el salón. En la estancia había dos puertas poco antes de llegar a la parte de atrás; una cerrada que daba a un pequeño patio y la otra que entreabierto tras la que se encontraba el cuarto de baño.

Cerca de la entrada, en el lado derecho, una escalera con barandilla hecha con cables de acero y rematada con un grueso listón de bordes redondeados de lo que parecía ser madera reciclada, conducía al piso superior. Jamás habría esperado ese despliegue de elegancia en el

interior viendo cómo era el edificio por fuera.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —preguntó.

—Sí, a pesar de que habían rehabilitado el edificio, no me gustaba del todo como estaba cuando lo compré y poco a poco lo he ido adecuando a mis gustos.

—Te ha quedado genial. Tienes muy buen ojo para mezclar estilos y eso —alabó.

—Gracias —respondió—. Arriba está mi habitación con un cuarto de baño privado y el vestidor. Aquí abajo hay otro baño completo, antes solo había uno y no me pareció práctico. También hice una habitación de invitados al lado.

—Bien pensado —concedió.

Tras unos minutos de silencio que comenzaban a resultar incómodos, decidió que era momento de ponerse en marcha antes de que la cosa empeorara.

—Entonces, voy a ver qué encuentro que pueda cocinar así, rápido y consistente. ¿Por qué no te das una ducha y te pones cómoda mientras yo hago... eso?

—De acuerdo —musitó ella—. La verdad es que no tengo ni fuerzas ni ganas para nada ahora mismo. Es como si me hubieran robado cada gramo de energía.

—Te entiendo. Es un palo ver que algo por lo que has trabajado tanto queda reducido a basura por la maldad de otros.

—Sí —contestó ella mirándolo asombrada porque hubiera entendido, al menos en parte, cómo podía sentirse.

—Tampoco tienes que mirarme así. Sé lo que es trabajar duro y sé lo que es ver que otros no le dan importancia ni el valor que merece —añadió.

—Ya veo, perdona. Solo me ha sorprendido que alguien como tú lo... entendiera.

—¿Alguien como yo? —Levantó una ceja ante esas palabras.

—Será mejor que me dé esa ducha. —Se excusó hablando a toda prisa, dando pequeños pasos hacia la escalera que subía a la planta superior—. Puedes buscar en la despensa y la nevera, algo habrá que sea comestible.

Vio a la pelirroja escabullirse subiendo los escalones deprisa. ¿Qué habría querido decir con eso de que la asombraba que «alguien como él» entendiera por lo que debía estar pasando? Sacudió la cabeza, ya habría otra ocasión para aclararlo, en ese momento lo que debía hacer era algo que pudieran llevarse al estómago.

Abrió la nevera de par en par. Un lado era el congelador, lleno a rebosar; el otro lado era la nevera propiamente que tampoco estaba demasiado vacía. Encontró pimientos de tres colores, cebollas y carne picada. ¡Bingo!

—Si solo encontrara también unos toma... —murmuró mientras continuaba mirando los cajones del refrigerador—. ¡Aquí están! Bien. Ahora a ver si hay pan.

Revisó las alacenas y encontró las tortillas de maíz para envolver burritos. Ya lo tenía todo. Lo dispuso sobre la encimera de la isla, buscó una tabla de cortar y cogió un cuchillo de la base de madera que Tricia tenía en la cocina; encontró el adecuado para picar verduras, limpió los

pimientos, la cebolla y luego los cortó en tiras a excepción del tomate que lo cortó en dados pequeños. En su búsqueda encontró las especias y, a pesar de no disponer de mucha variedad, había las necesarias para dar el sabor que necesitaba a la carne. El tiempo le pasó volando mientras cocinaba; como no encontró ninguna especia ni pimienta picante, supuso que a Tricia no le gustaban ese tipo de comidas.

Estaba cocinando absorto, removiendo la cazuela en la que todos los ingredientes se unían para crear un único sabor cuando escuchó los pasos a su espalda; la mujer abrió la nevera y extrajo una botella de agua.

—Eso huele muy bien —comentó acercándose a mirar por encima de su brazo.

—Gracias.

Se giró para mirar en su dirección al tiempo que el aroma del champú que había utilizado se le metía por la nariz haciendo que cierta parte de su anatomía comenzara a reaccionar. Estaba preciosa con el cabello húmedo cayendo suelto sobre sus hombros formando una pequeña onda al final.

—¿No tomas nada? No soy mucho de cerveza —expuso ella—, pero seguro que hay algo que te pueda gustar al margen de eso.

—Agua fría está bien para mí —señaló refiriéndose a su propia elección de bebida.

—Está bien. —Tricia se acercó a la alacena y sacó un par de vasos largos—. ¿Con limón?

—Como tú prefieras. —Jake se encogió de hombros.

—Entonces, pondré también un hielo —repuso en un murmullo.

El capataz sonrió mientras la veía rebuscar en el congelador la bolsa de hielo que había visto minutos antes y preparar dos refrescos. Sabía que era un intruso que estaba en su casa, utilizando sus fogones y que debería sentirse raro, fuera de lugar, pero no era así. Estar allí con ella, los dos en la cocina se sentía como algo tan natural que le gustó. Le gustó mucho. Tricia le ofreció el vaso y tomó un sorbo, estaba realmente fresco y sabroso. Al ver cómo estaba decorado el borde, con una rodaja de lima insertada, no pudo evitar sonreír.

—Apuesto a que preparas buenos combinados.

—Soy la reina de los margaritas —afirmó con un amago de sonrisa mientras bebía.

—No lo pongo en duda. Menos, después de ver lo perjudicadas que ibais todas aquella vez que Derek fue a recoger a Tamy.

—Ah, eso... —soltó una carcajada—. Sí... —suspiró.

Poco después, colocaba la carne en un recipiente redondo y lo acompañó con una cuchara de madera, Tricia dispuso un plato para cada uno. Se prepararon unos burritos bien cargados. Comer entre risas con esa mujer era como un bálsamo, él estaba acostumbrado a los chicos y peones del rancho; a excepción de Tamy, todos engullían la comida sin dejar que nada cayera.

Pero la pelirroja tenía una ligera torpeza a la hora de comer, o no sabía identificar del todo bien de qué se trataba, que conseguía que la salsa de tomate le llegara a la mejilla o le quedara en la comisura de la boca. Más de una vez tuvo que reprimir el impulso de limpiar el rastro él mismo

los labios.

Terminaron de cenar en un ambiente más que relajado y distendido, se notaba la comodidad que sentían cerca del otro. Ella comenzó a fregar los platos en cuanto recogieron y Jake se plantó a su lado para ayudarla.

—Ya has hecho la cena, no hace falta que me ayudes a limpiar —dijo al ver que se subía las mangas antes de meter los brazos bajo el agua para enjuagar los platos.

—Entre dos, el trabajo se hace más deprisa. Y es menos pesado.

—Está bien. Pero luego no digas que no te he dado la opción de repartir las tareas —repuso ella en tono de broma.

Jake sabía que el momento de irse se acercaba cada vez más y no quería que ocurriera, no quería que llegara. Estar allí, con ella, era tan agradable que no deseaba marcharse. No podía negar que Tricia le atraía, era el tipo de mujer que le gustaba, pero después de lo que había vivido esa noche, no necesitaba a un hombre que intentara sacar ventaja de sus sentimientos inestables así que se contendría hasta que volviera a tener todo en orden.

Cuando todo estuvo limpio, seco y guardado de nuevo en su sitio, ella le dijo de tomar el postre en el sofá. Por un momento se planteó que aquel era el momento perfecto para declinar su oferta y salir de allí; sin embargo, terminó aceptando. Era como si su cabeza dijera lo que debía hacer y su cuerpo hiciera lo que le venía en gana. Y eso era algo peligroso en cuanto a la sexy peluquera pelirroja se refería.

\*\*\*\*\*

Jake y ella se encontraban en el sofá. Tricia había sacado unos profiteroles de nata que tenía en el congelador de postre. Era consciente de que lo había hecho para que no se fuera demasiado deprisa pues pudo ver en su mirada que estaba pensando en hacerlo tan pronto como terminaron de recoger la cocina. A pesar de su altura y de la anchura de su cuerpo se manejaba con soltura en la cocina y en las tareas que esta demandaba. Y sabía cocinar. ¿Quién le iba a decir que un vaquero alto, grande y fuerte como aquél sabría hacer algo tan rico?

Tratar de comer algo que dejaba escapar la nata de su interior en cuanto daba un bocado y con el chocolate que llevaba por encima goteando era, cuanto menos, una misión suicida en presencia del hombre que le gustaba y más en su caso que parecía tener un imán para que la comida terminara esparcida en su cara y escote. Colocó el resto del profiterol en su boca a pesar de que todavía resulto ser una gran cantidad, pero en vistas de la que estaba liando no quería que la cosa empeorara mucho más.

—Espera —dijo Jake entre risas al verla.

Alargó el pulgar y limpió su mejilla arrastrando el dedo hasta la comisura de sus labios, luego se llevó el dedo a la boca donde lo lamió sin perder esa mirada divertida.

—Eh, eso era mío —protestó.

—Si tanto lo querías, no deberías andar desperdiciando tu comida.

—No lo hago a propósito —bufó sin estar realmente enojada.

—Ya me he dado cuenta de eso —replicó con una pequeña risa.

Dieron buena cuenta del postre y al terminar recogieron el sofá y la manta que se había manchado gracias a sus habilidades para nada sofisticadas. En cuanto pensó en la posibilidad de que el capataz se fuera le entró el pánico. Miedo real. No quería quedarse sola en casa esa noche. No obstante, tampoco se atrevía en decir en voz alta aquello que quería por temor a que lo tomara de la forma que no era.

—Me ha gustado mucho ese postre —comenzó a decir Jake—. Creo que ya es hora de que me vaya y te deje descansar.

—¡Espera!

Después de dejar ir la exclamación se percató de la fuerza con la que había reaccionado y bajó la mirada avergonzada.

—Después de... Lo que ha pasado yo... No creo que pueda dormir si estoy sola —admitió bajito.

El hombre tomó aire y lo dejó ir despacio mientras miraba alrededor.

—Está bien, entonces... No sé, podría quedarme en el sofá —propuso él.

Tricia afirmó con la cabeza gacha.

—O puedes usar la habitación de invitados —terció ella.

—De acuerdo. Entonces... Será mejor que eche el cerrojo a la entrada y compruebe el cierre del patio —dijo pasando de largo a su lado.

—Jake.

—¿Sí? —preguntó el vaquero sin darse la vuelta para poder hablar cara a cara.

—Gracias.

—No es nada —respondió y se aclaró la garganta.

Lo observó dar la vuelta a la llave y comprobar el seguro mientras caminaba hacia las escaleras, luego hizo lo propio con la puerta doble de cristal que permitía ver el patio. Una vez en su habitación, fue al cuarto de baño para lavarse los dientes y vio los lamparones de tomate, chocolate y nata de su pijama. Con hastío y vergüenza de sí misma porque Jake hubiera visto ese lado bochornoso de ella, se lo quitó y lo dejó en el cesto de la ropa sucia. Se lavó dos veces los dientes y vació la vejiga antes de entrar en su dormitorio y abrir el cuarto cajón de su cómoda en el que guardaba los conjuntos para dormir. Eligió uno blanco con el dibujo de una chica mirando por una ventana, tenía mangas largas a cuadros escoceses de color rojo y pantalones a juego con ellas.

Caminó hasta la cama, levantó el cobertor, la manta, la sábana y se metió para cubrirse con



todo. Le gustaba envolverse como un gusano de seda en su capullo. Casi una hora más tarde en la que estaba aun con los ojos abiertos mirando al techo, supo con certeza que no iba a dormir. Estaba cansada y su cabeza no dejaba de dar vueltas; pero necesitaba descansar y estar al cien por cien al día siguiente. Había muchas cosas todavía que debía hacer.

Enfadada consigo misma por no poder dormir a pesar de que se caía de sueño, hizo a un lado la ropa de cama y se puso en pie. Dio un par de vueltas descalza por la habitación sin saber qué hacer, al cabo de un rato fue al cuarto de baño, hizo sus necesidades, se lavó las manos y la cara y al volver a la habitación fue incapaz de meterse en la cama.

Arrancó el cobertor y se envolvió con él.

Con cuidado de no tropezar, bajó las escaleras dispuesta a quedarse en el sofá con la esperanza de poder dormir un poco si se quedaba allí. Al dirigirse hacia el mueble vio la puerta cerrada de la habitación de invitados. Jake dormía allí. El hombre se había quedado porque ella se lo pidió y aun así no podía pegar ojo. Dejó el cobertor de cualquier manera en un lado del sofá y caminó de puntillas hasta la puerta del dormitorio que él ocupaba.

Intentó escuchar algún sonido proveniente del interior. Nada. ¿Se habría ido? No, eso no era posible, había estado despierta todo ese tiempo y no había escuchado la puerta de entrada. Moviada por la curiosidad y por la necesidad de asegurarse de que no la hubiera dejado sola, puso una mano sobre el pomo de la puerta tan despacio que pudo sentir su pulso debajo de la piel mientras lo hacía.

Necesitó dos inspiraciones profundas antes de poder girarlo y empujar la madera intentando que no emitiera ningún crujido o chirrido al hacerlo. Su loft estaba a oscuras salvo por la luz que provenía del exterior a través de las puertas que conducían al patio cuyas cortinas no había echado y el vaquero tampoco. A pesar de la poca iluminación pudo distinguir la figura en la cama, tenía que admitir que se veía enorme incluso tumbado.

Sabía que debía detenerse, cerrar la puerta, dar la vuelta, ir hasta el sofá y acurrucarse hasta la mañana siguiente, pero cuando quiso darse cuenta se encontraba junto a la cama, quería ver con sus propios ojos cómo un hombre tan alto se había podido acomodar en una cama de metro cincuenta de largo por metro treinta y cinco de ancho.

—¿Tricia? —preguntó el capataz con la voz enronquecida a causa del sueño—. ¿Qué ocurre? ¿Una pesadilla?

Le transmitió su preocupación en cada sílaba; recordó entonces que Tamy había sufrido pesadillas durante años y Nicole las tuvo también después de lo que le ocurrió en la inundación del viejo río, por supuesto, el vaquero pensaba que ese debía ser el motivo más normal por el que aun estaba levantada.

—No —contestó—. No podía dormir —reveló.

—Ah, ya veo —Jake se aclaró la voz.

—¿Te importa si me quedo aquí un rato?

—¿Aquí? Dices... ¿en la cama?

—Sí. Sé que puede ser algo... Y además, todavía no me explico cómo haces para dormir en un sitio en el que no cabes.

El capataz se dio la vuelta para ponerse boca arriba y acomodó unas almohadas en el cabecero sobre las que recostó la espalda quedando ligeramente inclinado y su torso elevado.

—No está tan mal —reflexionó—. Vamos, entra. Si eso hace que duermas tranquila...

—Gracias. Ya no sabía qué hacer —dijo levantando la sábana y la colcha para subir a la cama y tumbarse de espaldas al enorme vaquero, de cara a la puerta.

Tricia cerró los ojos y no tardó en sumergirse en el aroma del hombre a su espalda, su respiración se acompasó a la de él y en pocos minutos se quedó dormida.

## Capítulo 5

El picor que sentía sobre la piel parecía extenderse. El torso, el hombro, la cara, el cuello... Despertó por completo cuando, rascando su torso desnudo, sintió bajo su mano una enorme cantidad de algo desconocido. Además de que estaba convencido de que no había metido el radiador entre las sábanas como su yo del sueño que había estado teniendo le había hecho creer.

Lo que encontró al rascar su pecho era algo similar a la seda, agradable al tacto, mullido. Abrió los ojos y se dio cuenta de que se trataba de una melena; en concreto, la de la pelirroja que reposaba la cabeza justo encima de su corazón, debajo de su pectoral izquierdo.

¿Qué hacía Tricia en su cama? Se preguntó extrañado. Luego se dio cuenta de otros detalles, como que la cama no era precisamente de su tamaño o de que no se encontraba en su dormitorio y recordó lo ocurrido la noche anterior. Encontrar a esa tentación de mujer a horas tan tempranas entre sus sábanas era un peligro que todavía no tenía claro si estaba dispuesto a correr tras lo ocurrido. Era curioso, reflexionó, él obtenía siempre aquello que deseaba y, desde hacía un tiempo, eso se reducía a la pelirroja valiente y algo alocada que dormía junto a él. No obstante, los últimos incidentes le habían hecho poner el freno. ¿Desde cuándo era así? Normalmente no le hubiera importado demasiado la forma de conseguir lo que deseaba, pero con Tricia era distinto. Sentía que, de hacer algún movimiento hacia ella en esos momentos equivaldría a aprovecharse de la joven. Y no quería eso.

Sintió la mano de la mujer rozar la parte exterior de su muslo y su erección matutina se congestionó aun más. Sin duda, esa situación iba a ser un problema. Uno muy grande. *Muy grande*. ¿Cómo podría hacer para salir de allí en calzoncillos sin que la mujer viera el estado de su cuerpo que, por otra parte, no podría remediar hasta estar fuera de su vista y de su alcance?

Tratando de discernir cuál sería la mejor forma de escapar, Tricia se estiró como un gato, con cada extremidad, arqueando la espalda hasta alcanzar una curvatura que creía imposible y bostezó, solo que ese sonido parecía más un gemido que un bostezo.

La mujer se apretujó contra su costado, con el velo del sueño aun sobrevolando su mente le resultaba mucho más difícil tratar de reprimir sus deseos y acercó la nariz a la cabeza de melena llameante para saciarse con el olor de su pelo. Con su particular aroma recorriendo su sistema, la joven levantó la cabeza y le dedicó una mirada soñolienta de lo más sensual.

—Oh —pronunció con los labios fruncidos y entreabiertos por la sorpresa.

—¿Despierta? —preguntó él en un susurro ronco, tratando por todos los medios a su alcance de contener su cerebro para no mover un solo músculo a pesar de las imágenes que le venían a la cabeza explicando de forma muy gráfica lo que quería, debería y podría estar haciendo y que sería infinitamente más placentero.

—Mhm... —ronroneó en respuesta.

Ese sonido era el más sexy que había escuchado. Quería alargar la mano, tomar esa melena en la palma, enredar sus dedos en ella y acercar sus rostros hasta unir la boca con la de ella, pasar por alto sus principios y solo tomar lo que quería. Ella fue la primera en moverse.

—Será mejor que me levante y vaya a preparar algo para el desayuno —comentó suprimiendo un bostezo.

Jake no podía apartar sus ojos de la mujer, de la forma en la que su cabello caía en cascadas de fuego a ambos lados de su cara. El deseo lo estaba matando. Entonces sus miradas se cruzaron y en las pupilas de ella vio el anhelo; aun así, se quedó tan quieto como podía. Los ojos de Tricia podrían haberlo atravesado con el fuego que crecía y llameaba tras su mirada. Contuvo el aliento, la mujer se mordió el labio como si fuera víctima de la misma tortura que él sufría y se inclinó hacia él.

Expectante, esperó a ver qué sucedía. Ella estaba más cerca cada vez, su cabeza delante de la suya. Avanzaba muy despacio, tanto que comenzaba a dudar de su propia entereza. Su aliento le cosquilleaba la nariz, su cabello el torso; estaba tan endiabladamente a su alcance... Pero no, no podía dejarse llevar, Tricia acababa de pasar por un suceso traumático y él no era el tipo de hombre que se aprovechaba de eso. En el momento en el que la boca de Tricia rozó sus labios toda su entereza y contención saltaron por los aires.

—Al diablo con todo —murmuró al tiempo que tomaba su cabeza con una mano y cercaba sus hombros con la otra.

Lamió sus labios, incitándola, invitándola a abrirse a él. Con un suspiro lo aceptó y de no haberse encontrado ya tumbado, era probable que hubiera terminado de rodillas, porque las sintió desfallecer. Ella sabía a deseo, a pecado, sabía a cosas intangibles, a atardeceres y amaneceres, a tierra mojada por la lluvia.

Enredó los dedos en su pelo y en alguna parte de su mente escuchó cerrarse una enorme y pesada puerta con cerrojo. Ya no había vuelta atrás. El deseo tomó el control y la temperatura fue en aumento hasta que todo entre ellos sobraba, hasta la piel. Las manos de la joven se deslizaban con frenesí sobre el vello de su torso, los brazos y la mejilla con la barba crecida desde que la afeitara la mañana anterior. Jake solo podía pensar en lo mucho que le gustaba la mezcla de ese dulce sabor unido al aroma que encontró en su piel en la sedosa melena.

Antes de que pudiera pensar con claridad, ella se encontraba a horcajadas en su regazo, adoraba la forma en la que sus lenguas se enredaban, podría continuar del mismo modo durante horas. Pero su cuerpo tenía otros planes y, al parecer, el de la pelirroja los secundaba. Sintió la caricia a esa parte congestionada de su anatomía y su yo interno más salvaje despertó a la vida, deseando tomar el control. Jake lo echó para atrás, quería tomarse aquello con toda la calma de la que fuera capaz de disponer. Siseó cuando los dedos de Tricia se cerraron en torno a su miembro, palpitante y extendido hasta alcanzar su tamaño máximo.

—Mhmm... Aquí también eres grande —ronroneó la mujer contra su boca con la voz más

lasciva que alguna vez había escuchado.

—¿Te sorprende? —interrogó burlón.

—No del todo.

Con una risa incontrolada que le provocó su respuesta, invirtió sus posiciones y empujó las caderas contra ella al tiempo que volvía a hacerse con el interior de su boca. Todo rastro de control o reparo, perdido. Eran adultos y sabían lo que querían.

—Aun llevas los pantalones —musitó antes de morder la curva de su cuello y el lóbulo de su oreja.

—Quítalos —contestó la mujer en un jadeo.

En ese momento, Jake se dio cuenta de cuánto deseaba que aquello ocurriera entre ellos, sin embargo, lo que no quería de ningún modo era que Tricia pudiera arrepentirse después.

—¿Estás segura? Ahora todavía puedo...

Las manos de la joven acariciaron con firmeza su pene de arriba abajo y jugaron con la cabeza redondeada extendiendo el lubricante natural que salía de ella haciendo que no pudiera pensar con coherencia, mucho menos hablar o terminar la frase que dejó a medias.

—Joder... Si haces eso, yo... —Jake la miró consciente del deseo que debía reflejar su rostro; total, completo, descarnado.

—Y... —Tricia lo empujó haciendo que cayera hacia atrás sobre la cama y saltó a su regazo como un gato travieso—. ¿Si hago esto?

Su boca cubrió la endurecida y húmeda lanza que sobresalía de su entrepierna haciendo que le volara la cabeza en pedazos. Lo atrapó, lamió, lo succionó a lo largo y ancho sin dejar de mirarlo a la cara. Le proporcionaba tanto placer y lo hacía con tanto deleite que solo pudo dejarse hacer. Al menos hasta que fue consciente de que no podría aguantar mucho más. Llegado a ese punto, la apartó de sí, la acercó y tras besarla con la potencia del fuego que había despertado en él, le arrancó la ropa hasta que la tuvo desnuda solo para su vista sobre la cama.

—Mí turno.

Fue el único aviso que le dio antes de arrodillarse entre sus piernas, coger sus muslos, separarlos y levantar su cuerpo hasta que el manjar que buscaba se encontró a la altura deseada. La mujer colocó las manos sobre la el colchón, arqueando la espalda para él. Cuando su lengua paseó entre los pliegues de su feminidad, lo hizo todavía más.

Saboreó y besó con frenesí el dulce manjar que le regalaba; degustó cada recoveco y cuando Tricia se retorció entre gemidos y jadeos de placer, se sirvió de los dedos para explorar más allá de la entrada a sus secretos. No tardó en retorcerse bajo la combinación de la mano con su lengua hasta que su voz salió en forma de grito.

Jake continuó, quería saborear cada momento de aquel instante, del orgasmo de la apasionada mujer; continuó acariciando, lamiendo. Sus temblores no habían desaparecido aun cuando la escuchó murmurar su nombre mientras sus caderas retomaban el ritmo de hacía un instante hasta que volvió a estallar para él, liberando más jugos mientras gritaba su nombre.

Siguió jugando con ella hasta que se corrió dos veces más; en cuanto sus piernas comenzaron a aflojarse, las bajó hasta posarlas en su cintura de forma que le rodeara, se ayudó pasando las manos por la espalda femenina y la levantó hacia él. Tricia se arrellanó en su pecho, él apartó el cabello empapado en sudor que cubría su rostro y acompañando su miembro con la mano entró con gentileza en su interior. Poco a poco, esperando a que se adaptara a él, a su grosor y tamaño. La pelirroja se le aferró al cuello y mordió la línea de su mandíbula al tiempo que clavaba las uñas en su espalda.

—Oh, sí...

Estaba tan resbaladiza, tan húmeda y lista que todo cuanto podía pensar era en enterrarse con una sola estocada. Pero la parte más racional de sí mismo le recordaba que debía ir despacio. Antes de que hubiera llegado a introducirse por completo, la joven comenzó a moverse, cerró las piernas con fuerza a su alrededor y lo montó haciendo que creyera en la locura por exceso de placeres. Fue ella misma la que se enterró en su verga hasta la empuñadura haciéndolo murmurar palabras y pensamientos inconexos. Aferrando su cintura con un brazo, la subió y volvió a bajar arrancándole un largo gemido. Repitió el movimiento. Él mismo estaba al borde del abismo, conteniéndose hasta que Tricia asaltó su boca y clavó las uñas en su hombro y pecho. Combinó el movimiento de los brazos con el de sus caderas, entrando y saliendo una y otra vez hasta que ya no pudo más y dejó que tanto el cuerpo como su mente se liberaran.

Mientras se corría sintió las uñas de Tricia arañar su pecho, temblando entre sus brazos. Sentirla deshacerse cuando estaban unidos de aquella manera fue mejor todavía que haber culminado. Ella era simplemente adictiva.

\*\*\*\*\*

En la peluquería descubrió que Tamy, Lina y Nicole tenían todo bajo control; incluso Rebecca se acercó con bebidas y tarta para todos. Todavía le costaba creer que pudiera mantenerse en pie después de la sesión matinal que había mantenido con Jake en la cama de la habitación de invitados. Y en el cuarto de baño. Y mientras preparaban el desayuno. Y cuando lo terminaron. Y en las escaleras antes de salir...

—¿Estás bien? —preguntó Lina, su ayudante, mirándola fijamente.

—¿Eh? Oh, sí, sí. Bien —respondió a toda prisa.

—¿Estás segura? Estás colorada... ¿Tienes calor?

—Sí, tranquila. Solo tengo un poco de... calor —dijo lo primero que se le ocurrió tomándole la palabra.

—¿Quieres salir fuera? Quizás sería buena idea que te tomaras un descanso, jefa.

—¿Qué ocurre? —Tamy se detuvo junto a ella, cargaba una caja de pequeñas dimensiones. El pequeño Sam dormía en su carrito cerca de la puerta.

—Solo tengo un poco de calor —repitió tratando de alejar la atención de ella.

—¿Por qué no descansas un poco? —propuso su amiga.

—¿Como tú? Te recuerdo que acabas de ser madre...

Tamy alzó una ceja y estudió su rostro.

—¿No estás un poco a la defensiva? —intervino Nicole sumándose a la conversación.

—Lina, toma un descanso y ve a comer algo —ordenó Tamy con un tono de voz amable, pero que no admitía discusión.

—Eh, está bien. —Su ayudante miró de una a otra a las tres mujeres que se habían reunido—. Volveré a primera hora de la tarde —aseguró mirándola a los ojos.

Tricia cabeceó en respuesta.

—Haz eso, gracias —contestó Tamy sin apartar su mirada inquisitiva de ella.

Ninguna se movió o habló mientras la muchacha recogía sus cosas y salía por la puerta del negocio tratando de no hacer ruido para no despertar al bebé que dormía, plácido, abrazado a su mantita.

—¿Y bien? —inquirió Tamy en cuanto estuvieron a solas.

—¿Y bien, qué? —retomó lo que había estado haciendo, rellenando los rayajos del parque.

—Oh, vamos, Trix —bufó su amiga dejando la caja en el suelo entre ellas—. Parecías un conejo asustado cuando Lina te ha dicho que estabas roja.

Al cabo de un segundo en el que permaneció en silencio sus dos amigas emitieron un grito ahogado.

—¡Te has acostado con Jake! —asumieron al mismo tiempo.

Incapaz de negar lo evidente dado el tono de carmesí que debió adquirir su rostro a juzgar por el calor que se agolpaba en esa zona, afirmó con la cabeza.

—¡Dios mío! —Nicole se dejó caer a su lado cruzando las piernas.

Tamy imitó a su otra amiga y se arrodilló hasta sentarse del mismo modo, aunque en silencio y de una forma más pausada.

La ilusión en el rostro de una contrastaba con la mirada furibunda de la otra.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué tal ha ido? ¿Qué has sentido? ¿Todo bien? —preguntaba Nicole sin dejar tiempo a que ofreciera ninguna respuesta.

—¿Tengo que ir preparando una sogá? —añadió con severidad la vaquera.

—No, no —repuso a esa última pregunta—. Nada de eso. Yo... En realidad todavía estoy... No sé qué me ha pasado.

—¿Se ha aprovechado de ti en un momento de bajón?

Por la pregunta podía ver que Tamy estaba dispuesta a darle su merecido al hombre de haber sido así.

—No, al contrario. Ha sido... Todo un caballero. Fui yo la que empezó.

Nicole aplaudió excitada y dejó escapar una risita nerviosa.

—¡Sí, chica! —animó—. ¡Así se hace! Entonces, ¿estáis juntos ahora? ¿Habéis hablado?

—No lo sé. Si te digo la verdad no ha habido mucho tiempo para... hablar.

—Oh —repuso su amiga—. ¡Oh! —Repitió comprendiendo sus palabras—. Oh... —añadió poniéndose colorada ella también.

—Sí.

—¿Qué piensas hacer ahora? —interrogó Tamy.

—No tengo ni idea —admitió—. No es que yo... Es solo que no había pensado en... Y todo ha pasado tan deprisa, no quiero decir «eso», eso ha ido muy bien, más que bien, ha sido... Estupendo. —Era consciente de que estaba balbuceando—. Me refiero a... ya sabéis; yo no había planeado que pasara nada de todo esto.

—¿Te gusta Jake? —preguntó Tamy directa al grano, como era habitual en ella.

—Claro que le gusta —respondió Nicole antes de que ella misma pudiera hacerlo—. Te gusta ¿verdad? Te he visto mirarlo y... chica, saltaban chispas.

—Sí... —articuló bajando la cabeza avergonzada antes de volver a enfrentar a sus amigas—. Supongo que sí, pero no sé qué piensa él. No sé si ha sido cosa del momento, un desahogo de la tensión acumulada de ayer o que solo ha seguido la corriente, ya sabéis. Al fin y al cabo, yo he sido la que me he lanzado a su cama.

—Tenéis que aclararlo.

—Joder... —murmuró quejumbrosa—. Ha sido todo tan... Caliente y espontáneo que ni siquiera hemos utilizado condones.

—¿¡Qué! —exclamaron las dos mujeres al mismo tiempo haciendo que el pequeño Sam comenzara a protestar.

Tamy se levantó y cogió al niño en brazos para calmarlo, luego lo dejó de nuevo en el cochecito atado para que no se cayera.

—¿¡En qué estabas pensando! —Siseó la reciente madre en un susurro furioso.

—Es verdad —secundó Nicole.

—Vamos —dijo Tamy recogiendo los bolsos y chaquetas de todas.

—¿A dónde? —interrogó perpleja por semejante reacción.

—Al hospital —contestó ella—. Inmediatamente —añadió severa—. Tienes que hacerte una revisión.

—Estáis exagerando, no...

—No discutas. Deja eso y sube al coche ahora mismo si no quieres que te obliguemos —amenazó su amiga.

Algo más de dos horas más tarde se encontraban las tres en silencio en una sala verde con sillas de plástico blancas, esperando los resultados de su examen ginecológico. Antes de salir de Big Hollow, habían pasado por la cafetería de la señora Tesky y le pidieron a Rebecca que cuidara del pequeño hasta su regreso. Prometieron contarle todo en cuanto volvieran.



Su amiga no puso ninguna pega.

Cuando la enfermera la hizo pasar a la consulta Nicole y Tamy la siguieron. Los exámenes preliminares habían salido bien. No tenía nada destacable, sin embargo debería esperar unos días para obtener los resultados de unas pruebas que requerían cultivos específicos.

Camino del hospital, la vaquera la había reñido.

—Quiero a esos chicos, en serio. Joder, quiero a Jake, pero no sé cuánto hay de cierto en todos los rumores que corren entre los trabajadores del rancho. Solo sé que por lo que se habla, no es ningún santo. Hasta donde sé se protege, pero si dices que lo habéis hecho por primera vez y sin... ¡Joder, Trix! Tienes que ser más inteligente.

No había forma de que pudiera rebatirle. Tenía toda la razón del mundo. Y estaba preocupada por ella. Ese jarro de realidad hacía que viera de otra forma todo cuanto había vivido con él esa mañana, por supuesto, Tamy y Nicole estaban en lo cierto. La salud iba antes que cualquier calentón por muy sexy, musculoso y grande que fuera el tío. En este caso, un enorme vaquero. En todos los sentidos, pensó para sí.

Incapaz de decir la verdad al personal sanitario, alegaron que había tenido una pareja sexual de una noche, mañana en realidad, de quién desconocía antecedentes. Y por ello solicitaron un examen completo. Todo eso le pasaba por no haber pensado antes en las consecuencias; para su tranquilidad y la de sus dos amigas, que no dejaron de describir de forma explícita y más que gráfica lo que le harían al capataz si no salían unos resultados perfectos, todo estaba dentro de la normalidad. Después de tomar la medicación que le prescribieron, regresaron para terminar de poner en orden su negocio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Nicole desde el asiento de atrás.

—¿Preguntas por la peluquería o por Jake? —replicó Tamy al volante.

—La segunda opción —aclaró la primera.

—No lo sé, chicas —repuso ella.

—Debería haber sido Jake el que estuviera contigo ahora —refunfuñó la vaquera.

—No os enfadéis con él. Los dos somos adultos y... La he cagado —admitió—. Tendría que haber pensado y no solo... dejarme llevar.

—Oye... Eh —dijo Tamy—, todos somos... Todos cometemos errores. Con todo lo que ha pasado has olvidado que estabas en el período de descanso de tus pastillas. Es normal.

—Sí, ha sido una equivocación —manifestó Nicole palmeando su hombro.

—No se volverá a repetir, os lo aseguro.

—Eso ya lo sabemos —respondieron pisándose la una a la otra.

Por suerte, tenía amigas íntimas que escuchaban cada cosa que decía y fue Tamy la que recordó que no había tomado los anticonceptivos porque no le tocaba hacerlo hasta dentro de unos días.

## Capítulo 6

Derek y Matt lo habían acompañado esa tarde al pueblo después de dejar las indicaciones y el trabajo de la tarde repartido entre los chicos. Debían encargarse de recoger un pedido en lo de Phil y habrían terminado de forma que podrían pasarse por el salón de belleza de Tricia a echar una mano y recoger a las chicas, tal vez ir a cenar...

Sus planes se truncaron cuando llegaron y encontraron la peluquería cerrada, las luces apagadas y no había ni rastro de ninguna de las tres mujeres que deberían encontrarse allí.

—¿Tamy no te ha dicho nada? —preguntó Matt, contrariado.

—Tampoco es que me tenga que decir dónde está a cada segundo, pero no, no me ha llamado.

—Ya sé que no tiene que hacerlo, pero se suponía que iban a estar aquí... —repuso el vaquero rubio con un mohín.

—Desde que te has prometido... —murmuró Jake.

—¿Qué? —quiso saber su amigo a la defensiva.

—Nada, que pareces otro —dijo.

—Pues espera a que terminen de construir la casa y vivan juntos —silbó Derek.

Las pullas hubieran continuado de no ser porque vieron aparecer a las mujeres. Tricia empujaba el cochecito vacío mientras Tamy llevaba al pequeño Sam en brazos y Nicole caminaba un paso por detrás haciendo reír al pequeño, poniendo caras y jugando con el niño. Ver a la pelirroja de nuevo tras lo que había sucedido esa misma mañana, fue como ponerle un hierro al rojo en la ingle. La deseaba.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Nicole al verlos plantados frente al negocio.

Matt se adelantó, abrazó y besó a su prometida; después hizo ver que le robaba la nariz a Sam quién alargó los brazos para recuperarla al tiempo que su padre abrazaba a su madre y colocaba una mano protectora en la espalda del pequeño. La estampa era propia de un cuadro de aquellos para colgar sobre la chimenea.

—Terminamos con algunas cosas y pensamos en acercarnos a ayudar —contestó Matt.

—¿Dónde estabais? —preguntó a su vez Derek.

—Hemos ido un momento a la cafetería de la señora Tesky —respondió Tamy—, necesitábamos despejarnos.

Mientras los demás permanecían juntos, él se había quedado clavado en el sitio. Al comprobar que Tricia ni siquiera lo miraba a la cara no se atrevió a hacer ningún movimiento, a pesar de que su primer impulso fue acercarse a saludarla con un beso. Tal vez la joven no quería que sus amigas supieran lo que había sucedido entre ellos. La pelirroja abrió el negocio con su llave para que entraran.

Tamy pasó a su lado y lo miró de forma extraña de arriba abajo.

—Jake...

¿Qué había sido eso? ¿Había hecho algo? ¿Tal vez Tricia les había explicado lo suyo? Sus amigos cruzaron la puerta siguiendo a las mujeres y, aunque todos fueron a ofrecer su ayuda, resultó inevitable sentir que reinaba cierta hostilidad hacia su persona. ¿O estaría confundido?

No, debía estar imaginando cosas; el hecho de que lo hubieran puesto en la trastienda mientras el resto trabajaba en la parte de delante no quería decir nada. ¿Verdad?

—Voy a enviar esto al seguro y al sheriff —decía la pelirroja—. Menos mal que hemos terminado deprisa, no sé qué habría hecho sin vuestra ayuda.

—En un día está todo limpio y recogido —intervino Nicole con evidente orgullo en el tono.

—Voy a llamar a la decoradora para decirle que traiga las cosas mañana —añadió Tamy.

—¿Decoradora? —articuló Tricia sin aliento.

—Sí, la he contratado para que deje tu salón como siempre has querido —replicó su jefa—. También le he pedido que organice una fiesta de reapertura, así que en cuanto todo esté en su sitio, reinaugarás tu negocio por todo lo alto.

—No sé qué decir... —contestó Tricia emocionada.

Jake se asomó a ver y la encontró con las manos cubriéndose la boca y ojos lacrimosos.

—No tienes que decir nada. Solo tendrás que preparar tu nueva agenda para llenarla de citas. —Tamy le guiñó un ojo y la peluquera la abrazó dándole las gracias.

En ocasiones olvidaban que la joven había heredado una gran suma de dinero y propiedades; entre ellas, la dirección de una importante multinacional. Sin embargo, ella continuaba siendo como siempre. Imaginaba que aquel era el principal motivo por el que solían olvidar esa parte.

—Si hemos terminado por hoy aquí, será mejor que vayamos a cenar —propuso Derek y los demás secundaron sus palabras.

Poco después se acomodaban en una de las mesas habituales que ocupaban en el Two Steps. Jason se acercó en seguida a hacer carantoñas al pequeño Sam que realizaba equilibrios sobre las piernas de su madre que lo sujetaba de las manos y, debido a que no podía apartar la mirada de Tricia, no se enteró de por qué Derek le asestó un ligero puñetazo en el hombro mientras su mujer reía.

A su lado de la mesa, Matt le hacía mimos a su prometida y Tricia se mantenía a distancia ignorando su presencia, cosa que le molestaba más cada vez. Hablaba con Rebecca que se unió a ellos en la entrada justo después de terminar su jornada en la cafetería. Incapaz de pasar mucho más tiempo siendo tratado de esa manera, se levantó y fue a la barra a por una cerveza con la excusa de saludar a unos trabajadores de otro de los ranchos de la zona a los que conocía. No es que no supiera cómo funcionaban las relaciones entre dos adultos, pero ella no le parecía ser de ese tipo de mujer.

¿Qué había esperado? Tampoco era que hubieran hablado de lo que ocurriría después. Además, ¿no debería estar contento de que resultara de esta manera? Sexo sin complicación, ni explicaciones, ni... ¡Joder! ¡Lo estaba sacando de sus casillas! Cuando se fue de su casa por la

mañana todo estaba bien. Maldita fuera, lo hicieron por todo el apartamento, o casi. Entonces, ¿qué diablos había pasado después para que lo ignorara sin más?

—Ahora vuelvo —se despidió al ver que Matt y Derek venían en su busca con sus bebidas.

Se apostaron juntos en un hueco en la barra y bebieron en silencio ojeando el interior del local.

—¿Va todo bien? —indagó Derek pasados unos minutos.

—Claro. Perfecto —respondió con acidez.

—¿Se puede saber qué has hecho? —Interrogó Matt—. Se puede sentir tanto frío en el ambiente que Santa Claus está pensando en adelantar la Navidad.

—Yo no he hecho nada —contestó lanzando una rápida mirada hacia la mesa; en concreto, a la pelirroja.

—No me digas que... —empezó a hablar Matt.

—Os habéis acostado —sentenció Derek.

Molesto, cerró la boca y se negó a responder.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —recriminó el rubio.

—Mis disculpas, la próxima vez pondré un anuncio en el periódico —gruñó sardónico.

—Mira, me da lo mismo —repuso el vaquero que vivía con él—, pero arregla lo que sea que hayas hecho.

—¿Por qué tengo que...? —dejó la queja suspendida. Podía recordar al menos un par de conversaciones con sus amigos allí presentes muy parecidas—. Dejadlo, da igual.

—Déjalo, Matt —intervino Derek—. Eso es algo que deben solucionar Tricia y Jake.

Las palabras de su amigo y jefe le hicieron girar la cabeza hacia él. De alguna forma, convertirse en marido y padre lo hacían verse distinto, más... No sabría definirlo, solo que, a pesar de ser el mismo de siempre, algo había cambiado en su forma de ver el mundo que los rodeaba. De reojo percibió una melena de un vivo color rojo moverse y se volvió a tiempo de ver a Tricia entrar en los servicios. Sin pensarlo dos veces, dejó la cerveza en la barra y fue tras ella disculpándose con los dos vaqueros de los que se alejó deprisa. A pesar de la distancia, llegó justo antes de que la puerta se cerrara.

—Tenemos que hablar —tomó a la mujer del codo y la acompañó dentro, echó el cerrojo y quedaron frente a frente en aquel reducido espacio.

—¿Qué estás haciendo? —reprendió ella.

—¿Yo? ¿Qué estoy haciendo, yo? —repitió llevando una mano abierta a su pecho, molesto—. Qué diablos es lo que estás haciendo tú, Tricia? —Acercó su rostro al de ella frunciendo el ceño—. ¿A qué viene ignorarme de forma tan descarada ahora, después de lo de esta mañana?

—¡Shh...! —siseó ella.

—¡Nada de «shht»! —Amonestó Jake—. ¿Ya has olvidado que fuiste tú quién se metió en mi cama? ¿Que fuiste quién empezó todo? —señaló—. ¿Acaso has olvidado también quién decidió que era mejor dejar el desayuno para más tarde?

—No, no lo he olvidado —repuso ella afilando la mirada y echando los hombros hacia atrás, preparándose—. ¿Sabes lo que sí había olvidado?

—¿¡Qué!?! —bramó él a punto de salir de sus casillas.

—Que estaba en un descanso de mis pastillas y que teníamos que haber usado un condón —espetó.

Y esas palabras fueron un golpe perfecto, dirigido con acierto a su mandíbula.

—¿¡Qué...!?!?

Lo había dejado aturdido. Recordó todo lo que había pasado entre ellos, las veces que habían tenido sexo, las que había eyaculado... Y hasta ese momento él tampoco pensó en que no se había puesto ni un solo preservativo. ¿¡Sería gilipollas!?! Siempre los utilizaba. Ni una sola vez desde que había comenzado a tener relaciones a los quince se había acostado con alguien sin llevar uno.

—Exacto, grandullón —apuntó Tricia—. Esa ha sido mi cara también. Ni siquiera había caído en la cuenta hasta que Tamy me arrastró a la clínica.

—Tamy... ¿Lo sabe? —Tragó saliva.

—Claro, ella y Nicole son las que me han acompañado —recalcó para su consternación.

—Mierda —maldijo—. Soy hombre muerto —murmuró llevándose las manos a la cabeza, agobiado.

Tamy iba a patearle los huevos, luego se los cortaría y se los serviría para la cena por haber tocado a una de sus amigas y no solo eso, por no haber pensado siquiera en protegerse, ni a sí mismo ni a ella.

Dejando aquello a un lado, ¿quería eso decir que había la posibilidad de que...?

—Sí, a los dos nos produce la misma emoción —comentó con tono agrio la peluquera.

—No, yo... —La sujetó por los hombros y observó fijamente sus ojos—. ¿Quiere eso decir que puedes estar... embarazada?

—No tan deprisa, vaquero —contestó la mujer levantando la palma de la mano hacia su cara usándola como barrera—. Habrá que esperar unos días para saberlo a ciencia cierta —suspiró con un mohín—, pero hay pocas probabilidades.

—Pase lo que pase, no tienes de qué preocuparte —aseguró—. No voy a escapar de mis responsabilidades.

—Qué sexy —replicó irónica al tiempo que ponía los ojos en blanco mirando hacia el techo—. Mira, no necesito...

Su frase quedó inconclusa debido a que aplastó la boca contra la de ella en una incursión sorpresa. Sujetó el cuello de la joven al tiempo que la atraía hacia sí con un brazo, estrechando la distancia entre ellos. Respondió al beso, a su toque; bajo la superficie, podía sentir a la mujer en ebullición. Se aferró a él y supo que estaba perdido; su cuerpo recordaba lo que era sentir cada parte de ella, cada suspiro y caricia y anhelaba la sensación de zambullirse y envolverse en la dulce fragancia que su piel desprendía y en el aroma de su cabello.

—No huyas de mí, Tricia; yo no lo haré —sostuvo su rostro entre las palmas de las manos y habló con la seriedad que la situación requería—. Estoy aquí y pienso seguir estándolo —aseguró una vez más—. No me voy a desentender de ti ni del bebé, si es que lo hay —añadió justo antes de volver a besarla—. Déjame estar aquí, contigo.

—Está bien —aceptó ella.

—Genial —dijo enfatizando la palabra—. Ahora vámonos.

Cogió su mano y entrelazó los dedos de ambos, luego se dispuso a abrir la puerta.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—A dónde podamos estar solos.

\*\*\*\*\*

Jake siguió tirando gentil, aunque persistentemente de ella y sin soltar su mano, se despidió deprisa de los amigos de ambos, sentados en la mesa que ocupaban al fondo del local, antes de dirigirse hacia la puerta sin prisa, pero sin pausa. Caminaron hasta su monovolumen y se dispuso a ocupar el asiento del copiloto. Sin entender muy bien por qué, había conducido hasta el Blue Ranch. Al aparcar y apearse, observó lo avanzada que estaba la estructura de la nueva casa del rancho, la que Tamy y Derek estaban construyendo, con ayuda del padre de Nicole, para ella y Matt como regalo de bodas.

—Vaya —murmuró asombrada—, no sabía que ya se había hecho tanto...

—Sí, dentro de poco estará terminada.

—Es impresionante.

—Por lo visto el apellido Grayson es un gran incentivo para atraer a los mejores arquitectos y decoradores.

—¿Quieres decir que Tamy ha conseguido que lo hagan tan deprisa?

—Solo digo que han conseguido lo mejor. La decoradora es la misma que se encargará de renovar tu salón.

—¿De verdad?

—Eso tengo entendido.

—Ese es un detalle muy generoso por su parte —articuló la peluquera volviéndose a emocionar.

—Sabes cómo es la gente de por aquí —dijo el capataz encogiéndose de hombros—, si pueden echar un cable...

—Sí...

El vaquero le tomó la mano y la guió hasta su casa. Le recordaba a esos bungalós que había

visto alguna vez al hojear una revista de viajes a la nieve, toda de madera, tejado a dos aguas, porche delantero con espacio para dos sillas y una mesa pequeña...

—Pero hablar de la futura casa de Matt no es el motivo principal de que estemos aquí. — Jake habló al tiempo que abría la puerta y la invitaba a pasar—. ¿No?

—Eh... Algo me dice que debería contestar que no —repuso ella en lo que era una bonita y acogedora sala de estar con una cocina abierta a la derecha. De frente y al fondo, un corto pasillo que más bien era un distribuidor en el que se veían tres puertas.

—Deberías —convino el capataz acercándose y colocando las manos en su cintura para atraerla.

La besó. Como lo hacen los amantes que se reencuentran en el aeropuerto, como si él fuera sed y ella el agua para saciarla. Al instante sus pies dejaron de tocar el suelo, Jake la elevó y se abrazó a su cuello. De esa guisa, caminó con ella hasta la habitación del fondo y echó el cerrojo detrás de ellos.

La bajó delante de la cama y allí, de pie en mitad del dormitorio, comenzó a desvestirla con una lentitud que no hizo más que aumentar sus ganas de apresurarse hasta el siguiente paso. Aun así, permaneció quieta ante el escrutinio masculino; le acariciaba los brazos, el cuello, las puntas del cabello y le provocaba escalofríos haciendo que su piel se erizara. Jake besó su cuello desde detrás envolviendo su cuerpo con el suyo, con cada extremidad; Tricia se dio la vuelta en el hueco creado entre ambos y alargó la mano para deleitarse con la dureza que sabía que encontraría en el abdomen masculino, subió por el pecho hasta tomar su cabeza. Se unieron en un abrasador juego de llamas, esas que los consumían desde el interior.

Le desabotonó la camisa, él se deshizo del cinturón y peleó unos segundos con los pantalones; al quitarlos se despojó también de las botas y los calcetines. Mientras él estaba en eso sin apartar la mirada de ella, una que hablaba de hambre animal, Tricia se descalzó también y comenzó a desabrochar sus pantalones; sin embargo, una mano de Jake en la cinturilla le impidió continuar. El capataz la llevó a la cama, gracias a él tenía la parte superior completamente desnuda y ahora estaba además, descalza, pero por algún motivo aun llevaba los pantalones a pesar de que él estaba ya completamente desnudo.

—Me encanta verte así —susurró Jake—. Saber que esto es solo para mí.

Entonces le bajó los pantalones con un movimiento fluido y al erguirse, la tomó por debajo del trasero, levantándola de nuevo sin esfuerzo y la tumbó de espaldas en la cama sin romper el estrecho abrazo. Se alzó de rodillas y mientras acariciaba su pezón con una mano, rebuscó en el cajón de la mesita de noche.

Se observaron en silencio mientras él se colocaba el preservativo, paladeando el deseo crudo en el fondo de la garganta, disfrutando de la visión de semejante hombre ante ella; fuerte, grande, salvaje y, sin embargo, delicado. Jake cubrió de nuevo su cuerpo con el suyo y colocó el miembro en el punto exacto, ya humedecido y listo para recibirlo, aunque por encima de su ropa interior; la única pieza que todavía vestía.

Sintió su mano entre ellos, acarició su centro, retiró la prenda a un lado y entonces, con un movimiento de cadera se hundió poco a poco en su interior provocando un nuevo escalofrío que recorrió todo su cuerpo y arrancó jadeos a ambos.

—Tricia...

Estaba perdida. En las notas bajas de su voz, en la tibieza del aliento que rozaba su piel con cada suspiro, en las sensaciones que sus cuerpos creaban unidos. No recordaba haber sentido tantas emociones en un encuentro sexual, pero con el capataz era distinto, él sabía exactamente dónde y cómo tocar para que su cuerpo ardiera y respondiera de la forma en que lo hacía con él. Solo él. Jake Stevenson.

¿Cuándo se había enamorado ella de un vaquero? ¿Cuándo se había enamorado del tipo alto y musculado que tenía enfrente? No lo sabía. ¿Acaso importaba? Apartó esos pensamientos de sí para poder concentrar su mente en lo que hacían, en el presente, en él. Le encantaba ver sus poderosos hombros en acción, ver el movimiento de los músculos definidos debajo de la piel tersa y curtida por el sol del hombre la excitaba hasta cuotas inimaginables.

Estaba jugando con ella, cada vez que Tricia estaba cerca de alcanzar la cúspide, él se detenía y ya lo había hecho tres veces; sentía la frustración y la premura, necesitaba liberar su cuerpo de la tensión acumulada previa al orgasmo. Clavó los talones en su trasero y le palmeó la espalda. A lo que él respondió con una risita tan juguetona como masculina.

—¡Lo estás haciendo a propósito! —Acusó.

—Culpable.

—Oh, vaquero, voy a...

El capataz comenzó entonces una frenética carrera entrando y saliendo con fuerza, con solidez de ella, impactando en ese punto escurridizo que la hacía gemir del gusto y la dejaba al borde del llanto cada vez, hasta que no lo pudo soportar más y su cuerpo implosionó de placer perdiendo el sentido del tiempo, del espacio y de la realidad.



## Capítulo 7

La mañana no podía haber comenzado de mejor manera. Antes incluso de abrir los ojos percibió a Tricia entre los brazos; su aroma impregnaba las sábanas y almohadas, se dispersaba en el ambiente de la habitación. Apretó los brazos en torno a ella, permitiéndose disfrutar la plenitud del momento y cuán comfortable se sentía entonces con la mujer entre sus brazos.

Un bebé. Cabía la posibilidad, aunque le había asegurado que esta era mínima, de que la hubiera dejado embarazada. La idea, lejos de asustarlo o de hacerle querer poner pies en polvorosa, lo atraía. Tricia embarazada de su bebé, portando un hijo suyo en el vientre. Nunca se había planteado la idea de formar una familia, pero en ese momento se le antojaba real y al alcance de la mano y sí, quería que fuera con ella, con esa pelirroja que lo tenía en la palma de la mano. Jamás habría pensado en que esa opción estuviera disponible para un tipo como él.

Observó a la mujer dormir con la cabeza reposando en su pecho y en un impulso, se giró abrazándola, colocándose encima y bajó por las curvas que lo volvían un puñado de hormonas excitadas con solo verla hasta tener el vientre de ella en la cara. Recordaba cómo había cambiado esa parte de la anatomía de Tamy y se imaginó que lo mismo sucedería con el cuerpo de Tricia, pero con el fruto de la vida que ambos habrían creado. Acarició devoto la superficie de la piel tersa y sin mácula, se vio a sí mismo hablando a esa personita que crecería día tras día. Y lo quiso. Quiso ser padre. Darles a Tricia y al bebé todo de él; los protegería con todo cuanto era. A pesar de ser solo un producto de su imaginación ya los quería, quería esa familia que podrían ser. Los amaba.

Asombrado por la potencia de sus emociones, besó el ombligo de la pelirroja tumbada de lo más apacible en su cama, dormida, y luego continuó más abajo, lamió cada centímetro hasta hallar el lugar capaz de proporcionar indecible placer si se trataba de forma adecuada. Dejándose llevar, la amó con la boca; le dio cuanto era, cuanto tenía y, en algún punto, ella despertó. Escuchó sus gritos durante el clímax y su pecho se hinchó aún más, orgulloso de ser él quien la hiciera sentirlo, experimentarlo.

Oh, no podía esperar a ser el padre de los hijos que esa mujer tuviera.

Verla desmadejada por él, sentir los temblores de su cuerpo a su alrededor, lo excitaron sobremanera; se tumbó a su lado mientras ella todavía experimentaba las oleadas del orgasmo.

—Quédate conmigo —musitó Jake.

—Claro, vaquero —contestó ella al cabo de unos instantes.

—No, quiero decir... Quédate conmigo —repitió serio.

Ella centró su mirada en él.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca pensé que eso de formar una familia fuera para mí —reconoció—, pero esto me ha

hecho darme cuenta de que es algo que quiero. Con fuerza.

—Eh... Creo que no te sigo.

—Quiero hijos —declaró—. Contigo. Quiero ver a una personita crecer aquí —colocó su mano derecha con gentileza sobre el abdomen de ella—, alguien que sea tuyo y mío, parte de los dos.

—Verás yo no...

—Sé que esto es repentino, que estamos conociéndonos y que los dos metimos la pata en nuestra primera vez. Pero de eso se trata ¿no? De que lo hagamos juntos, equivocarnos, quiero decir —aclaró arrancándole una risa ligera.

—Sí, eso creo.

—Solo digo que esto es lo que quiero. Y lo quiero contigo, con nadie más.

—Jake eso es...

—¿Una locura?

—Absolutamente —estuvo de acuerdo—. Es inesperado y precipitado. Acabamos de empezar a salir —añadió.

—Lo sé. Lo sé... Pero es lo que siento.

—Sí, yo también. Creo que serías un padre maravilloso. En el futuro —aclaró Tricia.

—Veamos qué ocurre primero, ¿no crees? Puede que el futuro esté más cerca de lo que pensamos.

Acarició con las yemas la piel de su vientre.

—Puede —repitió ella.

Después de aquello hicieron el amor sin prisas, controlando el momento para poder llegar a la cumbre sino juntos, al menos sí simultáneamente. Para cuando salieron al comedor para almorzar, no había ninguna duda entre ellos. Lo que sí había eran unas enormes sonrisas grabadas en piedra en mitad de sus rostros, sonrisas que reflejaron las de sus amigos en cuanto los vieron cruzar juntos la puerta.

\*\*\*\*\*

Salir con el capataz del Blue Ranch le proporcionaba una extraña sensación. Oh, mierda. Jake Stevenson era tan mono, tan absolutamente varonil. Y no tenía miedo a la hora de decir aquello que sentía, lo que lo hacía todavía más irresistible. En cuanto escuchó sus palabras la tarde anterior y la declaración de esa mañana lo supo. Estaba enamorada hasta el tuétano. Escucharle decir que quería ser el padre de sus hijos le produjo un regocijo interior como jamás antes experimentó. Sí, también deseaba darle la familia que necesitaba y anhelaba.

Lo vio en su mirada, estaba escrito en sus ojos, el vaquero quería una familia más que nada. Y Tricia quería ser quién se la diera. Llegaron a su negocio poco después de que lo hicieran Tamy y Nicole que habían salido antes del rancho mientras ellos, que habían desayunado entre miradas curiosas, terminaban. Escuchó la voz tensa de mujer en cuanto entraron por la puerta, Nicole tenía la preocupación grabada en cada línea de la cara y Tamy fruncía el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose a ellas, seguida de cerca por Jake que la acompañó para recoger la pick up que había dejado en el pueblo la noche anterior.

—Es... —Nicole retorció sus manos y bajaba la mirada hacia el suelo.

Algo no iba bien.

—Ha habido un pequeño problema con el pedido que la decoradora hizo. Pero está al teléfono y encontrará una solución. —Todos se volvieron al escuchar los pasos de la mujer acercarse desde la trastienda—. Rápido.

La mujer vestía tan elegante como si terminara de salir de una revista de moda femenina en su versión otoño-invierno. Era muy delgada y su cabello estaba arreglado de una forma muy profesional, era largo, castaño y llevaba unos bonitos y discretos reflejos.

—No os preocupéis, esto ocurre a veces —dijo—. Te prometo que mañana estará todo en su sitio. Aunque tenga que pasar la noche aquí para terminar el trabajo.

—Tampoco es necesario que... —intervino Tricia ante la vehemente declaración de la profesional.

—Solo quiero que esto se subsane cuanto antes. Cada día que pasa mi amiga pierde dinero —replicó Tamy tapando sus palabras.

En ese momento pudo ver no solo a su amiga, también a la mujer en la que se había convertido, la vaquera, la madre, la mujer de negocios.

—Lo entiendo —comentó la decoradora torciendo la cabeza hacia abajo, a un lado, en un gesto de respeto—. Buscaré la forma de subsanar lo ocurrido lo antes posible.

—Confío en que lo harás —repuso Tamy.

—Bueno, parece que lo tenéis todo controlado —habló Jake—. Será mejor que vaya a por el coche y vuelva al trabajo.

—Sí, Jake, no queremos entretenerte —contestó Nicole.

—Ve tranquilo —dijo su otra amiga y dueña del Blue Ranch.

—Entonces, me voy —murmuró y atrayéndola a su costado, bajó la cabeza hasta sus labios, ella salió a su encuentro.

Un roce no fue suficiente, antes de que se diera cuenta su cabeza había quedado en blanco y sus brazos vacíos; el vaquero se alejaba y salía ya por la puerta.

—Por cierto, pensé que habías traído a Sam contigo —comentó el capataz.

—Está con Rebecca, en la cafetería —respondió Tamy.

—Pasaré a saludarle antes de irme —aseguró y dejó que la puerta se cerrara tras él.

—¿Estás bien? —preguntó Nicole acercándose a ella y situándose a su lado.

—Sí, yo... Ese hombre es...

—Te entendemos —contestaron al unísono sus amigas antes de empezar a reír.

—Así que ¿estáis juntos? —aventuró su amiga recién prometida.

—Sí, ¿es demasiado raro?

—Para nada —contestó Tamy—. Voy a llamar a Matt, verás que contento se pone cuando sepa que me debe pasta...

—¿Te debe pasta? —preguntó curiosa—. No me digas que...

—¿Hay una apuesta sobre tú y Jake? —Terminó Nicole por ella—. Sí, respecto a eso...

—Por supuesto que la hay. ¿No conoces ya al prometido de esta? —replicó Tamy señalando a su otra amiga.

—Y a todos vosotros —suspiró ella con aceptación.

—Dijo la que nunca apostó sobre la vida amorosa de sus amigas —murmuró la otra con retintín.

—Vale, vale, lo pillo —levantó las manos en señal de rendición—. Lo entiendo, en serio. Entonces —cambió de tema—, ¿qué es lo que pasa con esto? —consultó mirando alrededor.

—El cristalero se retrasa —expuso la decoradora que todavía se encontraba allí tecleando frenéticamente en el teléfono—, lo que hace que tenga que cambiar la hora a la que viene el rotulador. Nos han traído las sillas equivocadas y el proveedor dice que no puede traer lo que le pedimos tan deprisa porque ha habido un problema en su almacén de stock.

—Pues vaya... —musitó agobiada.

Aquello era demasiado para una sola persona. Tricia no habría podido con tantos frentes ni en un millón de años.

—Pero no tienes de qué preocuparte. —Nicole la agarró de los hombros por detrás—. ¿Verdad? —Buscó el apoyo de las otras dos mujeres.

—Claro que no, te he conseguido a la mejor profesional en esto y se encargará de que tu negocio esté en marcha de nuevo muy pronto.

—Genial, la imprenta dice que no tendrá el pedido a tiempo —musitó exasperada la decoradora sin apartar la mirada de la pantalla de su teléfono—. Oh, sí —dijo levantando la vista un instante—. Aunque, tal vez, sea conveniente retrasar un día la fiesta de reapertura, para curarnos en salud.

—Yo no sé... —comenzó a hablar Tricia, abrumada.

—Haz lo que tengas que hacer —intervino Tamy, caminó hasta ella y le cogió las manos—. Todo va a salir bien —aseguró.

Y la creyó. Su amiga tenía ese convencimiento, ese aplomo que hacía que sus nervios se calmaran al instante.

—Aquí no hay nada que podamos hacer por ahora, vayamos a donde Rebecca y te relajas un poco —propuso la vaquera.

—Eso, vamos —apoyó Nicole.

—Tú lo que quieres es alejarte para no sucumbir a hacer mil preguntas acerca de tu casa — murmuró con socarronería Tamy.

—Cierto —reconoció la otra—. Y porque lo que urge ahora es que Tricia tenga su negocio abierto cuanto antes.

Pasaron el resto de la mañana en la cafetería de la señora Tesky. Mientras tomaban café, tanto la dueña como los clientes, muchos de ellos asiduos en su peluquería, le preguntaban por los avances y por el día de la reapertura. Tener que explicar a todo el mundo de forma evasiva que se abriría cuanto antes y que se les haría saber la fecha no era algo que le gustara, pero era cuanto tenía. Escuchó el sonido de un teléfono y, aunque estaba un poco apartada de sus amigas para no molestar ni agobiar al pequeño Sam con la conversación, vio a Tamy extraer el aparato de la bolsa de paseo del carro y responder.

—¿¡Qué!?

La voz de su amiga se alzó por encima del resto, haciendo que todos los presentes se volvieran hacia ella. Tenía el ceño fruncido, la mirada torva y recogía sus cosas a toda prisa.

—Entiendo. Voy de camino. Sí, salgo para allá. Descuida.

La vaquera colgó el teléfono y lo lanzó al interior de la bolsa de nuevo, extrajo un billete del monedero y lo dejó sobre la mesa.

—Tenemos que irnos —dijo con aplomo a Nicole y luego sus miradas se cruzaron—. Ahora.

—¿Pero, qué ha pasado? —interrogó su amiga.

—¿Va todo bien? —quiso saber Rebecca que se acercó para ayudarla a recoger y colocaba la mantita de Sam alrededor de sus piernas tras asegurarse de que el cierre estuviera bien colocado.

—Es Jake —pronunció sin apartar la mirada de ella.

Esas dos palabras le llegaron con eco hasta el subconsciente y salió como una flecha por la puerta sin despedirse siquiera, sin necesidad de más explicaciones. No las necesitaba. Se apresuró a la pick up de su amiga, vio las luces parpadeantes que indicaban la apertura de las puertas y fue a abrir el maletero. Tamy y Nicole llegaron al momento. La segunda estaba separando la bolsa de paseo del carrito mientras la primera, desabrochaba al niño, Tricia ya había abierto la puerta lateral donde se encontraba la silla de coche del pequeño y regresaba ahora para doblar el carro y cargarlo en el maletero.

—Sube al coche —indicó a Nicole que lo hizo sin rechistar.

Tras guardar el carro del bebé doblado en el maletero, lo cerró y fue al asiento del copiloto al tiempo que Tamy cerraba la puerta. No se dijeron nada, solo compartieron una mirada. Era increíble lo compenetradas que estaban todas ellas, se dijo. Sin necesidad de nada más, actuaban como un equipo y eso era realmente reconfortante.

—¿A dónde vamos? —preguntó una vez que ya estuvieron en marcha.

—Al hospital, parece que Jake ha tenido un accidente con el coche. No sé más. Randy Pelham fue el que encontró la pick up a un lado de la carretera en el camino hacia nuestros

ranchos.

—¡Ay, Dios! —musitó Nicole.

Tricia no podía articular palabra. El vaquero había tenido un accidente. No quería ponerse en lo peor, seguro que estaba bien. Sí. Jake era risueño y fuerte, seguro que se encontraba bien. ¿Verdad?

\*\*\*\*\*

Dejó a su pequeña pelirroja en buenas manos; le preocupaba que hubiera problemas con la apertura del salón, porque eso haría que estuviera triste y, más allá de eso, había escuchado de Tamy y Derek que un negocio cerrado era un pozo de dinero que iba en aumento. No quería que Tricia pasara por dificultades y si la cosa se ponía fea él tenía unos ahorros que podría utilizar para mantener a su mujer a flote hasta que remontara cabeza. Su mujer. ¿Cuándo había ocurrido eso? ¿Cuándo había comenzado a pensar en ella en esos términos?

Suponía que desde el momento en el que se la imaginó llevando a su bebé. Subió al coche que había dejado aparcado cerca la noche anterior y tras hacer unos recados que debía realizar para el Blue Ranch, tomó el camino que salía del pueblo en dirección a casa. A pesar de que había dejado las instrucciones para la jornada hechas, debía estar allí para ayudar y supervisar que las cosas se estuvieran haciendo de la forma en que debían.

Encendió la radio y puso la emisora que le gustaba en la que podía escuchar música rock actual y de todos los tiempos. Los clásicos siempre serían clásicos, el rock era atemporal, algo que siempre le había acompañado. Conducir con las ventanillas bajadas, sintiendo el aire contra la piel de la cara, le gustaba tanto que solía pisar el acelerador en cuanto llegaba al camino de tierra en el que de haber otro vehículo circulando la polvareda haría que se lo viera llegar de lejos. Antes de llegar a la zona del antiguo cauce, la parte más sinuosa del camino, levantó el pie del acelerador para reducir la velocidad, pero esta disminuyó muy poco. Extrañado, pisó ligeramente el pedal del freno. Nada. El coche continuó circulando como si no lo hubiera tocado. Frunció el entrecejo y comprobó el cuenta kilómetros.

Si continuaba así, en cuanto llegara a la curva caería al cauce y chocaría contra el margen contrario de frente. Debía detener la pick up o se estrellaría. Pisó el freno con fuerza; no ocurrió nada. Instintivamente hundió el pie hasta el fondo de tal modo que pensó que podría llegar a atravesar el suelo del vehículo como Pedro Picapietra. La velocidad no variaba. El sudor comenzó a perlar su frente.

El peligro era inminente.

—Estoy jodido —musitó.

Lo estaba. Se le acababa el tiempo y saltar del coche a tantos kilómetros por hora ni siquiera era una posibilidad viable. A no ser que consiguiera... Demasiado tarde, la primera curva la pasó por los pelos y porque no era demasiado pronunciada. Antes de llegar a la segunda tragó saliva ante la peligrosa maniobra que se disponía a hacer, se retrepó en el asiento y, con manos frías, asió el freno de mano y tiró de él al tiempo que giraba el volante. Como era de esperar, el vehículo no lo pudo soportar y terminó volcando dando varias vueltas de campana. Cuando al fin se detuvo estaba boca abajo y le dolía todo el cuerpo, en especial la cabeza y el pecho.

—Mierda...

Su voz salió como un hilo enronquecido. Sentía el estómago revuelto, comenzado a quejarse por el vaivén que acababa de sufrir; tenía náuseas y sentía un extraño sabor en la parte de atrás de la lengua. Trató de moverse, lo hizo con cuidado y el cuello le asestó un latigazo que le recorrió el cráneo y le llegó hasta la mitad de la espalda. Con la mano derecha, el lado contrario desde el que había recibido semejante descarga, fue a desabrochar su cinturón y en ese momento fue consciente del dolor lacerante en el hombro, miró hacia abajo solo para encontrarse con que un trozo de dimensiones considerables de la luneta del parabrisas, que había quedado completamente destrozada, se le había clavado allí. Sangraba. Ser consciente de lo ocurrido y de su situación actual le produjo una sensación de mareo que provocó que sus náuseas se incrementaran.

—Ahora sí que estoy jodido —murmuró al darse cuenta de la imposibilidad de pedir ayuda.

Había dejado el teléfono en el asiento del copiloto y sabía Dios dónde había terminado el dichoso aparato, probablemente tirado en cualquier parte del camino. Pero, para ser justos, aunque lo hubiera llevado en el bolsillo se encontraría en la misma situación. Boca abajo, con el maldito cristal en el hombro, sangrando y sin poder moverse.

## Capítulo 8

Llegaron al hospital detrás del coche del sheriff. Tamy fue a aparcar con Samy y Nicole mientras que ella se quedó en la entrada de urgencias. Mark le dedicó una mirada con la ceja alzada cuando se abalanzó sobre él para preguntarle por el capataz. No le dijo nada, solo la invitó a acompañarlo dentro. Derek y Matt ya habían llegado y se encontraban junto a Randy Pelham en un semicírculo delante de la máquina de café. El policía se llevó al dueño del Rancho Pelham a un lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Jake?

—Lo están atendiendo ahora —contestó Derek.

—¿Pero está bien?

Escuchó su propio tono, notó la forma en que el miedo lo agudizaba.

—Randy es quien lo ha encontrado y dice que pintaba mal —respondió de nuevo el vaquero.

—Pero ya sabes cómo son estas cosas —habló Matt—, siempre parece peor de lo que es en realidad.

—Eso espero —dijo al tiempo que se llevaba el pulgar a la boca para mordisquear la uña, cosa que solo hacía cuando la preocupación la carcomía por dentro.

—Sí, yo también —articuló Derek.

Escuchó los pasos apresurados y supo de quién se trataba antes de escuchar las voces.

—¿Jake?

—¿Cómo está? ¿Se sabe algo?

Tamy y Nicole llegaban en ese instante, la primera empujando el cochecito con su hijo en el interior; al volverse y ver al pequeño dormir abrazado a su manta, tan parecido a su padre, recordó las palabras del capataz. Si estuviera embarazada por lo menos tendría una parte de Jake consigo. Siempre. Podría darle esa familia que él quería. Podría... Antes de darse cuenta estaba en el suelo, con las piernas dobladas hacia los lados, escondiendo el rostro entre los dedos. Al momento su cuerpo fue cubierto por el reconfortante calor de sus amigas.

Ellas le hicieron compañía, la llevaron a la sala de espera y le prestaron sus hombros para que llorara, para que desahogara su pena y la frustración que el no tener noticias del estado de salud del vaquero le producía. Poco después, cuando consiguió que las lágrimas dejaran de brotar descontroladas de sus ojos, escuchó la voz de Mark.

—Está en quirófano ahora. Tiene una herida en el hombro; el resto parecen ser contusiones leves según la valoración preliminar. Sabremos más cuando termine la operación.

Levantó la cabeza en dirección al policía y se encontró con su mirada compasiva, Derek y Matt lo flanqueaban creando un círculo alrededor de donde sus amigas la habían llevado para que intentara tranquilizarse. El señor Pelham había ocupado un asiento cerca de Nicole, dejando un



espacio libre en medio.

—Él solo iba a ir a trabajar... —musitó conmovida—. ¿Qué diablos ha ocurrido?

—Eso es lo que vamos a tratar de averiguar —respondió el sheriff con aplomo.

Su teléfono comenzó a sonar, lo buscó entre sus cosas y vio en la pantalla el nombre de su ayudante.

—Es Lina —dijo en tono plano.

—Deja, yo responderé por ti —ofreció Nicole tomando el *smartphone* de su mano.

No escuchó la conversación, su amiga se alejó y salió de la sala para hablar con la joven chica que le hacía de ayudante. El sheriff también recibió una llamada poco después y se alejó del grupo para responder.

—Yo debería poner al corriente a Rebecca —reflexionó Tamy.

—Ve, yo vigilo a Sam —habló con voz ronca por el llanto.

—¿Segura? ¿Estarás bien?

—Sí, tranquila. Haz esa llamada.

—Yo me quedo aquí con ella —intervino Matt.

—Gracias —repuso su amiga—, vuelvo enseguida.

—Sí.

Observó al pequeño. En su mundo, feliz, tranquilo, calentito y por un instante quiso recordar y capturar esa sensación para sí; sin embargo la última vez que había sentido algo que se le antojaba similar había sido junto a Jake y él ahora estaba... Tragó saliva y acercó el coche del bebé, lo desabrochó y lo tomó en brazos ante la mirada del prometido de una de sus mejores amigas. Lo abrazó con cuidado, procurando mantener la calidez de su cuerpecito y acercó la nariz a su pelo.

¿Todos los bebés desprendían ese aroma a hogar?

El perfume que emanaba de la cabeza del pequeño calmó una parte de ella que había estado más agitada de lo que había sido consciente y lo estrechó un poco entre sus brazos. Necesitaba aquello, ese confort, atrapar en su memoria esa sensación de nuevo.

—Él estará bien. Ya verás —murmuró el vaquero.

—En estos momentos me gustaría tener esa certeza, Matt.

—Ten un poco de fe. Es Jake —replicó como si eso fuera suficiente.

Podía percibir la inquietud en el vaquero, pero también la leal confianza que desprendía hacia su amigo. Y, por primera vez, al encajar su mirada supo que ese hombre se hundiría si al capataz le ocurría algo. Se habían criado juntos, santo cielo.

«Más te vale salir de esta, Stevenson». Pensó para sí.

—Ya está. —Nicole regresó y abrazó a su prometido, le propinó un beso en la mejilla y guardó el teléfono en el interior de su bolso de nuevo—. Le he dicho a Lina que no se preocupe. Irá luego a ayudar a Dena.

—¿Dena? —preguntó con extrañeza.

Era la primera vez que escuchaba aquel nombre.

—La decoradora —repuso su amiga—. ¿No sabías cómo se llamaba?

—No.

—Oh, lo siento cariño, creí que ya te lo habíamos dicho.

—Me fío del criterio de Tamy y de tu padre. Si ellos la encontraron no me cabe duda de que es buena. Con eso me basta.

—Eso es tener fe —interrumpió Matt con un tono que no fue capaz de identificar.

Vio a su amiga propinarle un codazo en el costado. Derek y Mark regresaban con gesto sombrío; sus posturas rectas, firmes, mostraban un aplomo que ella hacía mucho que había perdido. Los hombres le dirigieron una mirada cariñosa, ese era el efecto que tenía ver a alguien sujetando un bebé.

—Seguro que nos dicen algo de un momento a otro —comentó Derek.

—Os apuesto cincuenta a que lo primero que hace al despertar es preguntar a qué viene tanto alboroto —terció Matt con una sonrisa ladeada cargada de tristeza.

—Sí, yo también lo pienso —apoyó Mark con una sonrisa a medias.

—Yo pienso que preguntará por Tricia —agregó Tamy entrando a la sala por detrás de su marido y del sheriff haciendo que se volvieran a mirarla.

—Sí, estoy con Tamy —apoyó Nicole.

—¿Y tú que piensas? —preguntó Matt y se dio cuenta de que todas las miradas estaban puestas en ella.

—Pienso que tendréis suerte de que no se pueda levantar de la cama si se entera de esto —repuso—. Pero yo también pienso como Matt.

—Chica lista —musitó el vaquero.

El silencio se instaló al término de aquella pequeña charla. Dejando claro que aquello era una distracción banal de lo que realmente les preocupaba que era la salud de su amigo.

\*\*\*\*\*

Abrió los ojos y encontró a un tipo que llevaba una bata y un gorro que se retiró con gesto cansado. A su lado se encontraba una mujer con un gorro parecido en la mano y una mascarilla que comenzó a retirarse dejando su rostro al descubierto.

—Señor Stevenson —habló ella—, ¿cómo se encuentra?

—¿Dónde...? El accidente —recordó—. ¿Estoy en el hospital?

—Si no es así, somos unos alienígenas muy extraños —bromeó el hombre que permanecía un paso por detrás de la mujer.

—Tengo que hacer una llamada —dijo tratando de incorporarse.

Sintió el dolor recorrerlo como una descarga eléctrica.

—No lo haga, por favor. No se mueva. Acaba de ser operado de urgencia. Ha perdido bastante sangre.

—¿Operado?

—Un trozo de cristal del parabrisas se le clavó en la piel por debajo del hombro.

—Sí, lo recuerdo.

—Por suerte no ha seccionado la arteria; aun así, el músculo ha sufrido un desgarro y tardará un tiempo en recuperarse.

—Entiendo. ¿Han recuperado mi teléfono móvil? De verdad que tengo que hacer una llamada.

—¿A quién quiere llamar con tanto apremio?

—Tengo que avisar a mi novia. Tricia. No quiero que se asuste.

—Las autoridades se encargaron de dar el aviso; no sé si su novia se encuentra entre ellos, pero hay varias personas esperando noticias de usted ahí fuera.

—Oh —suspiró con la pesadez del cansancio que la medicación le producía—, seguro que está ahí. Tengo que verla, hablar con ella y tranquilizarla; estará histérica.

—¿Histérica?

—Sí. Primero la peluquería y ahora...

En algún momento debió quedarse dormido, porque la siguiente vez que despertó se encontraba en una habitación distinta en penumbra. Una cortina rodeaba su cama y escuchaba un murmullo bajo de voces del otro lado. Intentó incorporarse, pero un ramalazo nacido del hombro se extendió por su sistema nervioso haciendo que descartara esa opción al instante y que un siseo escapara de sus labios entreabiertos.

—¿Jake? —Tricia abrió la cortina.

Tras ella aparecieron las cabezas de todos los allí reunidos: Matt, Nicole, Mark, Rebecca, Derek, Tamy y el pequeño Sam; incluso Darryl, Rob y Cal. Alguien debió haber salido a avisar a la enfermera o la mujer tenía un marcado sentido de la oportunidad porque entró abriéndose paso entre los demás y se acercó a revisar lo que las máquinas junto a la cama indicaban.

—¿A qué viene todo este alboroto?

—¡Ha! —Señaló Matt—. Os lo dije. Pagadme. Lo siento, Tricia.

—Lo tuyo con las apuestas es enfermizo —apuntó acomodando la espalda en las almohadas con la ayuda de su novia.

—Cierto —musitaron varias voces.

—Oh, vamos, el resto no sois mucho mejores —recriminó sin acritud Tamy.

—Bah, solo estás molesta porque has perdido —comentó Matt—. Jake ha cumplido lo que he predicho. Y al pie de la letra.

—No creo que sea bueno jactarse de eso —dijo Nicole bajando la mirada.

—¿Me he pasado?

—Un poco —afirmó.

—Sí, qué más da quién acertara qué diría al despertar —aportó Tricia con serenidad.

—Tú has apostado lo mismo que él ¿verdad? —acusó Jake con un mohín.

—Eh...

Podía ver cómo la enfermera negaba con la cabeza mientras sonreía de forma discreta de pie a su lado junto a la cama.

—Avisaré al doctor para que venga a verle de nuevo —advirtió la mujer.

—Gracias —contestó.

—Sí, gracias —respondió Tricia con el murmullo de apoyo de varios de los ocupantes de la habitación.

—Ah, y... —La mujer se volvió en el quicio de la puerta—. El señor Stevenson había despertado antes, en el postoperatorio —anunció—. No sé qué habrá dicho ahora, pero en ese momento solo quería llamar a su novia; Tricia, ¿verdad?

Por lo visto la enfermera tenía el sentido del dramatismo desarrollado también; después de soltar la bomba desapareció dejándolos a todos perplejos con su declaración.

—¡Lo sabía! —espetó Tamy triunfal—. Paga, Banes.

El grupo empezó a reír debido a la reacción de la muchacha, incluido él, ya que no acostumbraban a ver esa efusividad por su parte. Con el paso de las agujas del reloj y tras comprobar que estaba bien casi todos se fueron a casa para descansar o regresar a las tareas pendientes; a excepción de Tricia y Mark. El policía tenía una mirada expectante, le quedaba más que claro que deseaba poder hablar con él sin público; observaba con curiosidad los gestos de la pelirroja.

—Jake, tengo que tomarte declaración —dijo al cabo de unos minutos con la poca sutileza que lo caracterizaba cuando estaba haciendo su trabajo.

—Oh, claro —murmuró Tricia—, yo iré a buscar algo de beber.

Con aquellas palabras la mujer abandonó la habitación después de colgarse el bolso al hombro. El sheriff y él se miraron el uno al otro hasta que la puerta se cerró aislándolos de los sonidos del hospital.

—Vas a tener que contarme exactamente qué ha pasado —habló Mark.

—Dejé a Tricia en su negocio, Tamy y Nicole estaban con la decoradora allí, hice unos recados para el rancho, fui a por el coche y volvía a casa cuando me di cuenta de que los frenos no funcionaban.

Explicó paso a paso lo sucedido. Sabía que Mark apreciaría que fuera al grano.

—Tiraste del freno de mano —dedujo el policía.

—Era eso o estamparme de frente con una pared de tierra y rocas —expuso encogiendo el hombro sano.

—Dices que los frenos no funcionaban. ¿Cuando llevaste a Tricia a la tienda sí lo hacían?

—Ah... No la llevé en la pick up. Se quedó en el pueblo la noche anterior. Ella y yo... Nos fuimos juntos del Two Steps en su coche.

—Entonces desde ayer nadie había tocado el vehículo hasta que lo recogiste esta mañana.

—No, que yo sepa. Derek y los demás lo dejaron aquí porque creyeron que estaría en casa de... Ella. Para que pudiera ir a trabajar esta mañana.

—Entiendo. ¿Entonces vosotros también estáis juntos? —interrogó inclinando la cabeza.

—Sí.

—Derek va a tener que ampliar el rancho... —silbó el sheriff por lo bajo.

—En realidad con la casa nueva de Matt y... —dejó de hablar en cuanto Mark alzó una ceja en su dirección.

—Parece que lo has pensado bien.

—Eh, puse los ojos sobre esa pelirroja mucho antes de que Derek supiera siquiera lo que sentía por Tamy.

—De acuerdo, de acuerdo. Sin embargo, eres el último.

—Sé lo que parece —atajó—. Pero voy en serio.

—Más te vale, porque si le haces daño a una de las amigas de Tamy...

—Estaré jodido, soy consciente.

—Sí, y no solo eso, su marido y ese otro buen amigo tuyo te...

—Conozco las consecuencias, Mark. Gracias por tu preocupación, pero es innecesaria.

—Está bien, está bien. Me alegro por ti.

—Sí, ahora deja de entretenerme y dime por qué piensas que lo de mi coche no ha sido un mero accidente —replicó.

Mark le dedicó una mirada afilada, tenía ese aire de parsimonia que siempre lo acompañaba, no obstante era un hombre cuya inteligencia traslucía en sus ojos y en ese momento parecía incluso divertido porque él le hubiera descubierto el juego.

## Capítulo 9

La fiesta de reinauguración de su salón de belleza resultó ser todo un éxito; a pesar de haber tenido que retrasarla un día debido a los contratiempos que encontraron. Todo el pueblo estaba presente y había perdido la cuenta de las citas que Lina y ella habían agendado hasta el momento.

Lo cierto era que el lugar estaba precioso, más bonito de lo que alguna vez habría podido soñar. La sala de espera tenía un moderno, pero cómodo sofá de piel que parecía hecho a la medida de aquel espacio; unas cuantas mesas bajas cuadradas con tres pequeñas macetas en el centro con distintos tipos de flores que ni siquiera conocía, pero que se complementaban bien entre sí con esos colores suaves. Un revistero alto que hacía las veces de librería con algunos pocos ejemplares de los libros más de moda y revistas de todo tipo, desde rosas hasta amarillas, pasando por especializadas en deportes, historia y médicas.

Los nuevos sillones para los clientes eran lo más bonito y práctico de todo, los pedales para elevarlos no fallaban e iban suaves; se acabó eso de dejarse la espalda. Como novedad ahora disponían también de varios alzadores para niños e incluso un espejo especialmente pensado para ellos con distintos motivos de dragones, caballeros de ambos sexos en sus caballos y pájaros posados sobre una enredadera que enmarcaba todo. Aquel espejo era una auténtica obra de artesanía.

En la trastienda no había habido demasiados cambios excepto por las toallas nuevas; la organización de los productos era la misma de antes, salvo porque en ese momento las estanterías estaban llenas. Las paredes tenían una decoración atrevida que encajaba perfectamente con el nuevo estilo, el lugar tenía un aire de lujo sin llegar a ser excesivo, era... Exclusivo. Sí, esa era la palabra.

Al hablar con su amiga acerca de qué podría hacer para pagarle todo aquello, esta no quiso ni oír hablar del tema. Se habían abrazado entre lágrimas después de llegar casi a discutir por ese motivo hasta que Derek y Matt intervinieron para hacerles ver que normalmente la gente discutía por todo lo contrario. ¿Qué había hecho para merecer una amiga así? ¿Unos amigos como ellos?

Y algo que no dejaba de sorprenderla era la presencia de Jake; pasó una noche en el hospital y al día siguiente decidió que era suficiente y que quería marcharse a casa. Por supuesto no podría levantar peso, montar a caballo o hacer cualquier otra tarea de las que hacía habitualmente, no obstante eso no le impediría trabajar.

Y esas fueron sus palabras; si de ella hubiera dependido, lo habría atado a la cama del hospital, pero el doctor le dio el alta a última hora de la tarde anterior después de solo dos noches allí. El capataz era un paciente terrible. Nervioso, inquieto, poco dado a las atenciones; de hecho le había costado convencerlo para que le curaran de nuevo antes de que se marcharan. Desde que abandonaron el hospital el vaquero llevaba el brazo en cabestrillo debido a la herida que se hizo

por debajo del hombro en el accidente.

No habían vuelto a hablar de ello, aunque tampoco había demasiado que decir. Ese suceso le había hecho darse cuenta de lo efímero que podía resultar todo y no iba a perder más tiempo negando lo evidente. Quería estar con él y, por algún motivo, él con ella. Fin de la discusión. A sus padres no les había hecho demasiada gracia verlos juntos esa noche; llevaba un rato aguantando el tipo ante ellos.

—Ha quedado precioso, hija —comentaba su madre interrumpiendo de nuevo a su padre.

—Penny, estoy tratando de hablar con la niña y tú no dejas de hablar de la decoración —protestó su progenitor antes de enfocar la atención de nuevo en ella—. No puedes salir con ese hombre.

—Se llama Jake —dijo tratando de esconder la frustración que le hacía sentir la actitud de su padre.

—Es un vaquero. Y uno no puede fiarse de ellos. ¿No lo sabes ya?

—Jake es...

—Distinto ¿no? —La interrumpió—. Claro, ¿por qué no iba a serlo? —Añadió beligerante—. Todos son distintos. Pero tienen una cosa en común. ¿Sabes cuál es? Que cuando llega el momento de las responsabilidades, se limpian las manos y se largan por la puerta antes de que te hayas dado cuenta.

Tal vez una parte de los vaqueros fueran realmente como su padre le había inculcado, pero lo que ella había podido conocer gracias a Tamy era que en el Blue Ranch si algo tenían, eran responsabilidades y se dejaban el lomo día tras día para cumplir con ellas. Si había aprendido algo de ellos era que amaban esa tierra; Nicole había entendido eso y estaba dispuesta a vivir en la propiedad que pertenecía desde hacía generaciones a los Cavanaugh. ¿Estaba ella también dispuesta a dejar su loft y vivir con Jake allí? La respuesta apareció grande y clara ante sus ojos: Sí.

Harta de la misma perorata que llevaba escuchando toda la vida con respecto a los vaqueros y el motivo principal por el que los había evitado siempre a toda costa, no pudo soportar ni un minuto más que hablaran de esa forma tan despectiva de Jake y sus amigos. Estalló.

—Ya basta, papá —siseó sorprendiendo a la pareja que la estudió con la mandíbula floja—. El abuelo era un vaquero crápula que dejó a la abuela en cuanto se enteró que estaba embarazada y lo odias por eso. Lo entiendo. ¿De acuerdo? De verdad lo hago. Pero no puedo consentir que sigas insultando a mis amigos y al hombre que amo por lo que hizo una persona con la que ni siquiera tenemos relación.

—¿Pero tú estás escuchando la forma en la que me está hablando tu hija, Penny?

—Basta, papá. Te quiero. Os quiero. A los dos —tomó a sus padres por los hombros y los atrajo a un abrazo conjunto—. Mis amigos no son como el abuelo. Jake no se parece en nada a él —dijo contundente y con calma—. Es más he decidido que va a ser el padre de mis hijos, vuestros futuros nietos —aclaró—; así que más vale que os vayáis haciendo a la idea porque no pienso

tolerar una guerra abierta en mi familia.

Por suerte para ella, Patricia Campbell se acercó antes de que sus padres se recuperaran del impacto que supuso una declaración como la que acababa de realizar.

—Tricia, me enteré de lo ocurrido. Qué miedo pensar que algo así haya podido ocurrir en Big Hollow End.

—Gracias por venir —estrecharon las manos.

—Nada, nada, no podía faltar y he traído a unas amigas. ¿Crees que podrías darnos cita?

—Por supuesto, vamos al mostrador donde tengo la agenda y veamos qué podemos hacer...

La invitó a caminar por delante después de señalar la dirección y, tras esperar a que Lina anotara una cita con otra vecina de la localidad, buscó una fecha que poder dar a Patricia y a cada una de sus amigas. Después de unos minutos de charla con ellas en los que vio a su ayudante anotar horas para dos clientes más, Patricia y sus acompañantes se despidieron.

—Esperemos que las cosas vuelvan a calmarse; parece que no vas a tener demasiados problemas con el negocio.

—Sí, la gente de este pueblo es maravillosa.

—Por cierto, he visto a tu amiga con su marido. —Giró la cabeza en dirección a Tamy y al seguir su mirada vio a Derek cargando a Sam con orgullo mientras con el otro brazo mantenía a la vaquera pegada a su costado—. ¿No tienen un bebé absolutamente precioso?

—Sí. Son una gran familia.

—¿Verdad? Oh, y he escuchado que otra de vosotras se ha prometido con Banes, ¿el rubio caliente?

Lo que dijo le arrancó una carcajada.

—Has escuchado bien. Nicole y Matt se han prometido y no creo que tarden mucho en casarse, dentro de poco su casa estará terminada.

—¿Están construyendo una casa?

—Sí, es un regalo de Derek, Tamy y del padre de ella.

—Vaya, tus amigos y tú podríais adoptarme... —susurró la otra haciendo que riera de nuevo—. No me malinterpretes, pero con amigos así de generosos y sexys, le sube a una la temperatura. Si el alto me dirigiera una pizca de atención...

—En realidad...

Torció la cabeza a un lado y pudo sentir cómo le subía el color a las mejillas y la nariz. La mujer la observó de hito en hito con la mandíbula ligeramente descolgada.

—No me digas que ese también está cogido. ¿Con quién? —preguntó—. ¿La rubia?

—¿Rebecca? —consultó sorprendida de que la primera opción que apareciera en la cabeza de la mujer fuera ella—. Oh, no... —descartó enrojeciendo de nuevo.

—¿Entonces qu...? ¡Oh! —Ahogó un grito al tiempo que retrocedía estudiando su rostro.

—Sí. Estamos juntos.

—Oye lo vuestro parece Falcon Crest —dijo recuperándose al instante de la sorpresa—. ¿Y



no tendrán algún primo, conocido o amigo del alma escondido por ahí que pueda reclamar para mí?

—Eh.. Lo preguntaré —respondió sin dar una negativa directa, algo que le parecía incorrecto hacer con una clienta.

La mujer, lejos de tomárselo mal, empezó a reír de forma escandalosa y se alejó para regresar junto a las mujeres con las que había llegado para explicarles el chiste involuntario que acababa de hacer.

—¿Todo bien por aquí?

La voz de Jake era inconfundible. Se dejó envolver el hombro por su brazo y se volvió hacia él con una sonrisa.

—Muy bien, la verdad.

Él se agachó y con cuidado de no hacerle daño en alguna de las heridas, se besaron. Fue algo rápido y corto, acorde con el momento y lugar en el que se encontraban.

—Jefa. —Lina interrumpió su baile de miradas—. Mira —dijo mostrándole la agenda del negocio—. Estamos llenas los próximos dos meses.

—¿Qué?

—¿Cómo dices?

Replicaron el vaquero y ella al mismo tiempo.

—Eso es fantástico —elogió el capataz abrazándola de nuevo con delicadeza.

—Más que eso. Es increíble —murmuró revisando el libro y comprobando lo que su ayudante había dicho.

Era cierto. Tenía dos meses cubiertos y varias citas para los posteriores. No podía creerlo. No solo sus clientes, que tenían preferencia para retomar las citas que habían tenido que cancelar, habían regresado; también muchos vecinos se volcaron, incluso aquellos que no habían acudido nunca, como Randy Pelham.

\*\*\*\*\*

Estaba contento por Tricia. La fiesta que organizó la diseñadora contratada por Tamy estaba siendo fantástica y a pesar del problema con las invitaciones, todo el pueblo había acudido. Por la noticia que acababa de darle su ayudante y por su cara, el negocio estaba salvado; al menos, por el momento. La velocidad de respuesta que habían tenido consiguió salvar ese bache. Ahora solo quedaba que el sheriff continuara con su trabajo y encontrara a los malnacidos que habían entrado a destrozar y hacer daño.

—Nosotros nos vamos ya. —Penny y River Whelan, los padres de su mujer, se acercaron a

ella mirándolo de soslayo.

Hacía mucho que venía fijándose en las hoscas miradas del matrimonio a cada vaquero con el que estaban, pero esa vez creyó ver algo más.

—River, Penny —saludó con una ligera inclinación de la cabeza en señal de respeto.

—No me vengas con esas —espetó el hombre en un susurro furioso—. Sé lo que pretendes. Conozco a los tipos como tú. —Señaló su rostro con el dedo índice.

Perplejo por el repentino exabrupto del hombre dio un paso atrás.

—¡Papá! —Tricia se interpuso entre el hombre al que sacaba más de dos cabezas y él.

—No. No pienso quedarme para recoger los pedazos cuando este te abandone —dijo con la voz envenenada de resentimiento.

—No puedes hablarle así —recriminó su pequeña peluquera—. Mamá, dile algo.

—No sé qué quieres que le diga.

La mujer parecía querer echar a correr de un momento para otro, solo hacía que mirar hacia la puerta; sin embargo, permanecía junto a su marido como su apoyo. Lo que no le quedaba tan claro era si también pensaba como él.

—¿Que se está comportando como un niño? —Contraatacó la hija de ambos—. ¿Que este no es ni el momento ni el lugar para que haga un numerito? ¿Que no debería dirigir su resentimiento del pasado hacia mi novio? No sé, se me ocurren un par de ideas.

—A mí no me hables en ese tono, jovencita.

—No lo haré siempre que te comportes y le muestres a Jake y a mis amigos el respeto que se merecen —repuso ella de nuevo irguiendo la espalda.

—¿Por qué mejor no nos calmamos? —intervino de modo conciliador.

—Tú no te metas. —El hombre dirigió su dedo y su furia hacia él.

—¿Cómo te atreves a hablarle así? —riñó Tricia.

—Eh... —Nicole se acercó con cautela—. ¿Va todo bien por aquí?

—Tranquila, Nic. Mis padres ya se iban.

—¿Nos echas? —inquirió River.

—Vosotros sois los que habéis dicho que os ibais, ¿recuerdas? Justo antes de empezar a atacar a mi novio.

—¿Novio? —Repitió el padre de Tricia con desprecio, repasándolo de arriba abajo con la mirada—. ¿Este?

—¡Eh! —protestó su hija.

—Oiga... —Se contuvo Jake.

—¿Hay algún problema? —Derek se plantó a su derecha y Matt lo flanqueó por el otro costado.

—Lo que faltaba —murmuró despectivo River—. Esto es entre mi hija y yo, no necesitamos que aparezcan más vaqueros vagos e inútiles, incapaces de hacer nada por sí mismo.

—¡Papá! —Por el tono agudo de la voz de Tricia supo que la joven no daba crédito a lo que

estaba ocurriendo y, siendo sincero, él tampoco lo hacía.

—River, todo el mundo nos está mirando —intervino Penny hablando entre dientes—, será mejor que nos vayamos. Ahora —exigió a su marido.

—No van a echarme una panda de...

—Mucho cuidado con lo que va a decir, señor —Tamy se adelantó para interponerse entre los tres hombres y sus padres—. Está colocando a su hija en una situación delicada en un evento de trabajo, nada menos. —River tomó aire para atacarla—. No me obligue a que pida que le acompañen hasta la salida —advirtió ella antes de que el hombre dijera nada más.

—Mamá, llévatelo —intervino Tricia antes de que su padre añadiera una sola palabra—. Hablaremos de lo que ha pasado —agregó empujando con discreción a sus progenitores hacia la salida—. En otro momento.

—¡Que continúe la fiesta! —Nicole aplaudió para desviar la atención de ellos.

Alguien puso música ambiente y la gente continuó charlando en voz baja. Rebecca se acercó y devolvió el bebé que Tamy debió dejar con ella minutos antes para mantenerlo lejos del enfrentamiento.

—¿Qué diablos ha pasado? —inquirió su joven jefa.

—Ni idea —contestó todavía aturdido.

—Me parece que tus suegros tienen algo en contra de los vaqueros —aventuró Derek dándole una palmada de apoyo en el hombro.

—Pero... ¿contra todos o solo es con Jake? —preguntó Matt tratando de hacerse el gracioso ganándose un manotazo de Tamy en el pecho, un puñetazo sin fuerza de Derek en el hombro y un capón de su parte.

—Chicos, lo siento —su novia regreso compungida.

—No, no tienes que disculparte —dijeron en un coro de voces.

—Trix, olvida lo que ha pasado —propuso Tamy—. Esta es tu fiesta, tu inauguración. Centrémonos en eso.

—Sí —el grupo estuvo de acuerdo.

En un instante se dispersaron dejándolos solos. Esa noche habían acordado ayudar a Tricia a conseguir multiplicar su clientela con tal de que el incidente quedara atrás cuanto antes y a eso se estaba dedicando cada uno de ellos.

—Creo que a tu padre no le caigo demasiado bien —rompió el silencio.

—Oh, lo siento, Jake. No tendría que haberte hablado de esa forma.

—Tranquila, no pasa nada.

—Es solo que... Mi padre odia a los vaqueros.

—Pues se va a llevar una sorpresa cuando descubra de qué vive este pueblo... —silbó en broma alzando las cejas varias veces.

—No, en serio. —Tricia rió aunque intentaba aguantar la compostura—. No los soporta. No los puede ni ver.

—Em... —retomó la palabra dubitativo—. ¿Él sabe que, técnicamente, también es uno?

—Oh, sí. Pero eso no le impide odiar al resto —repuso mordiéndose los labios.

—... De acuerdo.

—Hola. —Mark interrumpió la conversación que estaban manteniendo, saludó con un beso en la mejilla a su novia y alargó la mano hacia él que se la tomó como pudo con su única mano disponible—. Tamy y Derek me dijeron que pasara al terminar mi turno —explicó—. ¿Va todo bien? —Añadió al fijarse en las expresiones de sus caras; desconcertada la suya y agobiada la de su mujer.

—Sí.

—De maravilla.

Contestaron pisándose las palabras.

—Será porque soy poli, pero parecéis más culpables que dos niños que se han comido toda la tarta de chocolate que guardaba su madre.

—Ya...

Alguien llamó a Tricia y esta se alejó dejándolo a solas con el sheriff.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó confuso Mark.

—Sus padres acaban de montar una escena delante de todos. No entendía nada, el tipo solo comenzó a atacarme.

—¿River Whelan?

—Sí.

—Ya... Y tú estás saliendo con su hija. Esto puede ser divertido —comentó al borde de la risa.

—¿Divertido como: mi suegro me va a joder cada festividad desde ahora y para siempre o como: eh, ayuda, mi suegro me ha disparado con la escopeta y la está recargando para rematarme?

—Mmm... Lo segundo se aproxima más.

—Al menos podrías intentar suavizármelo.

—No veo razón para hacerlo...

Genial, de entre todas las mujeres del mundo había tenido que ir a poner los ojos sobre la que tenía un padre que se ponía psicótico en cuanto escuchaba la palabra vaquero o veía a uno. Y no era como si él pudiera esconder quién era fácilmente.

## Capítulo 10

Llevaba cinco minutos mirando la mancha del papel. El carmesí oscuro era una prueba indiscutible de lo que sucedía con su cuerpo.

—¿Estás bien?

Jake llamó a la puerta.

—Ya salgo.

—Tengo que darme una ducha, si quitas el pestillo podemos compartir el baño.

—Eh... —dudó un instante, luego se le activó el cerebro; tiró el papel al inodoro y tiró de la cadena—. Un momento.

Buscó en el neceser que había dejado allí días atrás, cuando decidieron que se quedaría a dormir con él; cogió una compresa y la dejó junto a la ropa interior que había llevado para vestirse tras la ducha. Deshaciéndose de las bragas que por suerte no se habían manchado, retiró el pestillo de la puerta. El capataz abrió al momento.

—Menos mal que Matt usa el del pasillo —comentó alzando las cejas.

—Hay muchas personas en esta casa. ¿Ya te sientes agobiado, grandullón? —preguntó algo insegura, pero sin permitir que se entrevistara demasiado.

El vaquero la abrazó desde atrás quedando ambos de cara al espejo. Hacía poco menos de una semana que le habían retirado el cabestrillo y la cicatriz de su pecho aun lucía un reluciente tono rosado, recordatorio de la suerte que había tenido.

—Para nada. Estoy encantado de tenerte aquí.

—Era la única forma de que pudiéramos vernos.

—Sí, yo no tengo horarios y los tuyos son una locura últimamente.

—Es lo que ocurre cuando eres dueño de un pequeño negocio.

—Cierto, Tamy tiene a expertos llevando gran parte de...

—Eso es otro nivel. Muy por encima de un salón de belleza de pueblo —descartó Tricia.

Al ver que se quedaba callado y no ofrecía una respuesta, ni siquiera en broma, lo observó a través del espejo. Jake tenía el torso al aire y los pies descalzos, llevaba unos pantalones anchos de pijama; sin calzoncillos. Se ponía los pantalones nada más levantarse, pero dormía desnudo; por eso, por las mañanas solo se vestía con la ropa interior después de ducharse. Conocer esos nimios detalles le hacía sentir calidez por dentro, en el centro del pecho; aquella era una costumbre íntima que solo ellos conocían.

Ella, en cambio, vestía una camiseta de algodón de Jake que le quedaba grande y le cubría el trasero. Normalmente necesitaba dormir al menos con una braguita, aunque desde que pasaba allí sus noches, había comenzado a acostumbrarse a dormir sin nada; sin embargo, al levantarse

siempre se ponía las bragas en un gesto automático.

Su mirada estaba fija en el pequeño envoltorio junto a su ropa.

—¿Te ha venido la regla?

—Ahora mismo.

Los brazos del hombre se estrecharon a su alrededor.

—Vaya...

—Te dije que había pocas posibilidades de que ocurriera.

—Ya, es solo que... Su-supongo que me había comenzado a hacer ilusiones.

—¿Tanto lo deseas?

—No puedo explicarlo.

—Un bebé une más que ningún papel firmado. Es una responsabilidad muy grande —terció.

—Sí. Los matrimonios y las parejas pueden romperse, pero un niño...

La forma en la que hablaba, con una tristeza insondable en la mirada mientras bajaba la cabeza para besar su hombro, le encogió el corazón. A pesar de lo ocurrido en las últimas semanas no lo había visto tan triste como en ese momento. Una idea le pasó por la cabeza al comprobar cuán desilusionado estaba.

—Oye. —Acarició el rostro del vaquero estudiando su reacción en el espejo—. No voy a irme. No voy a desaparecer. Estamos juntos, no hace falta un embarazo para continuar contigo.

—Se está haciendo tarde. —El vaquero irguió la espalda—. Será mejor que nos demos prisa en terminar ducharnos.

El resto de la mañana transcurrió con normalidad, pero Tricia no podía evitar sentir que una gran nube gris se había instalado sobre el ánimo de su novio. Hacía poco que salían, aunque se conocían de tanto tiempo que era como si todo estuviera simplemente encajando en su lugar. Estaban bien, muy bien. Se entendían, tenían química, se compenetraban...

Por una parte quería hacerlo, no era que lo hubiese meditado demasiado en el pasado; no obstante, siempre que pensaba en ella en el futuro se veía con hijos. Por otra parte, le parecía que tal vez fuera demasiado pronto para algo tan grande. ¿No sería mejor que su relación estuviera más afianzada? Aunque, si lo pensaba bien, desde que dejaron las cosas claras entre ambos, era como si vivieran juntos. No habían pasado una noche separados desde entonces. Aunque hacía poco de eso, la cantidad de tiempo que compartían era bastante superior al de la media de parejas, por lo menos, de las relaciones que había tenido en el pasado.

Suponía que ese era el motivo por el que tenía la sensación de que hacía mucho más tiempo que eran pareja y no solo unas pocas semanas.

—Ey, jefa, ¿estás bien?

Estaba absorta en sus pensamientos, preparando una mezcla para el tinte de una clienta, cuando Lina entró a quitarse los guantes a la trastienda después de aplicar otro ella a una mujer que las visitaba con regularidad para lavarse las manos.

—Oh, solo estaba pensando en mis cosas.

—Estabas como ausente.

—¿De verdad? Quizás estoy un poco cansada.

—Sí, desde que volvimos a abrir los días son un poco largos ¿verdad?

—Ajá.

—O a lo mejor es por ese novio tuyo...

En el momento en el que la joven lo mencionó, imágenes de lo que ella y Jake hacían por las noches cuando se quedaban a solas en el dormitorio la asaltaron y se puso colorada con tanta fuerza que pensó que podría parecerse a Rudolf. De hecho aquel fue su apodo en el jardín de infancia.

Lo odiaba.

—Eh... perdón. —La voz dubitativa de mujer hizo que se volvieran en su dirección—. ¿Se supone que esto tiene que picar como lo hace? Porque empieza a escocer.

Lina y ella compartieron una mirada interrogante. Dejaron lo que estaban haciendo y se apresuraron a ir junto a Silvia, la mujer del carnicero. Tricia sintió el potente olor nada más plantarse a su lado.

—¿Esco...? ¡Al lavabo, vamos a lavarle la cabeza de inmediato!

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada la clienta.

—Vamos a retirarlo. Rápido —urgió a Lina.

Sentaron a Silvia ante las atónitas miradas del resto de mujeres que aguardaban su turno al tiempo que su ayudante y ella comenzaban a retirar con las manos el producto mientras rociaba la cabeza de la mujer con agua fría.

—¿No le pongo agua caliente, verdad? —consultó Lina con voz estrangulada.

—No, será mejor si es fría —respondió con premura.

Un mechón de pelo se le quedó en la mano cuando intentaba retirar el producto de él.

—Oh, ¡por Dios!

—Me escuece mucho. ¡Quema!

—Lina, llama una ambulancia ¡ahora!

Continuó quitando el producto de la cabeza de la mujer de la forma más cuidadosa posible dadas las circunstancias; con desazón vio cómo varios mechones más caían en el salpicadero.

—¿Qué está pasando? —preguntaron varias voces femeninas con distintos grados de preocupación.

—¿Nadie más está sufriendo algún tipo de reacción?

—Yo estoy bien —aseguró Marie, la hermana de Cal, del Blue Ranch, a la que habían puesto un tinte anteriormente y a la que le faltaban unos minutos para retirarlo.

Tricia tragó saliva. ¿Qué diablos estaba pasando?

—¿Qué hago? —Lina llegó a su lado después de colgar el teléfono.

—¿Qué te han dicho?

—En un momento están aquí.

—¿Silvia, cómo vamos?

—Me quema —sollozó la mujer con evidente dolor.

—Esto no es normal. No entiendo qué ha pasado. ¿Qué has usado? —interrogó a su ayudante.

—El mismo de siempre... —La muchacha estaba pálida, comenzó a ponerse de un tono azul verdoso al mirar hacia el lava cabezas.

—Ve a buscarlo. Primero lávate bien las manos —dijo dándose cuenta de que comenzaba a notar lo mucho que le escocía la piel—. No lo toques sin guantes.

Cogió el bote de jabón neutro y lavó una vez más la cabeza de Silvia frotando bien sus manos, pero dolía cada vez más y no podía hacer otra cosa más que pensar en lo que debía estar padeciendo su clienta. La puerta se abrió y apareció Mark junto a Jamie y Charlie; el sheriff caminó hasta donde ella y su ayudante, que se había quedado paralizada al verlos entrar, se encontraban.

—¿Lina os ha llamado? —preguntó Tricia tratando de mantener la calma por todos los medios de que disponía.

—Emergencias —contestó el sheriff—. Es el protocolo. ¿Qué ocurre?

—Eso es lo que no sabemos.

—Yo, yo... Yo solo le puse el tinte —tartamudeó su joven ayudante.

—¿Es eso? —Mark señaló la caja y el bote que la chica sujetaba a modo de escudo para mostrarle.

—Le dije que lo recuperara y me lo enseñara. No lo toquéis sin protección —advirtió.

Mark asintió con la cabeza. Jamie puso el cerrojo a la puerta y giró el cartel de abierto a cerrado.

—¿Tenéis alguna bolsa transparente donde poder guardarlo?

—Sí —respondió con más resolución de la que sentía—. Lina, dejo eso sobre el fregadero —señaló el que estaba justo a su lado con el mentón—. Ve atrás y trae una bolsa y unos guantes de látex para el sheriff.

El policía no dijo una palabra; sin embargo, pudo ver un tic en su ceja, ni siquiera llegó a ser un gesto, pero lo detectó.

\*\*\*\*\*

Robert y Matt estaban descargando y colocando los sacos de semillas y abono que habían ido a recoger mientras le obligaban a mirarlos sin hacer nada. Todavía no debía levantar peso, era consciente, pero es que le resultaba muy difícil ver como otros hacían el trabajo mientras él solo se echaba a un lado para no resultar un estorbo. Uno de los sacos se deslizó del montón en que los



apilaron y cayó al suelo, se acercó y lo cogió con el brazo bueno. Justo antes de que pudiera levantarlo Matt se lo arrebató de las manos.

—Ah, ah. Debes hacer reposo. Nada de coger peso, abuelo.

—Puedo levantaros a ese saco y a ti con un solo brazo.

—No me cabe duda —afirmó Robert—. Pero no vas a demostrarlo ahora. Ya tendréis tiempo para jugar cuando no haya ninguna posibilidad de que el músculo se vuelva a desgarrar.

Gruñó una queja a ese recordatorio. ¡Cuánto necesitaba volver al trabajo!

—¿Ya estaba otra vez intentando hacer esfuerzos? —interrogó con diversión la voz de Derek. Al volverse lo encontró con el pequeño Sam en brazos junto al marco de la puerta.

—Ey, ¿qué hace el pequeño Sam aquí?

—Tuvo un poco de fiebre anoche. Aunque ahora se siente mejor está un poco pachucho todavía —respondió el vaquero besando la sien del pequeño que sostenía contra su cuerpo.

—Vaya —respondieron casi al mismo tiempo los tres.

—Sí. Mami cree que es mejor que se quede en casa descansando en lugar de llevarlo a la guardería de la empresa. Por si está incubando algo.

—Tenía entendido que algunos niños tiene fiebre cuando crecen.

—Es otra posibilidad. Pero aunque sea eso y ya no tenga fiebre de nuevo, ¿imagináis lo que debe doler que se le estire el cuerpo? Tamy dijo que había un motivo para que no lo recordemos. Y estoy de acuerdo con ella.

—Desde luego —acordó con ternura al ver la preocupación en la mirada de su amigo.

—Venía a buscar a Jake, si no os importa. Necesitaré que cuides de Sam mientras yo me encargo de las cosas por aquí.

—¡Claro! —Matt chasqueó la lengua—. Dejar al bebé con el abuelo. Es lo que suele hacerse ¿no?

—¿Qué has dicho? —bramó al encararlo.

—Eh, cuidado, no queremos que te marees al moverte demasiado deprisa... —continuó el rubio.

—Repíte eso.

—Chicos... —advirtió Derek—. Jake, sabemos lo fuerte y valioso que eres, por eso necesitamos que te repongas cuanto antes. Y para que eso ocurra debes hacer reposo. Y Matt, deja de meterte con él; dentro de poco estará completamente curado y tiene fácil acceso a ti mientras duermes. No creo que le resulte demasiado complicado ahogarte con una almohada.

—Bueno, hasta que llegue el día... ¿Podemos nombrarle el abuelo oficial del Blue Ranch?

Asestó un puñetazo al hombro de su amigo con el brazo sano. Sintió la reverberación hasta la herida que le propinó un pinchazo en respuesta, pero con ver la mueca de dolor de Matt se dio por satisfecho.

—Cállate.

—Eso duele.

—Te lo merecías —replicaron al mismo tiempo Derek, Robert y él.

Su amigo le puso al niño en el costado y lo sostuvo con cuidado mientras los tres continuaban con la tarea de recoger los sacos. Cuando comenzó a cansarse, preguntó a su padre si podía dejarlo en el suelo y le preparó un saco de semillas justo antes de dejarlo sentado junto a él. El crío parecía disfrutar golpeando el saco que se hundía un poco bajo la presión de sus rechonchas manitas.

La melodía del teléfono de Derek retumbó en el almacén haciendo que perdieran la dinámica de trabajo en la que habían entrado. Lo vio secar el sudor de su frente con el pañuelo que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón antes de responder.

—¿Qué hay?

Matt y Robert continuaron al tiempo que el vaquero se alejaba de ellos y se acercaba hacia donde Sam y él se encontraban para no estorbar mientras hablaba.

—Sí. ¿¡Estás de coña!?! No jod... ¿Pero qué ha pasado? Sí. Sí, yo le digo. Nos vemos en un momento.

A medida que escuchaba la conversación de su amigo, la intranquilidad se iba apoderando de él, podía sentirla como una burbuja de jabón creciendo en su interior.

—¿Qué pasa? —preguntó Matt acercándose con Robert en cuanto terminaron de colocar el último de los sacos.

—Ha habido un incidente en el salón de Tricia —pronunció con pausado tiento cada palabra.

—¿Qué ha...? ¿Está bien?

Derek negó con la cabeza.

—Están en urgencias —repuso—. No sé qué me estaba explicando Mark acerca de un problema con un producto que han utilizado y de que le ha afectado las manos. La peor parte, por lo que he podido entender, se la ha llevado Silvia, la mujer de Bert.

—¿Silvia? —inquirió Robert, buen amigo del matrimonio.

—Por lo visto ese... tinte le ha quemado la cabeza o algo así.

—¡No jodas!

—Tengo que irme —murmuró Jake como un toro enjaulado.

—Primero tenemos que avisar a Cal. Marie estaba en la peluquería y también se encuentra en urgencias.

—¿También se ha quemado?

—No, Mark ha dicho que está bien. Solo que algo... fuera de sí.

—¿Qué significa eso? —inquirió Matt.

—No tengo ni idea, solo digo lo que me ha explicado. —Derek cogió al niño en brazos—. Dejemos la puerta bien cerrada. Robert, ¿puedes llamar a Cal y encargarte avisarle para que pueda venir mientras nos preparamos para marcharnos?

—Sí.

—Y no le digas nada de esto —advirtió el vaquero—. Se lo comentaremos cuando estemos

de camino.

—Vamos, Jake —Matt lo empujó hacia la puerta con cierto grado de delicadeza, aunque de forma contundente—. Recojamos las cosas de Sam para poder salir cuanto antes.

Sin perder tiempo se encaminó junto a sus dos mejores amigos a la casa, Derek y él entraron mientras que Matt fue en busca de la pick up para acercarla a la puerta, salían por la cocina cuando Robert llegaba con Cal subidos a una de las furgonetas del rancho. Mientras el vaquero rubio tomaba al pequeño Sam en brazos para montarlo en la silla del coche y Jake dejaba la bolsa con las cosas del niño en el asiento del copiloto, Derek se acercó a hablar con el trabajador que ocupaba el lugar del acompañante del otro vehículo.

—Ha llamado Mark —dijo—, por lo visto ha ocurrido algo hoy en la peluquería mientras tu hermana estaba allí.

—¿Marie...?

—Me ha asegurado que está bien —atajó al otro antes de que el temor porque le hubiera pasado algo malo a su hermana aumentara—. Pero me ha advertido de que se encuentran en el hospital. Salimos para allí en este momento.

—Yo le llevo, Jefe —ofreció Robert.

—Está bien. En marcha, entonces.

En el trayecto que cubrían desde aquellas tierras hasta el hospital, Jake no dejaba de pensar cuántas veces habían acudido allí en los últimos años. Muchas, sin duda. Y debido a la vida que llevaban, y a su trabajo, era probable que aún le quedaran unos cuantos más por hacer; sin embargo, la noticia de que Tricia era una de las personas afectadas le añadía un sentimiento de congoja que le resultaba desconocido hasta entonces y un pensamiento fugaz pasó por su cabeza: Ahora sabía exactamente cómo se había sentido Derek.

# Capítulo 11

La llegada al hospital fue un poco caótica. Había muchas personas en la sala de espera de urgencias, la mayoría vecinos que parecían estar allí por el mismo motivo que ellos. ¿Qué era lo que había pasado?

—Tricia Whelan —dijo apoyándose sobre el mostrador de recepción sin miramientos.

—Jake. —El sheriff tiró de su brazo hacia un lado—. No pasa nada, él está conmigo —habló en dirección a la atribulada mujer.

—Mark ¿qué es todo esto? —interrogó.

—Sígueme —dijo Mark sorteando al grupo de familiares que reclamaban ver a sus conocidos y más información acerca de lo sucedido.

Cruzaron las puertas de urgencias y allí, aunque pudiera parecer contradictorio, encontraron un poco de tranquilidad.

—Tricia está en uno de los boxes del fondo —anunció el policía—. Han tenido que sedarla —añadió con su tono de voz habitual.

—¿¡Qué!? ¿Por qué?

—Le ha dado un ataque de pánico —expuso—. Todo apunta a un error con los productos químicos.

—¿Error? ¿Químicos? —repitió a toda prisa tratando de comprender algo de lo que intentaba explicarle—. ¿¡De qué me estás hablando!? No entiendo nada...

—Lina, su ayudante, ha puesto un tinte en la cabeza de Silvia Galstock que ha hecho reacción y le ha quemado. En cuanto se han percatado de lo que ocurría se lo han intentado quitar. Y menos mal, podría haber sido mucho más grave de no haber actuado tan deprisa. Sin embargo...

—¿¡Qué!? —bramó con urgencia.

—Tricia se ha quemado las manos en el proceso.

—¿¡Qué!? —Un sonido estrangulado parecido a un grito salió de su garganta al tiempo que perdía todo rastro de vida del rostro.

—Jake...

—¿Es muy grave?

—El médico tuvo que esperar a que se durmiera para poder echar un vistazo. Ella... Ha sido muy duro —terminó.

—¿Dónde está? Quiero verla.

—Te acompañaré.

Mark lo guió hasta el lugar en donde se encontraba su pelirroja; de camino vio a la hermana de Cal con la mirada perdida recostada en un sillón blanco con un tubo que salía de su brazo, a

varias mujeres hablando entre sí y a Lina llorando a moco tendido sobre una camilla sola en una habitación con la puerta entreabierta. Entraron en otra de idénticas características; las luces estaban apagadas y solo llegaba una tenue iluminación a través de las ventanas que había en la parte superior de la pared que dividía ese espacio del pasillo.

—Os dejaré solos. Tengo que ir a... comprobar a los demás.

—Sí —musitó—. Mark. —Lo llamó antes de que cerrara la puerta—. Gracias.

—De nada. Es lo mínimo.

La hoja se cerró y en cuanto lo hizo se volvió hacia la camilla. Había dos goteros conectados al brazo izquierdo de su mujer. Se aproximó cauteloso por el otro lado. Escuchaba la respiración baja y profunda de ella mientras se acercaba; observó atento las vendas en sus manos. No se le veían los dedos, las tenía completamente envueltas desde la muñeca.

—Pelirroja. —Acarició su frente y apartó el cabello que le había caído en la cara—. ¿Qué ha pasado?

Cogió una de las sillas que había en la habitación y la colocó junto a la cabecera. Se quedó allí vigilando su sueño que, a pesar de la falta de agitación externa, no parecía ser tranquilo. La arruga de su ceño decía todo lo que debía saber por el momento.

El médico que la había atendido pasó poco después para darle indicaciones de lo que las heridas de Tricia necesitaban y le dijo que debía acudir a hacerse las curas allí, en enfermería, la frecuencia con que debían ir e hizo hincapié en lo que no debía dejar que hiciera. En cuanto el hombre salió escuchó que llamaban a la puerta de nuevo; esperando a la enfermera, se giró para ver quién abría. Era Lina. Con la cabeza gacha, los ojos rojos y húmedos, temblando y despeinada, era imposible que alguien no se enterneciera al ver cuán afectada estaba la muchacha.

—Lo siento —musitó la joven—. Todo esto... ¡Es mi culpa! —sollozó en un tono cercano al grito y comenzó a llorar.

Sin saber qué podía hacer o de qué forma consolarla, agarró sus hombros con torpe firmeza y la abrazó. Durante varios minutos todo lo que hizo fue gemir su dolor, sollozar y repetir que lo sentía y que era la culpable de todo. La desconsolada ayudante de su mujer lloraba contra su torso, tanto que ya notaba la humedad en la piel, pero no le importaba. Sabía del aprecio que Tricia tenía por ella y que hacía mucho que trabajaban juntas, no tenía idea de qué diantres había ocurrido en realidad, pero dudaba que su pelirroja le echara nada en cara a la muchacha.

Cuando al fin comenzó a calmarse y el volumen de la voz que salía de su garganta se tornó normal, le tomó los brazos y se dio cuenta de que ella también tenía las manos vendadas, solo que sus vendajes no eran tan aparatosos como los de Tricia.

—¿También te has quemado? —preguntó en tono amable tomando su muñeca y levantando la mano de la joven.

—Sí. Solo son leves, lo peor se lo llevaron... —sollozó de nuevo.

—Eh, basta —dijo limpiando una lágrima que resbalaba por su mejilla—. Ha sido un accidente. Las autoridades investigarán lo sucedido. No te martirices.

—Es que no lo entiendo. Usé el mismo producto de siempre. Yo no... No había visto algo como esto antes. No había pasado nunca.

—Shh... Tranquila —articuló al tiempo que la atraía hacia sí de nuevo para intentar refrenar su llanto que volvió a comenzar haciendo que todo su cuerpo temblara como una hoja en otoño—. Vamos, cálmate.

Cuando una nueva llamada a la puerta anunció la llegada de alguien más, se volvió para ver las miradas perplejas de sus amigos. Nicole fue la primera en moverse, se acercó y abrazó a Lina; la joven se retrepó contra ella y se desahogó.

—¿Cómo está...? —preguntó Matt acercándose con su jefe a la zaga.

—Sigue durmiendo. La han tenido que sedar para poder curarle las manos.

—Mark dice que van a investigar lo que ha pasado —terció Derek—. Han enviado los botes que han usado hoy al laboratorio.

Lina sollozó de nuevo echándose la culpa.

—Que lo hagan —pronunció con fiereza Nicole—. Tienen que llegar al fondo de esto. Tricia es una gran profesional, no cometería un error como este y Lina lleva mucho tiempo trabajando con ella. Ninguna de las dos podría ser responsable de esto.

—Cariño... —murmuró Matt.

—No, Matt —atajó a su prometido—. Me da igual lo que diga la gente, conozco a mi amiga y sé cómo de ordenada es. Ella jamás tendría un producto tan peligroso en su almacén y cualquiera de los que son potencialmente peligrosos, los guarda a buen recaudo, lejos de lo demás.

—Es cierto —musitó Lina—. Es muy estricta con eso. Además de que existe una normativa para almacenarlos que cumplimos a rajatabla.

—Cada vez entiendo menos qué diablos ha podido pasar —confesó Jake.

—Será mejor que dejemos que Mark se encargue de hacer las averiguaciones pertinentes —habló Derek templando los ánimos un tanto.

Como fuera, a él solo le preocupaba Tricia. Aquel suceso había sido un desastre de proporciones épicas. Sin duda, ese segundo mazazo directo al corazón del sustento de su pelirroja iba a dejarla tocada. Lo que más rabia le daba era que habían solventado lo del destrozo y salió reforzada moralmente de aquello gracias al apoyo y la ayuda de todos, pero ahora no había nada que pudieran hacer y se sentía tan impotente que tenía ganas de romper cosas. Algo. Lo que fuera.

\*\*\*\*\*

Las últimas semanas habían sido un infierno para Tricia. No quiso ir con Jake al Blue Ranch como le propuso; prefirió mantenerse en cierto modo al margen de él, de todos. Se había

encerrado en su loft, en su casa. Aquel era su espacio, su lugar seguro, su refugio. Era lo único que era suyo de pleno derecho, como su negocio; todo cuanto había logrado hasta el momento lo había ganado a pulso con su esfuerzo y trabajo. Estaba orgullosa de ello, de sus logros; tal vez a alguien podría no parecerle importante, pero para ella lo era. Había conseguido cuanto tenía a pesar de sus padres, de su desaprobación; sentía que había pasado toda la vida nadando contracorriente y para Tricia cada pequeña meta alcanzada era como rozar el cielo.

Sin embargo, ahora se encontraba en el infierno.

Uno que distaba mucho de terminar rápido. Por lo pronto no podía trabajar y, aunque pudiera, dudaba que ninguna de sus clientas habituales o esporádicas quisiera ponerse en sus manos en ese momento. Comenzó a llorar de nuevo desde el rincón que había tomado, en una esquina del sofá, y al intentar llevarse las manos a la cara lloró todavía más al recordar el dolor que sentía en ellas con cada movimiento, las quemaduras que había sufrido.

La imagen de la cabeza de Silvia mientras le quitaba aquel producto; ver cómo el cuero cabelludo se desprendía de aquella forma, la sangre, el pelo en la pileta... Se le revolvió el estómago y se le contrajo al mismo tiempo. No podía dormir, no hacía más que tener pesadillas al respecto.

—Toma. —Jake extendió una mano delante de ella con la palma abierta y una pastilla en el centro.

En la otra llevaba un vaso de agua.

—No la quiero.

—Necesitas descansar. El médico dijo que era importante que no te saltaras ninguna toma.

Sin ganas de discutir tomó la píldora, la introdujo en su boca y dejó que él le acercara el agua a los labios para beber unos sorbos.

—Bien. Lo estás haciendo bien.

El vaquero le dio un beso en la frente, luego en los ojos y por último en la boca. Fue un beso tierno, en cierto modo, explorador; era como si por primera vez viera a un hombre indeciso en el capataz. Le partió el corazón, él no era así.

—Puedes irte a casa. La medicación me deja amodorrada —expuso—, además tampoco soy demasiada buena compañía de un tiempo a esta parte.

—Sigues siendo la persona con la que prefiero pasar el tiempo.

—Tienes trabajo —replicó.

—Tú eres más importante.

—No te necesito —bufó a la defensiva.

—De acuerdo. Pero quiero estar aquí contigo así que, digas lo que digas, me quedo.

—Vaquero testarudo... —musitó enfurruñada.

—Pelirroja adorable... —repuso él.

Era imposible discutir con Jake. Había sido así desde que despertó en el hospital con las manos, su medio de trabajo, su fuente de ingresos, vendadas. Al margen de su daño físico estaba

completamente hundida por lo ocurrido. No podía creer que una de sus clientas hubiera sido víctima de un terrible error como aquel. ¿Quién iba a querer acudir a una peluquería que quemaba la cabeza a sus clientas? La respuesta la sabría hasta un tonto: Nadie. Estaba perdida.

¿Qué haría a partir de entonces?

Escuchaba a medias a su novio trasteando en la cocina. Desde que regresaron del hospital no la había dejado sola. Le daba la medicación, la obligaba a comer, le preparaba cosas deliciosas para comer y que no hubiera dudado en devorar, pero en esos momentos su estómago se negaba a ingerir cualquier tipo de alimento; además, le ofrecía té y manzanillas de forma asidua y la bañaba también.

Con aquella medicación estaba adormilada la mayor parte del tiempo y había momentos en los que no recordaba nada, ni siquiera sabía si dormía o solo se quedaba allí como una acelga hasta que Jake la traía de vuelta a la realidad; luego recordaba lo que había pasado y solo quería desaparecer de la faz de la tierra. No tenía ganas de ver televisión ni de leer ni de escuchar música, así que solo se quedaba allí, tapada con la manta porque eso sí, sentía una profunda sensación de frío que no se le iba. Tenía los pies y las manos congeladas hiciera lo que hiciera.

De vez en cuando escuchaba al capataz hablando por teléfono, a veces las conversaciones no tenían ningún sentido para ella, otras no era capaz de centrarse en las palabras que pronunciaba y otras veces lo escuchaba hablar de ella y de su estado, suponía que se trataba de sus amigos. Las pocas ocasiones en las que sus padres habían ido de visita él se había retirado al patio para dejarles espacio y salir del punto de mira de su progenitor que continuaba con una actitud beligerante hacia el capataz, o eso era lo que pensaba ella.

—¿Sí?

Se volvió al escuchar la voz de Jake. Giró la cabeza en su dirección y lo vio de pie en mitad de la cocina, sostenía el teléfono contra su oreja con una mano.

—Ahora mismo... Voy para allá.

Apagó el fuego con meticulosidad, guardó en recipientes la comida y la metió en el frigorífico. Sus miradas se encontraron cuando se acercó a hablar con ella.

—Ha surgido algo, princesa —dijo en tono neutro, pero a pesar de lo que le hacían las pastillas, todavía podía distinguir la preocupación en sus ojos—. Necesitan mi ayuda en el rancho. ¿Estarás bien si te quedas sola un rato?

—Ve. De todas formas necesito dormir y escucharte ir y venir es una molestia —contestó.

—Estaré de vuelta en cuanto pueda, mañana tenemos que ir a ver a la enfermera. Así que no te preocupes ¿de acuerdo?

Acababa de darle una respuesta malhumorada y, lejos de enfadarse o devolverle una réplica como merecía, le hablaba en el mismo tono amable y gentil. ¿Por qué?

—¿Por qué no me mandas a paseo? Te hablo mal, la mayor parte del día soy un vegetal pero tú...

—Porque sé que esta no eres tú, es una consecuencia de algo que te ha pasado. Y no voy a



consentir que me eches a un lado para pasar por ello tú sola.

El vaquero le dio un beso de esos que hacía días venía encontrando a faltar, de esos que le ofrecían, al menos durante una fracción de segundo, el resquicio de esperanza que indicaba que todo se resolvería, de que junto a él sería capaz de recuperarse y resolver cualquier cosa. Pero las fracciones de segundo resultaban ser una medida de tiempo demasiado corta para hacer que esa sensación perdurara más allá del contacto de sus labios.

Jake recogió sus cosas y, aunque Tricia podía ver la urgencia en su mirada, mantuvo los movimientos calmados y controlados. Cuando él se fue trató, por vigésima vez, de leer el libro que Nicole tantas veces le había recomendado, se ajustó la manta a los hombros y retomó la lectura desde donde tenía el punto de libro. En la página tres. Era triste ver qué poco era capaz de avanzar. Sin embargo, como su novio no se cansaba de repetir aquella solo era una fase transitoria y no tenía que añadirse presión por cosas como esa.

El sonido del timbre la sorprendió y asustó al mismo tiempo. ¿Ya estaba Jake de vuelta? No, no podía tratarse del vaquero, él tenía su llave y la había estado usando cada vez que le hizo falta. Así que... ¿De quién podría tratarse? Dejó el libro en la mesilla con el marcador en la misma página por la que lo había retomado y se dio cuenta del cambio en la luz, estaba en mitad de la penumbra y no se había dado cuenta. Caminó envuelta en la manta hasta la entrada, se paró un instante a observar por la mirilla y al ver quién se encontraba al otro lado, abrió.

—Samantha, hola ¿qué te trae por aquí?

Samantha trabajaba para Jason en el Two Steps, era una de las camareras que hacía principalmente turnos de fin de semana y, de forma eventual, substituía a algún compañero que librara o estuviera enfermo. Era una chica algo mayor que sus amigas y ella, de curvas generosas, con una mirada siempre maquillada del mismo tono de azul eléctrico, delineada en negro que la hacía verse como un águila. Era una mujer a la que se le daba bien lo que hacía y a la que no le faltaban proposiciones masculinas teniendo en cuenta quienes eran la mayoría de los clientes a los que atendía. No obstante, nunca había visto que diera pie a nada más que a un breve flirteo educado.

En ese momento la mujer se encontraba de pie en su puerta con una bolsa de comida para llevar del Two Steps.

—Jason te manda esto. Me ha pedido que te lo traiga.

—Ah, oh. Es muy amable. Pasa —invitó a la camarera haciéndose a un lado para que pudiera entrar. Cerró la puerta y la acompañó hasta la cocina—. Jake ya estaba preparando algo antes, pero supongo que no le importará este cambio ya que le encanta la comida de Jace.

Sam dejó la bolsa en la encimera de la cocina y Tricia se dispuso a sacar dos vasos del estante para servirle alguna bebida en agradecimiento por haberse tomado la molestia de ir hasta allí a llevarle el encargo.

—¿Jace? ¿Tenéis mucha confianza mi jefe y tú?

—Oh, no es lo que crees, es un buen amigo nada más —explicó—. Déjame invitarte a algo,

¿qué tomas? —dijo señalando la nevera.

—Cualquier cosa estará bien. Gracias.

—De acuerdo, veamos qué encuentro por aquí.

Se inclinó para mirar dentro del frigorífico y estudió su contenido, estaba realmente surtido de comida y faltó en cuanto a refrescos se refería. Normalmente era al revés, suponía que Jake se había encargado de que eso cambiara. Tenía que reconocer que el capataz era un hombre maravilloso y un novio excepcional. Pocos aguantarían a su lado con todo lo que había pasado.

—Tengo agua con limón, zumo de naranja, cerveza y vino blanco o tinto.

Se irguió con las dos botellas de vino en la mano y las dejó sobre el mostrador al tiempo que se agachaba para extraer el resto de bebidas para permitir que ella misma decidiera.

—Tú dirás qué es lo que más te apetece. —Al cerrar la puerta del electrodoméstico, se volvió sonriente—. Yo te acompañaré con un poco de agua si no te importa ya que no puedo...

Su frase quedó ahogada por la impresión de ver algo oscuro dirigiéndose hacia su cara. Dio un paso atrás de forma instintiva, pero no tuvo tiempo de nada más. El mundo desapareció en cuanto sintió el impacto.

## Capítulo 12

Salió de casa de Tricia con ganas de patear algo. ¿Por qué, en el nombre del cielo, tenía que haberse roto una valla y escaparse el ganado justo esa tarde? Lo último que quería era dejar a su pelirroja sola en un momento como aquel. Estaba muy vulnerable y se había mantenido a su lado contra viento y marea, no iba a dejar que se hundiera por algo que no era culpa suya. Ni siquiera tratándolo con cajas destempladas, como hacía, lo conseguiría. No quiso quedarse en el Blue Ranch con él y lo entendía. Necesitaba esconder la cabeza en alguna parte y ¿qué mejor sitio que su apartamento para ello? Tricia había creado su nido allí y su instinto le pedía a gritos quedarse. Siendo así las cosas él solo tenía una opción y todos en casa lo sabían.

Derek le dijo que hasta que todo pasara encontrarían la forma de darle tiempo para que pudiera ayudar a su mujer, pero con una emergencia como aquella, era normal que le hicieran llegar el aviso. De hecho, ahora que lo pensaba, ¿no era algo extraño que no hubiera sido él mismo quién lo contactara? O Matt. No, seguro que estaban hasta arriba, tan ocupados que debieron mandar llamar a uno de los peones para que se diera prisa. La urgencia en la voz del hombre fue tangible. Estaba a punto de subir al coche cuando un parpadeo de luces llamó su atención y se giró hacia la carretera, Tamy llegaba en la pick up deteniéndose a su altura.

—Eh, Jake.

—Hola. ¿Vas a casa?

—En realidad acabo de llegar y había pensado en ir a ver a Tricia antes de continuar en dirección al rancho.

—Oh, bien, eso es genial. De hecho acabo de recibir una llamada y voy para allá —explicó—. He tenido que dejarla sola, pero si tú te quedas con ella, me voy más tranquilo.

—¿Ha pasado algo en el rancho?

—Algo de una valla, nada que no podamos solucionar —restó importancia.

—De acuerdo, entonces hagamos esto, me quedaré con ella hasta que vuelvas. Porque vas a volver, ¿verdad?

—Sí, sí. Mañana tiene visita con la enfermera. En cuanto pueda me vengo.

—Está bien. Ve tranquilo —dijo despidiéndolo—. Ah, y Jake. —Lo llamó cuando se encaminaba ya hacia su vehículo—. Estás haciéndolo genial con Trix. Gracias.

—Bueno, uno no deja de lado a su mujer cuando lo necesita. Aunque ella se empeñe en lo contrario —murmuró.

Tamy, esa jovencita que llegó a sus vidas con solo doce años y que se había convertido en una parte fundamental de ellas, comenzó a reír a carcajadas ante su declaración.

—Nos vemos luego. —Lo despidió la joven sacando una mano por la ventanilla para

moverla con energía.

Observó la parte trasera de la pick up alejarse y solo cuando la vio desaparecer en la siguiente esquina se puso en marcha. Condujo hasta el rancho con la emisora de rock que solía escuchar a un volumen bajo para que quedara como una melodía de fondo. Iba tarareando para evitar pensar en qué podría encontrar a su llegada ni en lo que había tenido que dejar atrás para acudir.

El camino, ya tranquilo de por sí, a esas horas lo estaba aún más. Recordó el accidente y se llevó la mano por encima de la ropa al lugar en el que se encontraba la cicatriz que le había quedado como recuerdo físico; de forma inconsciente presionó los frenos como mera comprobación antes de llegar a la zona en la que sucedió y levantó el pie del acelerador mientras recorría pasaba por allí. Por un instante recordó todo; lo que pasó, lo que pensó, lo que sintió... Una capa de sudor acudió a su frente, nuca y sienes. En cuanto pasó de largo aquel punto del camino, aceleró un poco y se dirigió a casa apartando aquellas imágenes de su cabeza.

En algún momento se le pasaría esa incomodidad que lo asediaba en cuanto se acercaba a ese lugar, aunque creía que era algo normal después de lo que le pasó allí. Pero, por encima de todo, después de lo que podría haber ocurrido y que, por suerte, no lo hizo.

No soportaba la idea de no poder volver junto a su pelirroja; su sonrisa, la forma que tenía de llevarse el mechón de pelo rebelde que siempre escapaba de sus recogidos detrás de la oreja, no poder acariciar de nuevo esa curva que le encantaba reseguir desde su cintura hasta ese apetitoso muslo... ¡Cómo le gustaban sus caderas! Su miembro reaccionó al instante al visualizar su mano vagando por esa parte de la anatomía femenina. A pesar de que no decía nada al respecto, la verdad era que la echaba de menos, a ella y esa conexión física que compartían cuando hacían el amor; sin embargo, desde que se quemó las manos en el incidente del salón, no había intentado tocarla o acariciarla de ese modo.

Ni siquiera cuando la ayudaba a ducharse. Y ese era un momento realmente duro para Jake porque, por más que no quisiera, esa parte de él que la deseaba de forma incontenible, se alzaba de forma invariable a pesar de que su cabeza trataba por todos los medios de evitarlo. Lo cierto era que terminaba agotado debido al esfuerzo que pasar por eso le suponía. Todo cuanto les había pasado a sus conocidos, amigos y a ellos mismos, le hacían ver las cosas bajo una nueva perspectiva y estaba contento de haber dejado de dar rodeos alrededor de la peluquera y haber ido a por lo que quería. Ahora que lo tenía, no lo dejaría escapar fácilmente.

Haría cualquier cosa por conservar a Tricia.

\*\*\*\*\*

Despertó con un fuerte dolor junto a la sien, podía sentir cómo le palpitaba el cráneo y el sudor que empapaba su cabeza, rostro y cuello. Trató de ajustar la visión parpadeando varias veces, pero fue inútil. Veía algo borroso. Al intentar incorporarse se dio cuenta de que eso no sería posible. Estaba tumbada en el suelo de su propio dormitorio y tenía las manos atadas a la espalda, algo que resultó ser realmente doloroso al pretender moverse y tampoco podía mover los pies, sentía una fuerte presión en los tobillos que lo corroboraba.

¿Qué había pasado?

Giró la cabeza a pesar de las molestias para ver alrededor, en efecto, aquella era su habitación. Entonces la vio, una melena esparcida en el suelo. Reconoció a su dueña enseguida: Tamy. La llamó, pero su boca estaba cubierta por algo que le impedía separar los labios. Como pudo, arrastrándose, llegó hasta su amiga.

¿Qué hacía allí? ¿Cuándo había llegado? ¿¡Qué estaba pasando!?

Aunque sabía que debía mantener la cabeza fría y conservar la calma, eso era algo que no podía hacer estando tan asustada como estaba y en breve el pánico la invadiría por completo e iría escalando hasta llegar a la histeria. Ayudándose con la barbilla trató de dar la vuelta a su amiga. Todos sus esfuerzos fueron en vano; no obstante, un resquicio de alegría la invadió al escuchar un gemido bajo escapar de la garganta de la vaquera. Respiró aliviada y el instante fue testigo de sus intentos por liberarse, la vio mover la cabeza de forma enérgica, respiraba con dificultad. Decidió llamar su atención a pesar de la imposibilidad de articular palabra alguna con lo que fuera que le hubieran sellado la boca haciendo ruido con la garganta.

Tamy miró hacia ella y sus ojos verdes, que habían comenzado a nublarse, se aclararon de golpe para estudiar su rostro. Arqueó una ceja interrogante y solo pudo encogerse débilmente de hombros en respuesta.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Todo el plan se ha ido al garete.

Escucharon dos voces masculinas distintas provenientes de la parte de abajo de su loft.

—¡No! Tenemos que seguir adelante —intervino una tercera voz, esta de mujer, que le pareció familiar. ¿Samantha?—. Ya es demasiado tarde.

—¿Y qué hacemos con la otra? —Replicó uno de los hombres que habían oído hacía un momento—. ¡Esto no es lo que habías dicho que tenía que pasar!

—Te dije que nos estallaríamos en la cara —habló el otro.

Por lo que podían escuchar había tres personas allí además de ellas, pero nada de eso explicaba qué diablos era lo que pasaba. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué estaban haciendo esas personas en su casa? ¿Cuándo había llegado su amiga? ¿Samantha era la responsable de haberle hecho aquello? Y no solo a ella, ¿también a Tamy? ¿Por qué?

—¡Callad! —Exigió la camarera—. Dejadme pensar.

Habló de nuevo al cabo de unos minutos en los cuales Tamy no dejó de forcejear con sus ataduras. Ambas tenían la boca cubierta con cinta de embalar. La mujer finalmente consiguió pasar

los brazos por debajo de su cuerpo utilizándolos como en el juego de la saltar a la cuerda, aunque de una forma bastante más aparatosa, y colocarlos delante. Sin embargo, en el momento en el que intentó liberarse de las bridas de los pies y de las manos, se encontró con que no podía. Entonces retiró la cinta que cubría su boca y con cuidado hizo lo mismo por ella.

—Tricia, me alegra ver que estás bien.

Fueron las primeras palabras de la vaquera.

—Oh, Tamy... ¿Qué está pasando?

—¿No lo sabes?

—No. ¿Tú?

—Es Samantha, una de las camareras de Jace.

—Sí, pero no entiendo nada.

—Ni yo —aclaró su amiga—. Vine a verte y solo la encontré a ella. Por un momento la creí, pero sabía que Jake acababa de irse poco antes de que llegara y le dije que esperaría hasta su regreso como habíamos acordado al cruzarnos.

—Vino a traerme comida del Two Steps —explicó recordando el momento en que le abrió la puerta—. Dijo que Jason la enviaba.

—Seguro que solo fue una treta para que la dejaras entrar —señaló su amiga.

—¿Quieres decir? —replicó con una nota de sarcasmo dada la situación en la que se encontraban.

—¿Y los otros dos? —Preguntó Tamy—. Son dos tipos entrenados, no he podido ganarles al enfrentarlos.

—¿Te has peleado con ellos?

—Samantha se me abalanzó en cuanto pregunté si se había roto algo en la cocina al ver un trozo de cristal, aunque todo parecía estar limpio y recogido. Me extrañó. —La vaquera se encogió de hombros.

—Ay, Dios. Entonces debió golpearme con una de mis botellas de vino. Eso fue lo que vi antes de...

—Esa mala pécora... Espera que le ponga las manos encima —amenazó su amiga con beligerancia.

—Haremos esto —escucharon su voz otra vez—. Continuaremos con el plan tal como fue trazado originalmente. Pondremos una soga alrededor del cuello de la pelirroja y le prendemos fuego al resto. Cuando la encuentren pensarán que no ha podido soportar lo que ha pasado en la peluquería.

—¿Y la otra? —inquirió uno de los tipos.

—Propongo que la matemos y lo hagamos ver como un accidente de coche —intervino el segundo hombre.

—¿Otro accidente? ¿Cómo el del vaquero? ¿Ese que sigue con vida? —reprendió el primero con acidez.

¿Estaban hablando de Jake? No podía tratarse de otra cosa, ¿cierto? Debían de estar hablando del accidente que tuvo en la carretera. Ese que casi... Qué extraño, si había sido causado ¿por qué nadie había dicho una sola palabra de que pudiera tratarse de otra cosa?

—Dejémosla aquí —ordenó la camarera—, pensarán que entró para salvar a su amiga, la conozco, es demasiado testaruda como para no intentarlo. Nadie dudará de que eso fue exactamente lo que ocurrió. Colará.

—De acuerdo —dijeron los tipos casi al mismo tiempo.

—Tú ayúdame con la gasolina. Y tú ve arriba, prepara la soga y a la mujer para morir. No metas la pata. Recuerda que tienen que encontrar señales de que murió mientras esto se incendiaba.

Asustada miró a su amiga, los ojos de Tamy normalmente de un bonito color estaban ahora inyectados en sangre. Podía sentir su enfado emergiendo de ella. Estaba furiosa. De una forma como no la había visto hasta entonces.

—Van a matarnos —balbuceó Tricia al comprender las palabras de los intrusos.

—No van a ponerte una mano encima —susurró la vaquera con una certeza y un convencimiento tales que a ella le costaba transmitir incluso en un buen día.

—¿Qué vamos a hacer? Ni siquiera podemos movernos —forcejeó haciéndose daño en el proceso.

—Presentar batalla —dijo su amiga con el tono más belicoso que había escuchado jamás y viviendo en un pueblo de vaqueros había visto muchas peleas de bar—. Tendremos que ponerles las cosas difíciles. Tanto como nos sea posible.

—Pero...

—Escúchame —ordenó Tamy atajando su protesta—. No voy a permitir que mueras hoy aquí. ¿Me oyes? Eres Tricia Whelan. Una mujer fuerte, que tiene toda una vida por delante. No un ternero camino del matadero.

—Tienes razón. Soy fuerte —repitió sus palabras—. Y a pesar de que soy consciente de eso, míranos. No podemos hacer nada. Y no iremos muy lejos arrastrándonos por el suelo —expuso.

—Eh, vosotras ¿qué hacéis?

Uno de los hombres que había escuchado en el piso de abajo apareció y la tomó por el brazo levantándola para separarla de su amiga. La lanzó contra la cama donde cayó boca arriba. Soltando un grito al aplastar sus manos heridas contra el colchón con su cuerpo.

—¿Quién eres? —interrogó desesperada entre sollozos y lágrimas que salían de sus ojos a causa del dolor que experimentaba—. ¿Por qué hace esto? Ni siquiera te conozco...

—¿Cómo te has quitado la mordaza? —inquirió el hombre.

—¿Llamas a eso mordaza? —Tamy intervino con desdén desde su posición en el suelo tratando de esconder el hecho de que ya no tenía las manos en la espalda.

—No me hagáis ir a por la cinta para cerraros la boca.

—Oh, menudo matón —replicó su amiga de nuevo en tono condescendiente—, tiene miedo

de dos mujeres maniatadas porque pueden hablar —provocó.

A Tricia le caía cada vez más sudor por la frente y la cara, sentía el cuerpo temblar con el frío que daba el miedo absoluto que la recorría. Un fuerte olor a gasolina comenzó a producirle picazón en la nariz y a irritarle los ojos. Era tan abrumador que se le revolvió el estómago.

—¡Cállate! —bramó el tipo.

El hombre, todo vestido de negro, como siempre se había imaginado a los maleantes, dejó de preparar el nudo de la sogá con la que, habían escuchado, pretendían asesinarla y hacer que pareciera un suicidio. ¿De verdad alguien podría creer que ella haría algo como eso? Pensándolo de forma fría y distante, quizás sí, tal vez sería posible. Después de lo que pasó...

Pero Jake no. Él no lo creería jamás. Todavía creía en ella. Sí, él no la había abandonado, ni siquiera le había permitido darle la espalda a todo del mundo como había sido su deseo inicial, el resto de sus amigos tampoco le habían dejado hacerlo.

Sus amigos. Tamy.

A ella también iban a matarla. Y sería culpa suya. Derek, Sam, todos en el Blue Ranch la echarían de menos... Ella tenía una familia ahora. ¿Qué sería de su hijo? No podía dejar que le hicieran eso.

—Es... Escucha. Deja que se vaya —intentó negociar.

—Tricia, no —advirtió Tamy.

—Deja que mi amiga se vaya y haré lo que queráis —continuó desoyendo a la vaquera.

—¡Tricia!

El hombre rió como si fuera un niño pequeño que no comprendía lo que los adultos decían.

—Ninguna de las dos saldrá de aquí con vida —sentenció el tipo y le propinó una patada a Tamy, dedujo por el movimiento que le vio hacer, antes de volver al mismo lugar en el que había estado preparando la cuerda para colocarla en un punto concreto por encima de la viga del techo que había allí.

—¡No podéis hacer esto! —Se dejó llevar por el pánico—. ¿Qué os he hecho yo? Ni siquiera os conozco. ¡No sé quiénes sois!

—Órdenes son órdenes. —Fue toda la respuesta que recibió.

¿Órdenes? Pero, ¿de quién?

—¿Quién os ha contratado? —interrogó Tamy tomando el control.

Desde donde Tricia estaba ya no podía ver a su amiga y eso hacía que experimentara todavía más miedo.

—No es de tu incumbencia —contestó entre dientes el sicario sin prestar atención a su amiga en el suelo; se acercó a la cama, le asió el brazo y tiró de ella para que se pusiera en pie—. Además, dentro de poco las dos seréis historia.

Aunque se negó a ayudar en nada a un ser tan deplorable, el tipo era más fuerte y la llevó junto a una silla que había preparado previamente delante de la cama, sobre la que pendía la cuerda lista con un lazo amenazante en el extremo. Tragó saliva, asustada; buscó a su amiga con



mirada desesperada cuando el hombre la cargó sobre su hombro para subirla de pie a la silla.

—¡Tricia, al suelo! —Al grito de su amiga se dejó caer.

Tamy golpeó la silla con los pies, aun teniéndolos atados; había llegado hasta allí a rastras, ayudada con la fuerza de los brazos unidos por las muñecas. Golpeó el suelo con fuerza, provocándole un mareo momentáneo. El tipo de cuyas manos se había escurrido con aquella repentina acción se abalanzó sobre ella que intentó alejarse encogiéndose, pero su amiga fue más rápida y lo interceptó; Tamy rodeó el cuello del tipo con las manos aun sujetas por la brida y con ella tiró hacia atrás impidiéndole respirar. Lo estaba estrangulando.

Fue testigo enmudecido de su lucha; el rostro del desconocido mostraba sorpresa, el de su amiga fiera determinación. El hombre se quitó a Tamy de encima echando los brazos hacia atrás, la agarró por la ropa y, tirando de ella, hizo que saliera volando por el aire y que cayera con un golpe sordo contra el suelo. A pesar del tremendo encontronazo pudo interponer a tiempo sus manos para detener el ataque enfurecido de él. Se escuchó un chasquido y al instante vio las manos de su amiga libres.

Rodó para esquivar la maraña de carne en que se convirtieron la vaquera y el mercenario que quería acabar con ellas. En uno de esos contragolpes el puño de él impactó contra el hombro de Tamy que se giraba en ese momento para darle la espalda, la joven lanzó el codo hacia la cara de él acertando en su nariz que comenzó a sangrar en el acto. Una oleada de profunda admiración y respeto creció con fuerza en su interior al ver la forma en la que la vaquera peleaba por sus vidas; en el pasado había quedado más que claro que sabía cómo hacerlo, solo que Tricia nunca fue testigo directo de ello y ahora que lo veía le recordaba a una valquiria, una amazona descendida de los cielos, entrenada para resistir cuanto fuera necesario.

Redujo al tipejo, dos veces más grande que ella, y le rodeó el cuello con las piernas en esta ocasión. Al tener los tobillos sujetos complicaba las cosas a su rival para escapar de ese tipo de agarre. El hombre golpeaba sus piernas sin descanso hasta que, tras uno de esos golpes, levantó consigo a la mujer que lo estaba ahogando y se lanzó contra el suelo, escuchó el quejido proveniente de su amiga, la brida que envolvía sus tobillos se rompió y él quedó libre. La mujer se revolvió sin perder tiempo a pesar del golpe y se lanzó contra el hombre asestando una patada directa a su espinilla que acertó de lleno, luego le propinó un puñetazo desde abajo en la mandíbula y, dando una vuelta sobre sí misma, un codazo en mitad de la cara.

El humo había comenzado a hacer difícil respirar y ver con claridad algo allí arriba a esas alturas. Vio a su amiga caer, el sicario le había agarrado los pies y tiró de ella hacia sí, Tamy le pateó la cara con fuerza varias veces hasta que, finalmente el hombre cayó hacia atrás, quedando aturdido en los primeros peldaños de las escaleras. En lugar de volver a la carga y terminar lo que había comenzado se puso en pie con algunas dificultades y huyó al piso de abajo sin mirar atrás.

—¡Tricia!

Su amiga se dio la vuelta entonces, se llevó una mano al costado, la misma que puso al momento delante de su rostro, como si con ello pudiera hacer retroceder el humo que producía

escozor en los ojos.

—¡Tamy! —Exclamó para que la pudiera encontrar a pesar del humo que se acumulaba rápidamente.

La joven se acercó a toda prisa hasta ella.

—Tenemos que salir de aquí —articuló Tamy entre toses y sin vacilar la cargó en su espalda como pudo, levantándola como un ternero.

De esa guisa se dirigió a las escaleras, pero las llamas impedían el paso cerrando así la huida hacia el exterior. Iban a morir. No había ninguna otra salida en el piso superior del loft. Abajo se encontraban las dos únicas vías de escape, tanto a la calle como al patio, pero allí... No había nada.

—¡No hay más salidas! —aulló Tricia notando cómo se le desgarraba la garganta.

—La encontraremos —aseguró la vaquera.

Su amiga la llevó al cuarto de baño adjunto al dormitorio y la bajó con cuidado en el inodoro, rápidamente metió unas toallas sacadas del armario que tenía allí bajo del grifo para empaparlas y las colocó en la rendija de debajo de la puerta para cubrir el hueco, luego abrió la pequeña ventana de ventilación que había allí para que entrara algo de aire limpio que pudieran respirar. Mientras ella continuaba atada de pies y manos Tamy registraba cada cajón del cuarto de baño.

—¿Qué haces?

—Buscar algo que nos pueda servir.

—¿Para qué?

—Como arma o para salir de aquí —explicó con urgencia.

—No hay escapatoria —sentenció—. Estamos atrapadas. No hay a dónde ir.

—No, saldremos. Ya lo verás —respondió.

Su gesto no mostraba ni esperanza ni desesperación, estaba resuelta. Era como si tuviera delante un rompecabezas del que tratara de ordenar las piezas.

—Tamy...

—¿Qué te apuestas? —dijo regalándole una sonrisa ladeada.

—No es momento para apuestas —protestó Tricia.

—Eso lo dices porque sabes que voy a ganar. —La vaquera se volvió con unas tijeras minúsculas de manicura y con cuidado de no hacerle más daño en la piel de las muñecas consiguió cortar las bridas que la mantenían cautiva.

—Genial. Moriré, pero al menos podré utilizar las uñas para arañarme la piel mientras me quemo —pronunció cáustica.

—Escúchame. —Su amiga le agarró con firmeza los hombros y le dedicó una larga mirada—. No vamos a morir. ¿Me has entendido?

—Dios, a veces eres tan cabezota... —dejó escapar un suspiro—. Cincuenta —añadió a media voz.

—Es una apuesta —aceptó Tamy con una gran sonrisa.

## Capítulo 13

Jake cruzó el límite de la propiedad y continuó hasta la casa principal. Se fijó en que cerca de los establos había algunos peones ocupados en los quehaceres habituales; en un aire de tranquilidad inusual en mitad de una emergencia. Frunció el ceño.

—Pero ¿qué...?

Aparcó delante del comedor, bajó del vehículo sin quitar las llaves del contacto y con pasos largos abrió la puerta para quedarse pasmado. La escena que lo saludó era tan pacífica como siempre. Derek, Matt y Nicole cenaban junto al resto de trabajadores mientras el pequeño Sam dormía a pierna suelta abrazado a su manta dentro del cochecito.

—¿Jake? —interrogó Derek nada más verlo parado en mitad del paso—. ¿Necesitas...? ¿Ha pasado algo? —El hombre se irguió poniéndose en alerta de forma repentina.

—¿Yo...? No —respondió confuso—. Me... habéis... llamado vosotros. ¿No había una emergencia?

No entendía nada.

—¿Emergencia? —consultó Matt levantándose de la mesa al tiempo que él se acercaba.

Los presentes alzaron la cabeza con curiosidad al verlo allí. Aquello era demasiado raro.

—No te hemos llamado —aseguró su jefe.

—Pe-pero... No puede ser.

Buscó el teléfono que había llevado consigo y lo sacó. Buscó la información de la última llamada; se dio cuenta de que no aparecía ningún número en la pantalla, aparecía como oculto. No había mirado antes de contestar, pero al responder y decirle que era de casa, no lo había puesto en duda ni por un momento.

—Ya que estás aquí, siéntate —invitó Nicole—. ¿Has cenado?

—¡Hombre! Dichosos los ojos —saludó Mariah saliendo de la cocina con una bandeja de carne fileteada rebozada para dejarla en la mesa delante de unos hombres que la vaciarían enseguida—. Sienta tu trasero, muchacho y no te muevas. Voy a traerte un plato.

—Ma, no he venido a cenar —negó con la cabeza—. Alguien me llamó diciendo que había una emergencia en el rancho —expuso molesto.

—Por aquí todo está la mar de tranquilo, hijo —contestó la mujer llevando una mano a la cintura.

—Espera, deja que comprobemos que no haya sido alguno de los chicos gastando una broma pesada —propuso Derek frunciendo el ceño también—. Matt, ¿te encargas?

A ninguno de ellos les gustaban ese tipo de bromas, pero en ocasiones los trabajadores se las gastaban unos a otros o los veteranos incitaban a los nuevos a intentarlo con cualquiera de ellos

tres a sabiendas de que los reprenderían.

—Sí, en seguida.

—Mientras tanto, cena algo y cuéntanos como van las cosas. ¿Cómo está Tricia?

Cansado, sintiéndose culpable por no volver de inmediato con su mujer, se dejó caer en su sitio en la mesa que quedaba vacío cuando no estaba.

—Lo lleva. La medicación ayuda. Tamy se ha quedado con ella —informó.

—¿Tamy? —preguntaron su jefe y Nicole al tiempo.

—Regresaba del trabajo y ha pasado a ver cómo estaba —relató—. Nos hemos encontrado en la calle. Ha dicho que se quedaría haciendo compañía a Tricia hasta que yo volviera.

Derek asintió ante la información.

—Em... —Matt regresó y apoyándose en su hombro ocupó el asiento de al lado—. Colega, no sé quién te habrá llamado, pero no ha sido nadie de aquí.

—Qué raro —murmuró Derek.

—¿Por qué iba nadie a...?

El teléfono que todavía tenía en la palma de su mano sonó de nuevo, después de compartir una mirada con sus amigos, se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—Dime que tú y Tricia estáis en el Blue Ranch —ladró Mark en cuanto descolgó llevándose el aparato a la oreja.

—¿Por qué? —interrogó extrañado—. No. Bueno, en este momento yo sí, pero...

—¡Mierda! —Maldijo el sheriff y comenzó a escuchar distintos sonidos a través de la línea: el chirrido de una silla, lo que le parecieron cajones o puertas cerrándose.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Preguntó cada vez más alarmado.

—Acaba de llegarnos un aviso desde su dirección —declaró el policía—. El lugar está en llamas.

—¿¡Qué!?

Se levantó de golpe haciendo que el banco de madera se tambaleara. Sus dos amigos lo imitaron, lanzando miradas furibundas en su dirección.

—¡Tamy también está allí! —Bramó y se lanzó a toda prisa hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —escuchó a Nicole preguntando angustiada.

—Quedaos aquí, cuidado de Sam —ordenó Derek—. Llamaré en cuanto sepa cualquier cosa.

—Estoy de camino —dijo Mark entre dientes jadeando probablemente porque también había salido a la carrera.

—Yo también —musitó.

—Tengo que colgar.

—Sí.

Lanzó el teléfono por la ventanilla de la pick up al asiento del copiloto, Derek entraba por esa puerta al tiempo que él por la del conductor y tomó el aparato antes de ocupar el asiento y

abrocharse el cinturón. En cuanto se lo puso él, Matt ya estaba en el asiento de atrás.

—¿Nos vas a decir qué está pasando o piensas dejarnos en ascuas? —dijo el rubio tras asegurar su cinturón.

—Mark dice que acaba de recibir un aviso de emergencias de la dirección de Tricia.

—¿¡Qué!?! —bramaron sus amigos a coro.

—Dice que el edificio está en llamas.

—¿¡Cómo!?! —aulló Derek.

—No sé nada más.

Salió quemando rueda del rancho, levantando una enorme polvareda tras ellos. Tenía que llegar cuanto antes, le daba igual si para ello debía ir campo a través o cruzar el pueblo por el mismo centro. El humo y las luces de sirena rojas y azules se veían desde lejos. Ninguno de los ocupantes del vehículo había realizado un solo comentario ni una pregunta más; los tres estaban enfocados en el camino, en llegar cuanto antes. Antes de detener del todo el vehículo Derek estaba bajando por su lado, detuvo el motor detrás de la pequeña multitud que se había congregado y que se mantenía por a ese lado del cordón policial. Como sus amigos, salió a toda prisa y corrió hacia el lugar. Pasaron por debajo de la cinta y en seguida, Jamie se acercó a ellos para detener su avance.

—¿Han salido? —preguntaron simultáneamente.

—¿Dónde están? —añadió su jefe adelantándose.

Si no veía a su mujer y Tamy pronto, iba a perder el poco control que estaba usando para enfocarse en seguir los pasos que debían darse. Y pondría la mano en el fuego porque Derek estuviera haciendo un gran esfuerzo por mantenerse cuerdo. Con un gesto de la mano, el ayudante los guió hasta uno de los camiones de bomberos que se habían acercado al lugar donde Mark discutía con un hombre vestido con el distintivo traje ignífugo típico de su profesión, casco incluido.

—¡Mark! —llamó.

—¿Y mi mujer? —aulló Derek buscando alrededor de los dos hombres.

El sheriff negó con la cabeza bajando la mirada de forma pesarosa al suelo.

—¿¡Siguen ahí dentro!?! —bramó el hombre y como si ninguno pudiera creer aquello, se volvieron horrorizados a mirar el edificio cuya fachada estaba siendo devorada por las llamas.

—¡No! —El grito salió de lo más profundo de su garganta y de la de su amigo, los dos echaron a correr hacia la entrada al mismo tiempo.

—¡Jake, no! ¡Derek!

Bomberos y policías lo placaron para evitar que se acercara al fuego; a su lado, su amigo se encontraba en la misma situación.

—¡Dejadme! —Rogó el capataz a gritos—. Tengo que entrar —aulló—. ¡Siguen dentro! ¡Ellas están ahí!

—¡Tamara! ¡Tamy! —Derek forcejeaba con las autoridades, pero lo mantenían sujeto igual

que a él—. ¡Soltadme! Mi mujer está ahí dentro. Tengo que ir a por ella.

—¡Derek, piensa en tu hijo! —Gritó Matt ayudando a los policías a reducir a su amigo que parecía tener la fuerza de varios hombres en ese momento de desesperación.

Todavía sacudido por la inesperada situación a la par que aturdido, miró hacia ellos para encontrar la cara marcada por el horror de uno y surcada por las lágrimas del otro. ¿Por qué había pasado aquello? ¿Cuándo? Estudió entonces los rostros de los policías y bomberos que los rodeaban; todos ellos estaban compungidos, desviando su mirada al suelo. Ninguno se atrevía a mirarles a la cara. No. No podía ser verdad. Eso no estaba pasando. No podía haber perdido a Tricia. Así no. No. ¡No!

—¡No! —gritó con fuerza y se liberó como pudo de las manos que lo contenían antes de avanzar hacia la casa; tan solo un par de pasos después lo sujetaron de nuevo.

Entonces se escuchó una fuerte explosión y la onda expansiva hizo que los bomberos que se encontraban más cerca del edificio, manguera en mano, cayeran al suelo. Desde donde se encontraban también sintieron su potencia; fue como recibir un puñetazo en todo el cuerpo al mismo tiempo.

—¡No! —escuchó su voz bramando a la noche junto con la de sus amigos.

—¡Tamara! ¡No! ¡Tamara! Tamara...

Se volvió a tiempo de ver cómo su amigo caía de rodillas al suelo, entre aullidos de dolor, Derek era todo cuanto podía escuchar en ese momento.

\*\*\*\*\*

El plan de su amiga era la mayor locura que jamás había escuchado. Tamy quería que salieran por la ventana del cuarto de baño y utilizaran la cornisa exterior del viejo edificio para caminar hasta el bloque del lado donde estaba la terraza de sus vecinos.

—¿Estás loca? Te recuerdo que tengo las manos quemadas.

Eso suponía que no podía utilizarlas para sujetarse ni nada.

—Solo tendrás que pegar tu cuerpo a la pared —explicó la vaquera.

—No soy Spiderman —replicó molesta apartando un mechón de cabello de su rostro como pudo—. Y desde luego no quiero ser un chicle pegado en el suelo, que es en lo que nos convertiremos cuando caigamos.

—Si caemos —corrigió su amiga—. No te preocupes, yo te ayudaré.

Desoyendo sus protestas, Tamy sacó la portezuela de la ventana de las bisagras y la dejó en el suelo, apoyada contra el mueble, a un lado. Escuchaban crujir las paredes y la puerta, el sonido tétrico sonido solo añadía mayor urgencia a la situación. El humo se filtraba poco a poco a pesar

del intento de su amiga por mantenerlo a raya con las toallas humedecidas. Aun así el aire allí dentro estaba viciado; la temperatura había aumentado peligrosamente aunque la vaquera se había apresurado a abrir los grifos del lavamanos y de la ducha dejando encharcado el lugar. La joven volvió a encaramarse fuera usando el bidé como apoyo, en esta ocasión con menor dificultad.

—Podemos hacerlo —aseguró—. Tú irás primero. Te ayudaré a subir y a salir, te pones a la izquierda y me dejas sitio para que te siga —expuso el improvisado plan.

—Esto es una locura —musitó.

—Fuego o cornisa. No hay más opciones —manifestó Tamy.

—Mierda, mierda, mierda —rechinó los dientes mientras se acercaba a la ventana sabiendo que aquello era una locura.

—Tendrás que usar las manos —advirtió la vaquera—. Dolerá, pero ya me lo agradecerás cuando estemos fuera.

—¡Argh! —gruñó dejando que la levantara del revés, de forma que sus pies fueran lo primero en salir.

Con dificultad, consiguió sacar medio cuerpo; se abrazaba a su amiga con toda la fuerza que podía dada su situación, Tamy le sujetaba los brazos y sabía que para evitarle más dolor era ella quién se hacía daño. Alcanzó la cornisa con la punta de los pies y bufó por la dificultad que le supuso darse la vuelta sin caer a pesar de que estaba siendo ayudada por la otra mujer.

Permaneció quieta, sintiendo el corazón martillearle en el pecho con fuerza mientras su amiga se descolgaba. Al menos allí podía respirar mejor. Sentía una extraña flojera en las manos; algo desagradable, como una especie de sudor frío.

Miedo.

Era un miedo tan atroz como profundo a caer. La altura de casi dos pisos era considerable. En cuanto Tamy estuvo a su lado le sonrió como si solo fueran dos niñas que hubieran conseguido hacer una travesura sin que las pillaran. Su amiga comenzó a darse la vuelta en el estrecho saliente con cuidado y poco a poco. Un pie se le resbaló y alargó la mano con tanta rapidez para sujetarla contra la pared que vio las estrellas; a pesar de eso, no tuvo que verla estampada en el suelo a sus pies, cosa que agradecía.

—Gracias —susurró la vaquera.

Debido al gran dolor que estaba sintiendo: le palpitaban, le escocían y ardían las manos; encima, se había golpeado una de ellas con fuerza, fue incapaz de contestar. Asintió moviendo la cabeza.

—Vamos a movernos despacio. —Su amiga retomó la palabra agarrando su antebrazo.

Las dos pegaban su espalda a la pared tanto como les era humanamente posible. Tamy inició la marcha; arrastraban el pie izquierdo hasta unirlo al derecho, cuando tocaban el talón adelantaban el otro. Y así consiguieron avanzar algo.

—La pared está caliente —comentó en voz alta sin pensar.

—Sí —confirmó su amiga—, lo he notado. Vamos, ya queda poco.



—¿Poco? —repitió ella—. No debemos de haber avanzado más de un metro.

—Exacto —repuso la vaquera—. Estamos más cerca.

—No conocía esa faceta tan positiva tuya —murmuró mordaz.

La vaquera rio entre dientes, le parecía increíble ser capaz de bromear en momentos de tanta intensidad como aquél, pero no podía evitarlo y su amiga tampoco. Tal vez fuera por la adrenalina, ¿quién lo sabía?

—¿Tamy?

—¿Sí?

—¿Es cosa mía o la pared...? —No pudo terminar, le pareció notar que se movía y eso le puso los pelos de punta.

Qué extraño. Tragó saliva que le supo a hollín, de hecho las dos tenían la piel y la ropa tiznadas.

—Está como combada, ¿no? —añadió la otra con un hilo de voz.

—Algo así —confirmó.

—Supongo que el fuego hace cosas raras.

Continuaron unos pocos pasos, iban tan despacio y lo más juntas que podían, de forma que los resbalones eran mínimos y no suponían, de momento, un peligro.

—¿Queda mucho? —quiso saber.

El corazón podría salirse por la boca en cualquier momento. Estaba agotada, mantener la tensión en todo el cuerpo para empujarse contra el muro era difícil y más cansado de lo que alguna vez hubiera imaginado.

—Solo unos metros.

—¿Unos metros? ¿Pero no habíamos avanzado?

—Sí. Lo estás haciendo muy bien, no te rindas ahora —animó Tamy.

Incluso desde donde se encontraban podían ver los destellos rojos y azules de las sirenas que anunciaban la llegada de bomberos y policía; iluminaban la noche como un tétrico filtro parpadeante.

Escucharon algunos crujidos seguidos bastante fuertes.

—¿Eso ha sido...?

—¿Qué ha sido eso?

La pregunta de su amiga quedó cubierta por la suya, realizada con la voz tomada por el miedo. De nuevo el sudor frío invadió su nuca, frente y extremidades al tiempo que un pavor ancestral se asentaba en su estómago. En lo más hondo de su ser nació la necesidad imperiosa de echar a correr.

—¡Tenemos que darnos prisa! —Urgió.

—Lo sé, pero no podemos correr —replicó su amiga.

Los crujidos se sucedieron mientras avanzaban algo más deprisa; sin embargo sentía en sus entrañas que no era suficiente. En absoluto.

Y no lo fue.

Escucharon la explosión al tiempo que una fuerza las golpeaba desde atrás lanzándolas por los aires lejos del edificio cayendo al suelo a poco más de un metro de distancia. Se abrazaron en el aire; más bien, Tamy la atrajo y Tricia se encogió contra ella.

—¡Encoge las piernas! —gritó su amiga junto a su oído.

No entendió qué quiso decir y no supo qué hacía, su cuerpo actuaba por su cuenta en ese momento. Sintió la velocidad de la caída en el estómago mientras su cabeza reproducía un millón de imágenes de su vida, sus amigos y Jake a la espera de convertirse en papilla de un momento a otro. Entonces todo giró y fue como si se hubiera metido en una máquina de centrifugado hasta que se detuvo en seco segundos más tarde.

Respiraba con dificultad, de forma agitada, y todavía sentía el cuerpo en tensión esperando la muerte que parecía no llegar. Pasaron varios minutos hasta que se dio cuenta de que seguía con vida. Le dolía cada parte del cuerpo por lo que supuso que también se encontraba de una pieza.

—Tricia. —Escuchó la voz jadeante de Tamy que fue como un cántico celestial para ella en un instante como ese.

—¿Sí? —respondió también entre jadeos.

Era como si hubieran corrido una maratón.

—¿Estás viva? —preguntó la vaquera.

Abrió los ojos en el acto. Se encontraban tiradas, una sobre la otra, boca arriba en la calle. Lo estaba. Las dos lo estaban. ¡Lo habían logrado! Una sensación de euforia substituyó al temor que había estado sintiendo desde que despertó maniatada y escuchó a aquellas personas decir que las iban a asesinar y el modo en que lo pensaban hacer.

—Sí —respondió con un suspiro adolorido.

La mano de su amiga, en parte todavía debajo de ella, le palmeó el brazo.

—Me debes cincuenta.

# Epílogo

—¿A ti ha dejado de olerte el pelo a chamuscado? —preguntó Tamy acercando su nariz hacia ella.

Después de que las encontraran riendo con carcajadas entrecortadas por la tos, debido por la inhalación de humo, y por el fuerte batacazo que se dieron todavía tumbadas en el suelo en la posición en la que aterrizaron, las llevaron en la misma ambulancia al hospital seguidas muy de cerca por sus parejas que acudieron raudos a su encuentro con la mirada desencajada y los rostros descompuestos.

Más tarde supieron que todo el mundo creyó que continuaban dentro del loft en el momento de la explosión. Y debía agradecer a Tamy su testarudez porque fue ella quien la convenció de salir por la ventana del baño en un plan de locos que, sin embargo fue su salvación. De no haberlo hecho ¿quién sabía dónde y cómo estarían ahora?

—No, me paso el día con el olor de pollo carbonizado metido en la nariz —contestó la peluquera.

Les habían dado el alta al día siguiente; después tratar las heridas superficiales de Tamy debido las ataduras y la pelea y de curar sus manos además de vendarle la cabeza ya que Samantha le había abierto una brecha allí al golpearla con una de sus botellas de vino. No obstante, salieron bastante bien paradas de la caída. Tamy se hizo un esguince leve, aunque afortunadamente podía caminar usando una muleta de respaldo.

—Por lo menos hemos dejado de sacar mocos negros —apuntó la vaquera.

—Sí, pero todavía tengo ese regusto en el fondo de la boca —repuso Tricia con un mohín—. No sé si a ti aun te pasa...

—Sí. Es un asco. Todo me sabe a hollín

Habían pasado algunos días desde el incendio de su apartamento, que ya había comenzado a ser reconstruido; estaban todos sentados alrededor de una gran mesa redonda después de haber celebrado esa tarde la boda de Nicole y Matt ya que su casa había sido terminada y estaba lista para que comenzaran a vivir allí. Jason se encontraba también con ellos.

—¿Entonces pudieron cogerlos a todos? —preguntó el dueño y barman del local al que acudían todos de forma regular.

—Sí —contestó Derek—. Gracias a que pudieron salir y explicar a la policía lo que había pasado.

—Lo siento mucho, chicas —articuló desencajado Jason por enésima vez—. No sabía que

alguien así estaba trabajando para mí...

—Tú no tienes culpa de nada —respondieron todos a coro.

—¿Se sabe algo más? —Aventuró Rebecca—. ¿El sheriff os ha dicho algo?

—Mark ha dicho que vendría ahora —contestó Jake esta vez propinándole un apretón con el brazo que tenía alrededor de sus hombros.

—Hablando del diablo... —silbó Matt haciendo que toda la mesa alzase la cabeza hacia el mismo lugar.

Vieron entrar a Mark con tejanos nuevos de un azul oscuro, cinturón y botas negras y camisa verde oliva. Escuchó un extraño suspiro a su lado y vio la mandíbula de Rebecca abierta. ¿Tanto la sorprendía ver al hombre sin su uniforme? A su parecer, imponía más de la otra forma, pero cada uno... Desvió la atención hacia Tamy y se dio cuenta de que ella también había captado la reacción de su amiga, cambió entonces hacia Nicole y esta, tras observar a la vaquera, siguió el camino que marcaban sus ojos hasta la rubia sentada junto a ella, todas intercambiaron una mirada a caballo entre la comprensión y la hilaridad. Al momento estallaron en carcajadas haciendo que el resto se preguntara qué había ocurrido. El sheriff las estudió con curiosidad, aunque sin detenerse; de camino a la mesa tomó una silla y la colocó junto a la de Jason antes de sentarse con todos ellos.

—¿Noticias? —preguntó el hombre junto a él.

—Samantha ha sido trasladada a prisión provisional —anunció mientras el barman le pedía a uno de los camareros que le sirvieran una cerveza al recién llegado—. Se ha declarado culpable de todos los cargos —expuso.

—¿De verdad? —balbuceó incrédula.

—Sí. Ha confesado que contrató a esos tipos para sabotear tu negocio, el coche de Jake y para que la ayudaran a...

—Ajá —cortó su novio presionando más su cuerpo contra el de ella.

—Después de interrogarlos a todos por separado, sus historias concuerdan así que, de ahora en adelante, es cosa de la fiscalía. Caso cerrado.

—¿Y ya está? —Preguntó Nicole—. ¿Se ha terminado?

—Eso espero —murmuró Tricia.

—¿Te ha dicho por qué lo hizo? —preguntó Jason sin comprender nada todavía.

—Le gusta Jake, lo quería para ella —respondió Mark encogiéndose de hombros—. Y al verlo con ella —señaló en su dirección—, perdió el norte y contrató a esos tipos para hacerlos la vida imposible. Su primera intención fue que Tricia se fuera de Big Hollow End, hacer que desapareciera. Al ver sus planes truncados enfureció e intentó deshacerse de los dos.

—Por suerte no lo ha conseguido —musitó en un hilo de voz Rebecca granjeándose una larga mirada del policía.

No podía creer todo lo que les estaba sucediendo últimamente. Más allá de lo que había hecho Samantha, lo que ocurrió a antes de eso; a Tamy, Matt, a Nicole y Derek antes que a ellos.

¿Acaso había una nueva plaga que hacía que la gente se trastocara y se volviera loca o qué?

—Desde luego —concordó Mark con la camarera—. El caso es que ahora todo ha terminado y podéis volver a hacer vuestras vidas —aseguró.

—Brindemos —propuso Jason cuando todos tuvieron su bebida en la mano.

Alzaron sus vasos y cervezas y se miraron entre sí.

—Por los vaqueros —propuso Tricia intercambiando miradas de su novio a la amiga gracias a la que había salvado la vida.

—Por nosotros —dijo Jake.

—Por la familia —sentenció Tamy.

Y los demás repitieron sus palabras antes de beber un buen trago.

—Por cierto. —Tricia habló de nuevo y rebuscó en el bolso—. Un segundo. Lo había puesto aquí... —Los miembros que rodeaban la mesa se inclinaron hacia delante con curiosidad—. ¡Ahá! Aquí está —pronunció triunfal—. Tamy, esto es tuyo.

Alargó la mano hacia su amiga que repitió el gesto hacia ella y dejó el objeto en su palma. Al ver de qué se trataba la otra se quedó estupefacta.

—Sin duda la mejor apuesta que he hecho —añadió la peluquera, jocosa—. Aunque la he perdido, gano.

—¿De qué va esto? —interrogó Derek en nombre de todos.

—Tu mujer me hizo apostar a que saldríamos de allí con vida.

—La mejor apuesta —replicó el vaquero besando la sien de la joven a la que no dejaba de abrazar.

—Sin duda —apoyó Jake.

—La mejor inversión que he hecho en mi vida —declaró ella.

Y cada uno de los ocupantes de aquel círculo rió a mandíbula batiente con su comentario. Por fortuna tenía a cada uno de ellos, se tenían unos a otros y velaban entre sí. Porque eso era lo que las familias hacían.